SAN MARTIN
HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

armas libro nº 29

«... gigantes rubios calzados con brillantes botas y vestidos con guerreras y pantalones de montar negros ribeteados con trencilla plateada... resplandecientes guerreros de inspiración caballeresca». Ser acompañada por un miembro ordinario de la SS con el mágico brazalete 'Adolf Hitler', que le calificaba como perteneciente a la guardia personal del Führer, iba a dar envidia a todas las demás chicas de la vecindad. La fama del Leibstandarte de la SS entre sus víctimas no podía ser más diferente.



Guardia de Hitler
SS Leibstandarte

Alan Wykes



San Martin Historia del Siglo de la Violencia



armas libro nº 29



El autor
Alan Wykes

Alan Wykes es autor de libros sobre temas tan variados como la navegación aérea en el Atlántico, las regatas de yates, la literatura norteamericana y el juego. Una de las batallas en que intervino durante la Segunda Guerra Mundial iba a cambiar el tradicional «¿Quién va allí?» por «¿Quién viene aquí?», que él justamente reclama como más lógico.
Y perdió.



Leibstandarte S S

Alan Wykes



Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt

Las fotografías para este libro han sido seleccionadas principalmente de los archivos siguientes: US National Archives, US Library of Congress, US Army Ullstein Bilderdienst; Berlin, Suddeutscher Verlag; Munich, Black Star; London, Staatsbibliothek; Berlin, Imperial War Museum; London, Rijkinstituut; Amsterdam

Traductor: Lázaro Minué

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol nº 6
MADRID-14

Impreso en España - Printed in Spain
Por Gráficas Lormo. Isabel Méndez 15
Madrid

Depósito Legal: M.36.802-1.977
I.S.B.N: 84-7140-155-X

Indice

El Leibstandarte

Introducción por John Keegan

Las continuidades, especialmente las ocultas, forman el tema principal de la investigación histórica. Porque es la identificación de lazos entre el presente y el pasado lo que nos ayuda más fácilmente a comprender el mundo en que vivieron nuestros antepasados y, al hacerlo así, a aumentar el conocimiento que tenemos del nuestro. Mas la búsqueda de continuidades tiene sus peligros. Costumbres, relaciones e instituciones son propensas a cambios silenciosos e invisibles que dejan intactas sus apariencias superficiales pero transforman su carácter interno. Los historiadores aprenden a tener cuidado de las trampas en que las continuidades aparentes pueden hacerles caer, y también advertir a sus lectores nuevamente acerca de los peligros. Dicho esto, ¿qué vamos a hacer de la intrigante coincidencia de que fue el 9.º Regimiento de la Reichswehr al que, a principios de 1933, se le encomendó la tarea de instruir militarmente a la recién formada *Stabswache* de Adolf Hitler en Berlín?

Porque, para ampliar la situación, el 9.º Regimiento descendía del antiguo 1.º de Guardias de a Pie del Ejército del Káiser, cuyos gigantes tocados con mitras se hallaban en el pináculo del sistema militar prusiano, cuyos oficiales formaban su flor social y cuyos honores en combate recordaban las glorias del reinado de Federico el Grande; mientras la *Stabswache* constituía la célula germen de la que iba a crecer la más famosa de todas las unidades militares nacional socialistas, la División Panzer de la SS *Leibstandarte Adolf Hitler*. ¿Vamos a ver la coincidencia como algo más que accidental, como una natural y genuina transmisión de *geist* de una *élite* a otra? ¿O vamos, por el contrario, a verla como un «momento de cambio secular», que marca el paso de la vieja y la llegada de una nueva Alemania, aquí en las militares como en otras partes en las cosas políticas?

La respuesta a la que uno llega voluntariamente depende mucho del punto de vista que uno adopte acerca del carácter de la Waffen SS. Según cuentan los que combatieron en ella, se trataba de un ejército de «soldados como otros soldados», que se distinguían de la Wehrmacht únicamente por su desusada capacidad para el autosacrificio en combate y por sus extraordinarios logros. Ese punto de vista obliga. La hoja de servicios de las divisiones de la Waffen SS en todos los frentes es indudablemente notable, y de decisiva influencia en media docena de batallas importantes. Especializadas inicialmente en la irrupción y luego, al cambiar el signo de la guerra, en operaciones de contraofensiva, siempre se podía contar con las mejores de la SS Armadas para cumplir su asignada tarea o para darlo todo en el intento.

Si, por tanto, uno tuviera que juzgar al *Leibstandarte* basándose sólo en su reputación militar, resultaría a la vez fácil y seguro aceptarlo como sucesor del 1.º de Guardias de a Pie. Pero hay algo más que eso en cuanto a la investigación. En primer lugar, la cuestión de sus orígenes. Estos no fueron militares en absoluto, porque la función de la *Stabswache* consistía en proteger la persona del Fuhrer durante el período de violencia callejera que precedió a su conquista del poder. En segundo término, la cuestión de personal, que nuevamente no podía considerarse militar en el auténtico sentido de la palabra. El jefe de la *Stabswache*, Sepp Dietrich, y sus miembros fundadores eran «duros» de reuniones mitinescas, muchos de los cuales nunca lograron adquirir, pese a la instrucción de la Wehrmacht, las artes del soldado. Y tercero, la cuestión de los crímenes de guerra. Pocos ejércitos salen de una larga contienda totalmente libres de haber cometido atrocidades. Mas, sobre la Waffen SS, el olor de las muertes injustificadas cuelga como una nube demasiado espesa para que se disperse meramente por las protestas de sus propios miembros. Existen pruebas incotrovertibles de que varias divisiones de la SS Armadas tuvieron responsabilidad de crímenes de guerra deliberados y en gran escala, y el *Leibstandarte* queda incluído en ese número. Por último, la cuestión de la función. Es cierto que el *Leibstandarte*, como el grueso de la Waffen SS, pasó la mayor parte de los años de su existencia combatiendo en el frente, envuelto en intensos combates con enemigos extranjeros. Pero la principal si bien no expresada justificación de esa existencia resultaba completamente diferente. Como Himmler lo manifestó sucintamente a sus subordinados en 1938, la SS Armadas, al derramar «su sangre en la lucha en el frente», iban a adquirir «el derecho moral a disparar contra remolones y cobardes en el frente interior». Su deber consistía en «garantizar la seguridad de Alemania desde el interior, del mismo modo que la Wehrmacht garantiza la seguridad... del Reich desde el exterior». El *Leibstandarte* era, en resumen, el elemento más pronto establecido de un aparato de represión política deliberadamente planeado, al que se pretendía que ni siquiera el Ejército pudiera desafiar. Y, a este respecto, es muy significativo que, al mismo tiempo que la *Stabswache* recibía instrucción militar del 9.º Regimiento, sus miembros pronunciaban un juramento personal de «lealtad hasta la muerte» a Hitler. Este era entonces canciller, no presidente, y el juramento, por no soldados a un no soberano, resultaba por ello doblemente inválido. Es también prueba última de que el *Leibstandarte* y el 1.º de Guardias de a Pie no tenían nada en común. Cualesquiera que fuesen las faltas del viejo Ejército prusiano, el compromiso político no figuraba entre ellas, y el *Uberparteilichkeit* constituía quizá la tradición más valiosa que podía legar al Ejército de la república. Así, el *Leibstandarte*, al unirse en cuerpo y alma al destino de un demagogo, demostró que 1933 era desde luego un año de revolución en Alemania.

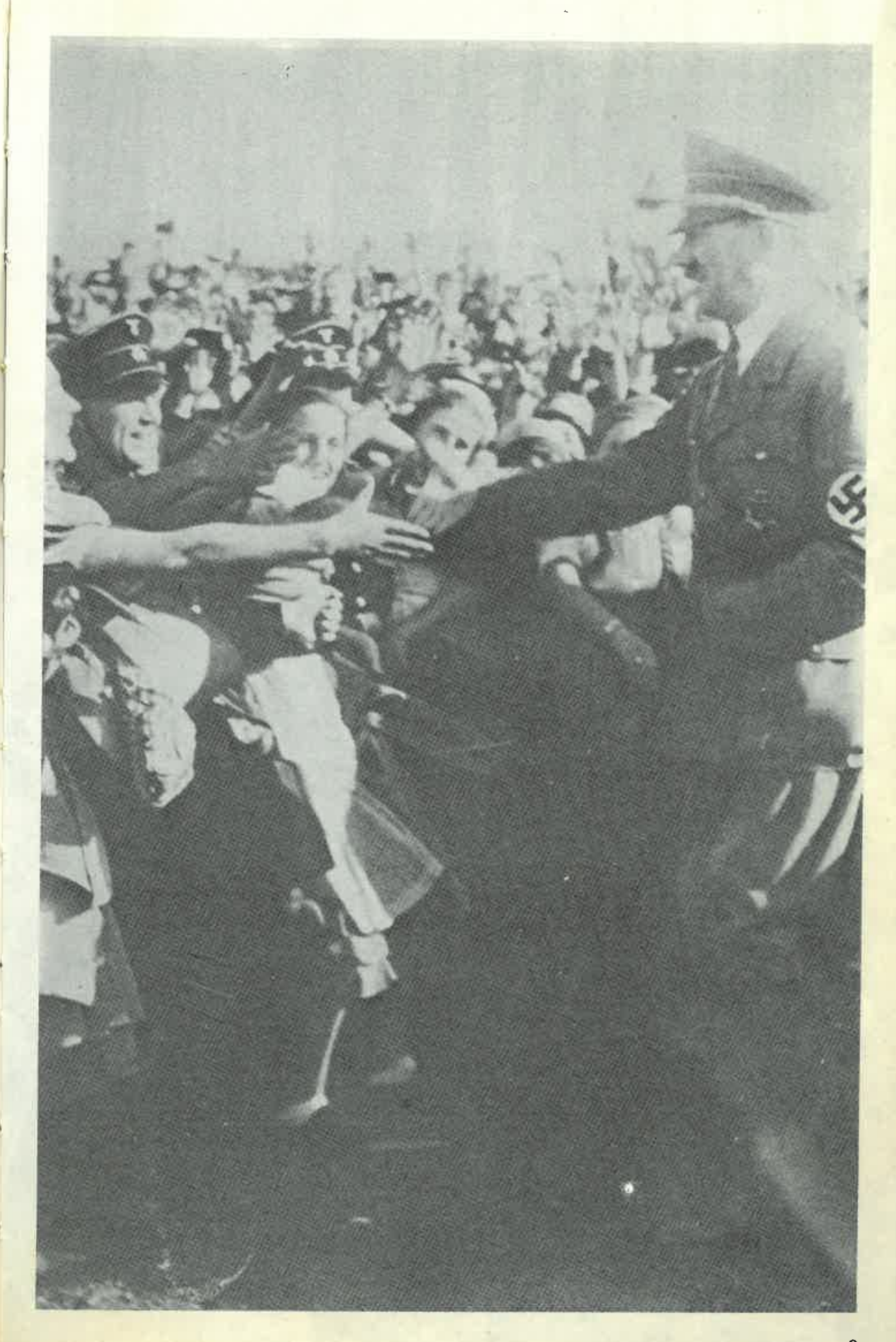
Ceremonia inaugural

A media tarde del último día del «Congreso de la Victoria» —nombre que dio Rudolf Hess a la concentración del partido nacional socialista en Nuremberg, en septiembre de 1933— se montó en el Luitpoldhalle lo que se podía calificar de espectáculo secundario.

Durante la tarde había tenido lugar un acontecimiento mucho más impresionante: un desfile de las Juventudes Hitlerianas. Sesenta mil jóvenes vestidos con camisetas y calzones rojos, blancos o negros realizaron complejos ejercicios en formación en el estadio Zeppelinwiese por espacio de noventa minutos, profiriendo sin cesar los gritos de «Sangre y Honor», «¡Alemania, despierta!» y «Juventud y Trabajo» mientras evolucionaban impecablemente sobre el terreno y las palabras aparecían en rojo, blanco y negro, en círculos, rectángulos y cuadrados, y siempre, en alguna parte del dibujo, una esvástica viviente. Por encima de las torres de Klieg las luces suplementaban el sol del verano, y el bosque de mástiles que rodeaba el campo de juego como una empalizada aparecía cubierto de banderas nacionalsocialistas. Numerosas bandas interpretaban la música autorizada *—Rienzi* y *Meistersinger,* Franz Lehar y Beethoven—, y una tempestad de aplausos de doscientos mil espectadores saludaba cada movimiento de la exhibición juvenil. La ovación llegó al máximo cuando, como final, sesenta mil bruñidos puñales salieron simultáneamente de sus vainas y se esgrimieron a la altura de la cabeza de los jóvenes para dar el efecto de un cegador relámpago al sol de la tarde.

Comparada con el despliegue del Zeppelinwiese, la ceremonia en el Luitpoldhalle no era más que un espectáculo secundario. Pero aunque comparativamente empalidecido en color y dramatismo, resultó extremadamente efectivo —como todo en las concentraciones de Nuremberg— a su modo.

Al fondo del escenario, sobre cortinajes carmesí, iluminada y dominante, aparecía el águila alemana sujetando entre sus garras una dorada corona de laurel que encerraba la esvástica; flanqueándola, dos gallardetes blancos llevaban el mismo emblema negro en cír-



Hitler durante la reunión del partido en Nuremberg, «Congreso para la Victoria», cuando el regimiento de su guardia personal recibió el título oficial de Leibstandarte **«Adolf Hitler» de la SS.**



culo rojo; en el centro de la parte baja del escenario, en un podio con barandilla, se había colocado un pesado sillón dorado cuyo alto respaldo se hallaba coronado por una reproducción en miniatura del águila de seis metros del fondo; frente al sillón había una batería de micrófonos sobre esbeltos pies. Los asientos estaban dispuestos en dos bloques divididos por un ancho pasillo central cubierto por una alfombra carmesí. A lo largo de cada una de las paredes laterales de la sala, empaneladas en seda roja, blanca y negra, sesenta hombres de la SS, uniformados en negro y plata, montaban guardia con sus espadas desenvainadas y en posición de descanso.

A las cinco en punto, un toque de cornetas anunció la llegada del Fuhrer. El auditorio de funcionarios del partido, representantes ministeriales y oficiales de las fuerzas armadas se levantó, saludó y vitoreó entusiásticamente. Hitler, con el Reichsfuhrer de la SS, Heinrich Himmler, a un lado, y Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, a otro (ambos con uniforme de la SS), llevaba una escolta de oficiales de esta organización que, evidentemente, iban a desempeñar un papel importante en la ceremonia, porque subieron a la plataforma y formaron detrás del sillón del Fuhrer.

La iluminación había sido montada con gran habilidad y calculada al segundo. Cuando el Fuhrer y sus oficiales de escolta ocuparon sus puestos, todas las luces disminuyeron hasta que hubo un breve momento de completa obscuridad. Luego, un rayo de deslumbrante blancura se posó en Hitler al asir éste la barandilla del podio. Tras él, el águila y los blancos gallardetes se inundaron de un brillo dorado, y las brillantes espadas de los 120 hombres de la SS que cubrían las paredes bajaron lentamente al enfocar sus negros uniformes y sus cascos de acero 120 reflectores en miniatura. «La teatralidad del efecto era innegable», escribió en su diario el corresponsal de *The New York Times*. «Podía haber sido una producción concebida

Tambores de la Juventud Hitleriana anuncian el comienzo de la actualización de sus camaradas.



Un toque de trompetas señala la llegada de Hitler a la concentración.

por Max Reinhardt para una exhibición privada en la Cancillería de Hitler». (Podía haberlo sido, naturalmente, si Reinhardt no hubiera sido judío). «Se hacía difícil recordar que esto constituía una parte muy pequeña del Congreso, y que en los grandes estadios y en el propio Nuremberg hay continuas producciones, manifestaciones, discursos con marchas, servicios fúnebres y todo lo demás en una escala tan gigantesca que esta pequeña ceremonia habría resultado virtualmente invisible pese a su dramático atractivo».

La «pequeña ceremonia» era una de la que no se podía sacar demasiado partido como propaganda, había decidido el doctor Joseph Goebbels, y, por tanto, la redujo a su tamaño adecuado. Suponía una cuestión personal del Fuhrer más que otra cosa. Pero no había razón para no hacer una producción de ella. Hombre muy concienzudo, el doctor Goebbels no dejaba rincones que no pudieran resistir el examen de alguien que buscara fallos de *amateur*.

Hitler lanzó un áspero discurso cuyo contenido se podía haber expresado en diez minutos. Pero el Fuhrer nunca decía en diez minutos lo que pudiera manifestarse en ochenta, y durante ese tiempo sus duros pero curiosamente mesmerianos tonos y sus gestos exagerados discurrieron por la sensibilidad del auditorio. Estaba allí, dijo, para recompensar la virtud (*Turgendheld*). Los que iban a ser merecedores de reconocimiento, explicó, habían demostrado, a través de toda la agitación del progreso del partido en la pasada década, una devoción no meramente a su persona, sino también a los ideales de la verdadera Alemania. Habían odiado al bolchevismo, a la judería y al capitalismo, y a los criminales de Versalles y de Weimar. Habían batallado temerariamente en el *Putsch* y reñido y revolucionado en defensa del Nacional Socialismo, y probado su lealtad extirpando el cáncer de la traición siempre que lo descubrían; incluso, cuando había resultado necesario, en los lugares más elevados. (Fue adecuadamente vago acerca de las personas que se guarecían en tales puestos). Eran audaces, y soberbios físicamente. Les conducía un insobornable amigo del Reich, de los ideales del partido, un amigo suyo, del Fuhrer.

Y así continuó. Hitler detalló, mencionando nombres, fechas, incidentes. Los eficaces métodos utilizados en la instrucción y adoctrinamiento de estos superhombres se expusieron largamente; por ese éxito en el adoctrinamiento había que dar gracias al Reichsfuhrer de la SS, «mi Ignacio de Loyola»; y se aseguraban sus puestos en la jerarquía Nazi, porque su recompensa iba a consistir en que su nombre quedara indeleblemente asociado al de su Fuhrer.

El nudo de la cuestión enterrado detrás del carapacho de la farragosidad era el reconocimiento oficial por parte de Hitler de la lealtad y eficacia de su «compañía de plana mayor» de fuerzas armadas: su *Stabswache*. Y cuando ochenta minutos después llegó al fin al asunto, fue con palabras que el corresponsal de *The New York Times* encontró «singularmente poco interesantes tras toda la palabrería que lo había precedido y aumentado a algo que se esperaba valiera la pena». Continuó temperamentalmente, tras describir la significativa ceremonia, con sus saludos, taconazos y chocar de espadas: «Todo lo que teníamos para nuestros pesares era el conocimiento de que, a partir de entonces, su *Stabswache* sería conocida oficialmente como *Leibstandarte SS «Adolf Hitler»*. Larga espera para el hecho no remunerador de que unos pocos «duros» recibían ahora el título oficial de Regimiento de la Guardia de la SS «Adolf Hitler».

Hitler con sus ayudantes: Julius Schaub, sentado inmediatamente detrás de él, y Wilhelm Brückner, en la parte trasera.



Antepasados y enemigos

Julius Schreck, chófer de Hitler.



Todos los dirigentes autocráticos temen en cierto sentido por sus vidas. Adolf Hitler no constituía una excepción. No era por naturaleza marcadamente temeroso: hay además un indicio, en la Cruz de Hierro que le concedieron por sus hazañas en la Primera Guerra Mundial, de que no le preocupaba demasiado el peligro personal; bien es verdad que algunos de sus biógrafos han hecho florecer pruebas documentales de que la recompensa fue otorgada por el presidente Hindenburg con fecha anterior, y que Hitler nunca mereció más que un distintivo de buena conducta por su servicio en el Ejército. Poco importa eso ahora. Su aprensión respecto a ataques a su persona era el temor normal del autócrata a verse despojado de su poder más que a sufrir heridas o a la muerte. Porque, como sabemos, se dio muerte al final; y el suicidio exige valor. O cierto grado de inestabilidad mental.

Como el corolario de la aprensión es la protección, estaba acompañado y guardado, al comienzo de su carrera política, por adecuados funcionarios del partido. Dos de éstos, Julius Schaub y Wilhelm Bruckner, actuaban como secretarios o ayudantes; un tercero, Julius Schreck, era su chófer; un cuarto, Ulrich Graf, ex-luchador, le servía de «asistente». Así figuraban en la nómina. Mas, en realidad, sus tareas resultaban intercambiables, y todos ellos conducían su coche y esgrimían puñales, porras o pistolas. En los círculos del partido se les conocía con el nombre de *Chauffeureska,* y eran uniformemente duros en lo físico, astutos en sus tretas y leales de espíritu. Sus equivalentes en la Norteamérica de la Ley Seca bien podían ser los guardaespaldas de pandilleros de tanto éxito como Al Capone y «Legs» Diamond.

Aunque los miembros de la *Chauffeureska* desempeñan una parte pequeña en la siguiente historia del *Leibstandarte,* la más meritoria de las compañías de *élite* destinadas a guardar la persona de Hitler y, posteriormente, a servir al nacionalsocialismo con fanatismo casi increíble, representaban los prototipos de ese cuerpo distinguido. Había en ellos la incipiente brutalidad, audacia y devoción que desplegaría la 1.ª *Panzerdivisin-SS* «Leibstandarte Adolf Hitler» en cada campo de acción de la Segunda Guerra Mundial, excepto Africa. Merece la pena, por tanto, bajar el telón sobre el espectáculo secundario en que fueron bautizados por su Fuhrer y señalar las relaciones del *Leibstandarte* con el áspero cuarteto de los primeros días del partido.

Los últimos meses y la secuela inmediata de la Primera Guerra Mundial originaron un espíritu revolucionario en Alemania. Era el espíritu de una revolución que fracasó y que sofocaron, en el sentido militar, cuatro mil soldados voluntarios del viejo Ejército Imperial, conocidos entonces y después como el *Freikorps* (Cuerpo Libre) y mandados, en el sentido político, por el ministro de Defensa Nacional, Gustav Noske, un ex carnicero de Brandemburgo. Noske había dominado el motín naval en Kiel en noviembre de 1918, y aplastado a los espartaquistas durante la «Semana Sangrienta» del 10 al 17 de enero de 1919. Su arma en el último caso fue el *Freikorps;* y, habiendo sufrido bajas, estos ardientes soldados buscaban, fácil es predecirlo, más tumultos que contener. Al no encontrar ninguno de suficiente magnitud crearon otros más pequeños con el material de que disponían, que difícilmente podía haber sido más fácil de manejar en la inestable década de 1920. La limitación del Ejército alemán de la posguerra, o Reichswehr, a cien mil hombres, establecida en Versalles, proporcionaba una excusa inmediata para que los descontentos, los desarraigados o los educadores políticos se incorporaran o hicieran uso del *Freikorps;* y estos hombres plenamente adiestrados, disciplinados y ataviados pronto se transformaron en una organización implacable cuyos fines y dirección se perdieron en las maniobras de numerosos partidos políticos, todos los cuales trataban de agarrarse al timón de lo que veían como el buque a punto de zozobrar de la nación alemana.

El partido Nacionalsocialista —o, como era al empezar, el Partido de los Trabajadores Alemanes— amparó a Adolf Hitler algún tiempo antes de que éste comenzara a participar activamente en él. Meses después de haberse incorporado al mismo con la condición

de afiliado número 7, el 16 de septiembre de 1919, se mostraba despreciativo de sus fundadores y sus métodos, que, a decir verdad, resultaban extremadamente inconcretos. Sin embargo, una vez que consiguió la jefatura —lo que logró merced a su departamento de propaganda—, necesitó, como todos los revolucionarios, respaldo físico para superar a sus oponentes en las reuniones políticas. Muchos de los que iban a proporcionar ese respaldo fueron reclutados del *Freikorps* y, a su tiempo, se convirtieron en la milicia representativa del partido, a la que Hitler dio el nombre de Tropas de Asalto (*Sturmabteilung,* abreviadas a SA).

Esta organización paramilitar fue (frente a cosas un tanto raras) alentada por el Ejército regular. Aunque éste era pequeño como consecuencia de las estipulaciones del Tratado de Versalles, sus tradiciones y enlaces con el viejo Ejército Imperial habían sido mantenidas en grado considerable, y sus generales veían en la SA el potencial de una fuerza auxiliar que podía ser subrepticiamente adiestrada, armada y ejercitada cuando al fin llegara el vagamente concebido Día de la Liberación. Igualmente, la inicial asociación de Hitler con el embrionario partido Nacionalsocialista había sido instigada por el Ejército (en cuya nómina permaneció después del armisticio), ya que había sido nombrado «oficial de enlace», o espía, con la tarea de asistir a las reuniones políticas e informar de aquellas actividades que pudieran resultar hostiles a las intenciones un tanto inciertas del Ejército: la restauración de la dinastía Hohenzollern. Era, por tanto, su protegido; y cuando estableció la SA a finales

Gustav Noske, ministro de Defensa Nacional, pasa revista a una brigada de fusileros de Marina antes de la salida de éstos para Kiel.



de 1921, hubo asentimientos aprobatorios por parte del alto mando.

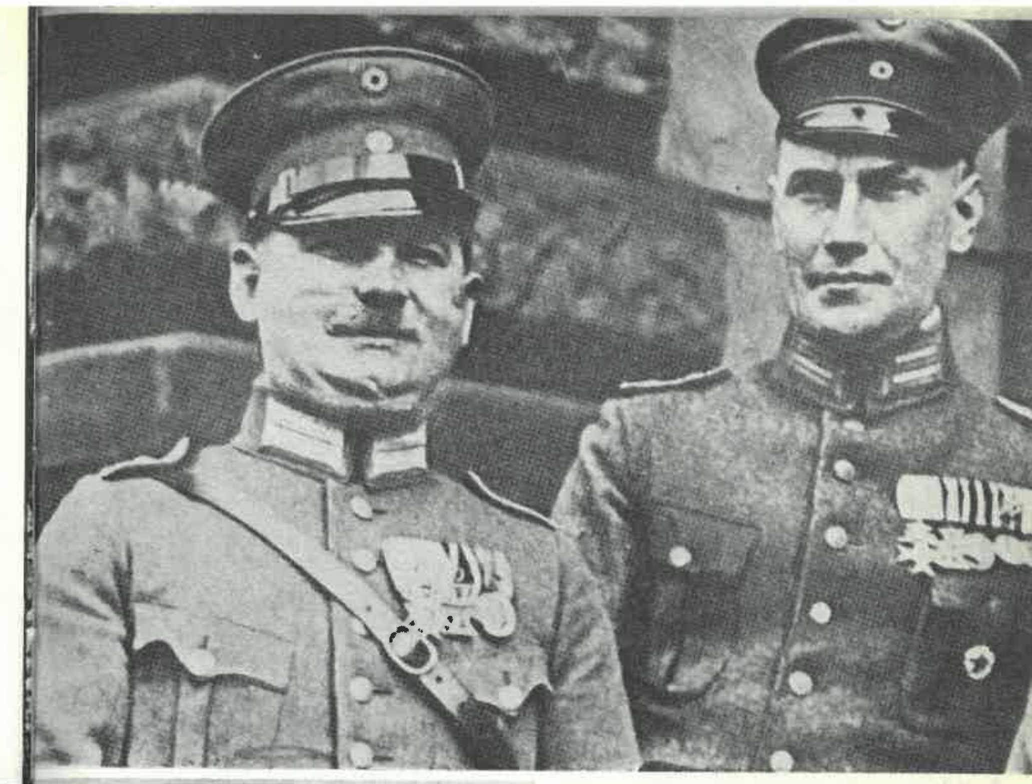
La SA, como cualesquiera otras organizaciones paramilitares, eran, naturalmente, ilegales. Pero no resultaba difícil disfrazar su existencia tras la fachada de «auxiliares de la policía» o «secciones deportivas». Instruídas y armadas por la Reichswehr, en un año habían crecido hasta alcanzar la cifra de seis mil miembros, nacionalsocialistas declarados la mayoría de ellos. En esa etapa comenzó a causar cierto desasosiego a los generales de la Reichswehr, porque presentían que la cooperación podía transformarse fácilmente en oposición. Hitler también estaba intranquilo, ya que no deseaba rivalizar con el Ejército o indisponerse con los generales, con cuyo apoyo seguía contando. Lo cierto era que la SA se había hecho demasiado molesta, y que, como la Guardia Pretoriana del Imperio romano, empezaban a dictar la política; en el plazo de una década precipitarían su propia muerte en la sangrienta purga de la «Noche de los Cuchillos Largos». Por el momento, sin embargo, su creciente tamaño y fanatismo resultaban de inmenso valor para Hitler en su objetivo principal de imponer el nacionalsocialismo al pueblo alemán. Mas ese valor como fuerza de *élite* había disminuído al crecer y pasar a ser una organización de masas. Por ello, trataba de establecer un «círculo interior» que serviría el doble propósito de constituir una *Chauffeureska* ampliada y el de punta de lanza para la SA en cualquier acción que éstas pudieran emprender.

No hubo dificultad en hallar tal cuerpo de tropas de choque. Schreck, Schaub, Graf y Bruckner, familiarizados con cualquier ciudad a la que hubieran acompañado al Fuhrer en el desarrollo de su partido, sabían exactamente dónde escoger los más ardorosos e implacables nacionalsocialistas. Estos fueron agrupados y puestos a cargo del más fervoroso de todos ellos: un tal Josef «Sepp» Dietrich, ex sargento del

Los Freikorps **fueron el primero de los cuerpos paramilitares en la Alemania de la primera posguerra mundial. Desfile de una unidad de los** Freikorps.

Ejército bávaro que fue uno de los primeros seguidores de Hitler en Munich durante los días iniciales del partido. (Como Noske, también había sido carnicero; y, a este respecto, asimismo camarero).

La adulación del Fuhrer por parte de Dietrich era completa; su temeridad, sin límites; su dominio de la táctica, notable. (En una lucha callejera vencería a más de cien comunistas con un puñado de hombres rodeándoles en un movimiento de tenaza digno de Clausewitz). Mas en aquellos días, sus subordinados —sólo había unos doscientos— permanecían adscritos en pequeños grupos de unos veinte individuos a los distritos de que procedían, dispuestos a apoyar y proteger al Fuhrer siempre que se les necesitara en algunas de las visitas de éste. Se llamaban, colectivamente, Grupo de Acción Hitler *(Stosstrup Hitler);* pero dado que los grupos más pequeños invariablemente habían de ser denominados por separado, pronto se cambió el nombre, lógicamente, a Escuadras de Protección. (Siendo el vocablo alemán de éstas *Schutzstaffeln,* resulta fácil ver el origen de la ominosa abreviatura SS). Llevaban camisas y botas de media caña negras, y así se distinguían fácilmente de las Tropas de Asalto de la SA, cuyos uniformes habían evolucionado de la mezcolanza civil, en la que su única identificación consistía en un brazalete, a un conjunto de pantalones de montar y camisas de color pardo y gorra cuartelera con visera y barboquejo. Pero, administrativamente, formaban aún parte de la SA, dirigida por Hermann Goering y el capitán Ernst Rohm, oficial del ejército regular, hombre que tenía una cicatriz en la cara (había sido herido en 1914), grueso cuello y ojos pequeños y claros. Era homosexual, mas por su implacabilidad y destreza militar había conseguido superar el antagonismo de los oficiales de la clase alta (él procedía de una familia humilde) y las consecuencias disciplinarias de sus desviaciones sexuales. Ya pertenecía al partido nacionalsocialista cuando Hitler se unió a éste en 1919, y, gracias a sus esfuerzos, se aseguró el respaldo del Ejército y los voluntarios del *Freikorps* se convirtieron en elementos de las Tropas de Asalto de la SA.

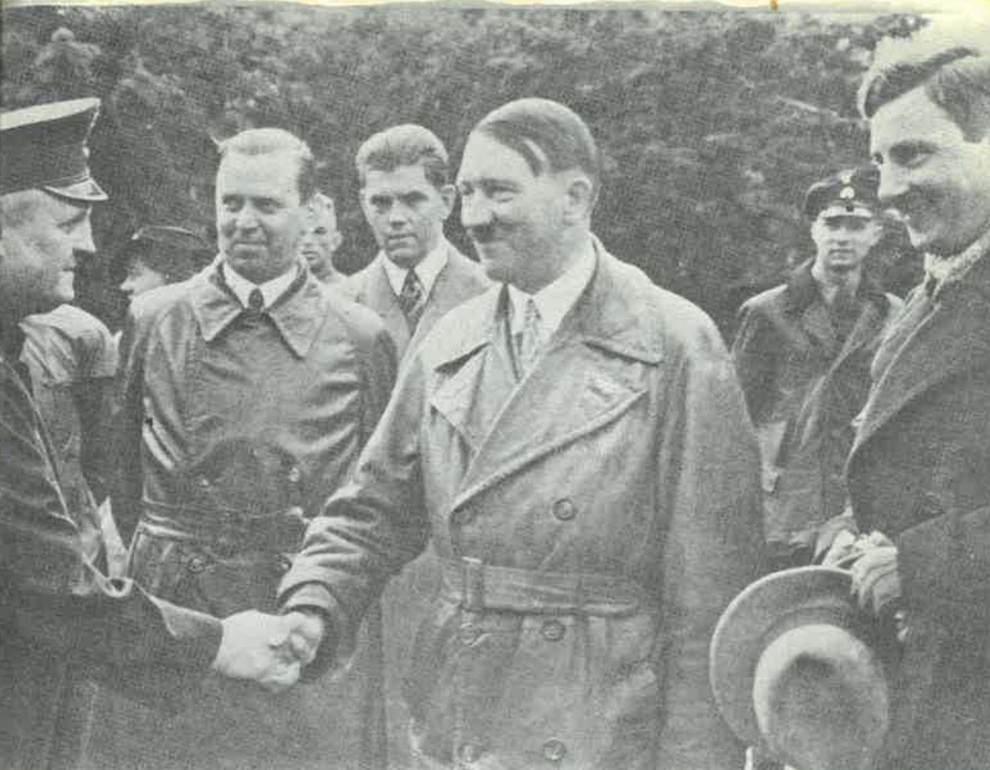


Ernest Röhm, a la izquierda, y Wilhelm Brückner.



La policía cachea en busca de armas a algunos de los primeros miembros de la SA.

La primera acción importante en que intervino la SS fue el fracasado *Putsch* muniqués de noviembre de 1923. La historia de éste se conoce lo suficiente para repetirla aquí por entero. En esencia, se trataba de un plan originado por el general Erich Ludendorff. Este se había apuntado las grandes victorias de Tannenberg y Lodz en 1914, y creía que aún era adorado como un héroe por la nación alemana. Propuso a Hitler que si ambos encabezaban una fuerza de unos tres mil hombres de la SA y marchaban sobre el Ministerio de la Guerra, en el centro de la ciudad, podían ocuparlo sin oposición, con lo que el nacionalsocia-



Landsberg reencontrado diez años después: Hitler saluda a su antiguo guardián. A la izquierda del Fuhrer, Julius Schaub; a la derecha, Emil Maurice.

lismo derribaría al odiado gobierno de Weimar. Estaba equivocado. Su nombre había perdido toda su magia para el Ejército, probablemente porque comprendió lo inevitable tras la contraofensiva aliada en Amiens, en 1918, y pidió un armisticio. Los hombres de la Reichswehr rodearon el edificio del ministerio, donde quedó sitiado un destacamento de la SA mandado por Rohm. Ludendorff y la columna nacionalsocialista fueron tiroteados. Goering, que marchaba al frente, recibió un balazo en un muslo; Hitler cayó —o le empujaron— y se dislocó la clavícula, tras lo cual logró ponerse a salvo, y dieciséis miembros de las Tropas de Asalto encontraron la muerte. La columna se desintegró entonces, y el *Putsch* alcanzó su ignominioso fin.

Hitler sufrió una corta pena de prisión por este acto de traición, y quedaron proscritos sus nacionalsocialistas y su SA. Pero la SS, que no se había comportado más noblemente que otros en el *Putsch* y que no hicieron nada más efectivo que romper las prensas del periódico local, *Münchener Post,* no tenía situación reconocida, o incluso existencia, a pesar de su conexión administrativa con la SA, y no se dio orden oficial respecto a su supresión. Se hallaban, por tanto, a mano cuando Hitler salió de la fortaleza prisión de Landsberg en diciembre de 1924, aunque escasamente para ser dignificadas por el nombre de Escuadras de Protección, para no hablar de Tropas de Asalto. Dietrich se había visto obligado a desaparecer, y los doscientos hombres de la SS continuaron al servicio del partido únicamente como recaudadores de distrito para las subscripciones y anuncios en el periódico del partido, *Völkischer Beobachter,* cuyo director se llamaba Joseph Berchtold. Así, los guerreros en embrión se

Un dibujo contemporaneo alemán ilustra el fracaso del Putsch **de Munich.**



conservaban unidos sólo como vendedores de espacio en un diario, y su trabajo de ocupación parcial controlado únicamente por un periodista. Más aún, ellos estaban allí y renovaron sus promesas de fidelidad al Fuhrer jurando actuar como «protectores» suyos siempre que apareciera en sus ciudades. Por el momento, Hitler no pudo aceptar tal ofrecimiento, ya que tenía prohibido hablar en lugares públicos. Pero dio órdenes a Berchtold de que recibieran una paga de retención y «esperaran ser llamados al servicio».

Ese gesto tuvo el efecto de aumentar ligeramente el tamaño y el entusiasmo de la SS. Esta apenas tenía la consideración de un verdadero organismo; mas quizá tal carencia tuvo su gancho, su atractivo, porque Dietrich, si no Berchtold, había animado a los miembros individuales con la idea de exclusividad, de pertenencia a un *corps d'élite*. No era para ellos la vasta, aunque aún suprimida oficialmente, organización de la SA, masa amorfa que era ahora poco mejor que una pandilla con jefes que conspiraban por el control del partido y la fusión con la Reichswehr. Más bien apreciaban altamente su calidad de afiliados y traían a sus mejores amigos, como escolares que disfrutan de los conciliábulos de una sociedad secreta. Pero sólo eran aún 286 cuando, tras la supresión oficial de la prohibición sobre el partido y las apariciones de su jefe en público, Hitler restableció su dirección, en febrero de 1925. Los efectivos de la SS permanecieron virtualmente estáticos por espacio de cuatro años, en cuyo tiempo Hitler se transformó gradualmente, al igual que su partido, en cierta apariencia de poder nacional, si bien para 1928 los nazis solamente habían conquistado doce de los 491 escaños del Reichstag.

No sólo continuó siendo pequeña la SS, sino obscura, conocida únicamente por sus tareas de protección cuando Hitler hablaba en público; en cualquier otro caso, permanecía bien en segundo término y dejaba la agitación de masas y el despido de los impacientes a la SA. Berchtold había abandonado la jefatura

Heinrich Himmler.

para dedicar todo su tiempo a la dirección de su periódico, siendo ocupado su puesto por uno de los primeros reclutados por la *Chauffeureska*, un pequeño bribón y confidente de la policía llamado Erhard Heiden. No era el hombre adecuado para la tarea, pero Hitler estaba satisfecho de dejarle continuar en tanto no apareciera alguien más apropiado. Veía a la SS como fiel cumplidora de su limitada función; mas pensaba para ella una esfera de operaciones mucho más amplia, puesto que la rivalidad entre la SA y la Reichswehr estaba resultando un estorbo para el partido nacionalsocialista como fuerza política. La complejidad de la situación no precisa ser explicada aquí —exigiría otro libro—, pero dio como resultado que Hitler rompiera con Rohm y la partida de éste para Sudamérica, donde estuvo cinco años y llegó a teniente coronel del Ejército boliviano. Originó también la súbita prominencia de un miembro del partido que había sido más o menos invisible hasta que se unió a la SS en 1925, y que simplemente gracias a su antigüedad había alcanzado la posición de segundo en el mando a las órdenes de Heiden.

Se trataba de Heinrich Himmler, un don nadie miope con trastornos estomacales, ambición por los títulos grandiosos, muchas ideas preestablecidas respecto a la pureza racial y obsesión por reunir informes acerca de la gente. El 16 de enero de 1929, Himmler fue nombrado jefe de la SS en lugar de Heiden, a quien Hitler relegó a las filas de la organización con algunos vivos comentarios sobre su *Dunkelheit* (opacidad), con todo lo que éstos pudieran significar. No sólo se dio el mando a Himmler, sino que —y esto constituyó un indicio de la planeada expansión de la SS que Hitler acariciaba— adquirió también el espléndido título de Reichsfuhrer de la SS, lo que le complació aún más que el propio cargo. Porque, entre 1925 y 1927, su cometido en el partido no había pasado de ser algo así como segundo de la propaganda en la provincia *(Land)* de Baviera, tarea para la que tenía escaso entusiasmo y que relegaba a favor del estudio de las obras de Houston Stewart Chamberlain sobre superioridad étnica.



Había sido también adjunto a la fuerza de un tal Gregor Strasser, rival de Hitler para la jefatura del partido y origen de gran parte de la turbulencia entre la SA y la Reichswehr. Himmler veía en Hitler y en el próximo predominio del partido nacionalsocialista una clara senda a la pureza racial, su idea fija. Mas la pureza racial no constituía la idea fija de Strasser (o, en este aspecto, la de Hitler), y Himmler mantuvo una adusta relación poco satisfactoria con su jefe de propaganda y se concentró en esquemas impracticables para la transfusión de incontaminada sangre aria a toda la raza germana.

El nombramiento de Himmler como Reichsfuhrer de la SS le dio nuevas esperanzas, porque las instrucciones de Hitler se referían a «hacer de las *Schutzstaffeln* una gran unidad de tropas de *élite* dispuestas a prestarme un juramento especial como Fuhrer y a servir al Estado con innegable lealtad». Todo ello no podía ser más adecuado para sus convicciones, y se puso a la tarea con tanto entusiasmo que dejó la granja avícola y el herbolario que habían constituído su ocupación civil a su esposa, ex enfermera con extrañas ideas sobre homeopatía y mesmerismo.

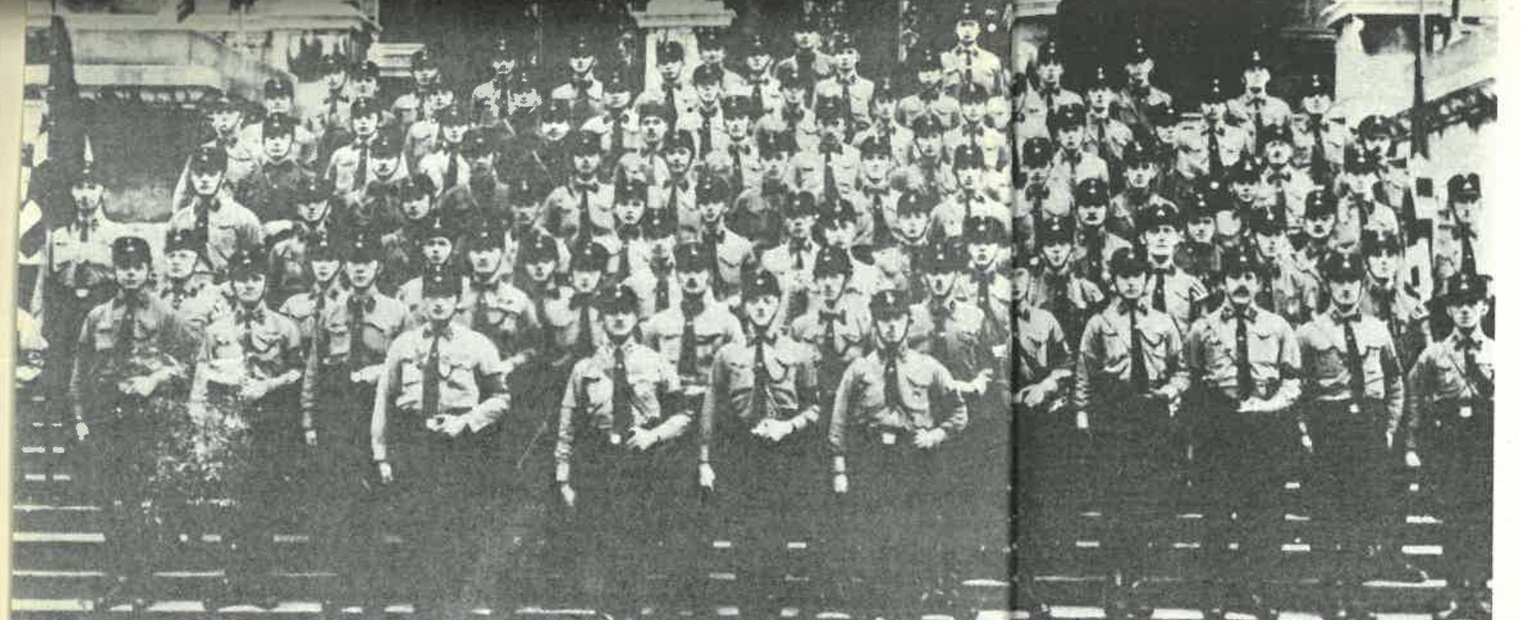
Los planes de reclutamiento de Himmler eran acertados. Su obsesión por la pureza racial atrajo a sus redes a aquellos en cuyas venas circulaba sangre de generaciones de la realeza menor, príncipes del *Almanack de Gotha* que podían seguir su origen hasta los hunos, los francos y los teutones de antes de la Edad Media. En modo alguno se sentían cautivados por los esquemas políticos de un recién llegado como Hitler; mas en una Alemania amenazada por la desintegración económica, tenían que admitir que aquél les iluminaba una senda de esperanza con sus planes para la recuperación basada en el rearme. Y por lo menos la SS sería socialmente aceptable, porque Himmler les aseguró que la «aristocracia» constituiría su columna vertebral.

De este modo reclutó a varios príncipes —Waldeck-Pyrmont, Mecklenburg, Lippe-Biesterfeld y Hohenzollern-Sigmaringen— y a altos dignatarios eclesiásticos, como los arzobispos de Brunswick y Friburgo. Estos, a su vez, atrajeron a los esnobistas sociales que buscan afirmarse en tales círculos y a los auténticos palaciegos que florecen en la compañía de los príncipes.

Gregor Strasser.

Aparte del núcleo de 286 puestos a las órdenes de Himmler, que disponían de espadas o pistolas para tareas de protección y ceremonial, no había en esta etapa problema de que la SS pasara a ser una organización armada. Tenían objetivos más elevados. El que la Reichswehr armara e instruyera a la SA sólo había llevado a roces entre los que ahora eran organismos abiertamente rivales; por supuesto, Hitler iba a destituir pronto al capitán Franz von Pfeffer y a animar a Rohm, al que von Pfeffer había reemplazado como cabeza de la SA, a regresar de Bolivia para poner en orden las Tropas de Asalto y tratar de suavizar las relaciones con el alto mando de la Reichswehr, el cual había abandonado tiempo atrás la idea de que la SA actuara como auxiliar el Día de la Liberación. En realidad, éste se hizo crecientemente vago y lejano, porque los generales se hallaban enmarañadamente ligados a una red de intereses políticos, económicos y a cierto descontento en los escalones inferiores de su jerarquía. En modo alguno les complacía que empezaran a producirse renuncias de oficiales con experiencia que, no sin reflexión, se pasaban a la SS como consecuencia de sentirse motivados por los elevados objetivos del *corps d'élite*. «¿Qué diablos son esos objetivos?», solían preguntarse en el alto mando; y recibían cortés respuesta del Reichsführer de la SS (el cual siempre replicaba educadamente a todo el mundo, si no untuosamente) en el sentido de que ésta tenía por objetivo «esperar la llamada durante la lucha por el poder».

Por superfluo que tal objetivo parecía, Himmler tuvo enorme éxito en incrementar las filas de la SS; lo mismo hizo Rohm, frenéticamente dedicado a restablecer su dominio sobre la SA, al elevar el número de las Tropas de Asalto a trescientos mil en dos años, y a tres millones a fines de 1933. El *corps d'élite* continuó, por necesidad, siendo relati-



Arriba: **Miembros de los primeros tiempos de la SS posan en las escaleras de la Academia de Bellas Artes de Munich, 1930; en la primera fila, segundo por la izquierda, Sepp Dietrich.** Abajo: **Dietrich, jefe del** Leibstandarte **«Adolf Hitler».**



vamente minúsculo; mas para cuando Hitler se convirtió en canciller del Reich alemán, el 30 de enero de 1933, había 52.000 devotos y disciplinados hombres de la SS. Habían sido destinados a cierto número de tareas diferentes, ninguna de las cuales precisaba de armas por el momento, pero todas exigían «un perfecto estado físico y una innegable pureza racial».

Las tareas incluían los servicios de información y seguridad interna del partido, la presión respecto a los votantes en las elecciones, la vigilancia de los que, por sus actividades contra el nacionalsocialismo, eran puestos en «custodia de protección» (eufemismo por campos de concentración), la infiltración en las fuerzas de policía como investigadores secretos de la sombría Gestapo, y proyectos tan insólitos como la investigación de troncos familiares de pureza germánica mediante el examen de restos arqueológicos.

Como podía esperarse, el crecimiento de la SS trajo una repetición de la dificultad que Hitler había experimentado diez años antes: al ejecutar los cometidos revolucionarios que finalmente llevaron a los nacionalsocialistas al poder y a Hitler al mando supremo, habían rebasado sus fines como localizadas Escuadras de Protección. Todo lo que quedaba de estos propósitos era el nombre de *Schutzstaffeln.* En su obra *The Waffen SS,* George Stein escribe así del asunto:

«Cierto es que Hitler ocupaba la cancillería, el partido nacionalsocialista era el mayor de la nación y la SA y la SS controlaban las calles; pero Hindenburg todavía ostentaba la condición de presidente, y la Reichswehr y —en muchos estados— la policía no se hallaba aún bajo el dominio del nacionalsocialismo. El poderoso partido comunista, aunque constreñido, no había sido aplastado; y los nacionalistas, si bien amistosos, mantenían una fuerza paramilitar independiente y considerable en la organización *Stahlhelm* (Cascos de Acero). No es, pues, sorprendente que Hitler estuviese preocupado por su seguridad personal. ¿Quién, por ejemplo, le protegería en el caso de un *Putsch* del Ejército? Indudablemente no serían las tropas de la Reichswehr que integraban la Guardia de la Cancillería. ¿Su séquito inmediato? Por supuesto que el chófer y custodio Schreck, los ayudantes Bruckner y Schaub y el fiel Dietrich darían sus vidas por su Fuhrer. Pero esta omnipresente *Chauffeureska* que había guardado a Hitler durante el período de lucha ya no bastaba. Y así, por tercera vez en diez años, Hitler ordenó la creación de una *Stabswache,* una guardia de cuartel general compuesta de hombres, totalmente seguros y de plena dedicación, de la SS que iba a estar bajo su mando personal. El 17 de marzo de 1933, Josef «Sepp» Dietrich... estableció en Berlín un destacamento armado de 120 miembros de la SS especialmente elegidos...»

Bautismo de sangre

Y 120 miembros de la SS especialmente elegidos sin otro deber que el de servir de cuerpo de guardia del Fuhrer podían haber continuado siéndolo. Mas «podían haber» no es otra cosa que una conjetura. Y que no lo fueran es parte de una historia real, no conjetural.

El cambio de tamaño y estado del *Leibstandarte* «Adolf Hitler» estuvo integrado en la lucha por el poder que precedió al relampagueo de sesenta mil puñales de las Juventudes Hitlerianas y a la farragosa ceremonia en el Luitpholdhalle el 3 de septiembre de 1933, y que continuó mucho después de ambas. Aquella advertencia de acerado brillo pudo haber presagiado para algunos el estallido de la guerra mundial en la misma fecha de seis años después; pero, para la mayoría, no fue más que un símbolo del creciente poderío nacionalsocialista. Como señala William Shirer en *Auge y Caída del Tercer Reich:*

«La teoría que Hitler había elaborado en sus días errantes en Viena y que nunca olvidó —que el camino al poder



El Führer con miembros de su guardia personal especialmente elegida, abril de 1933.

El presidente Hindenburg con el comandante en jefe de la Reichswehr, capitán general von Hammerstein, directamente detrás, y el general Blomberg, a su izquierda.



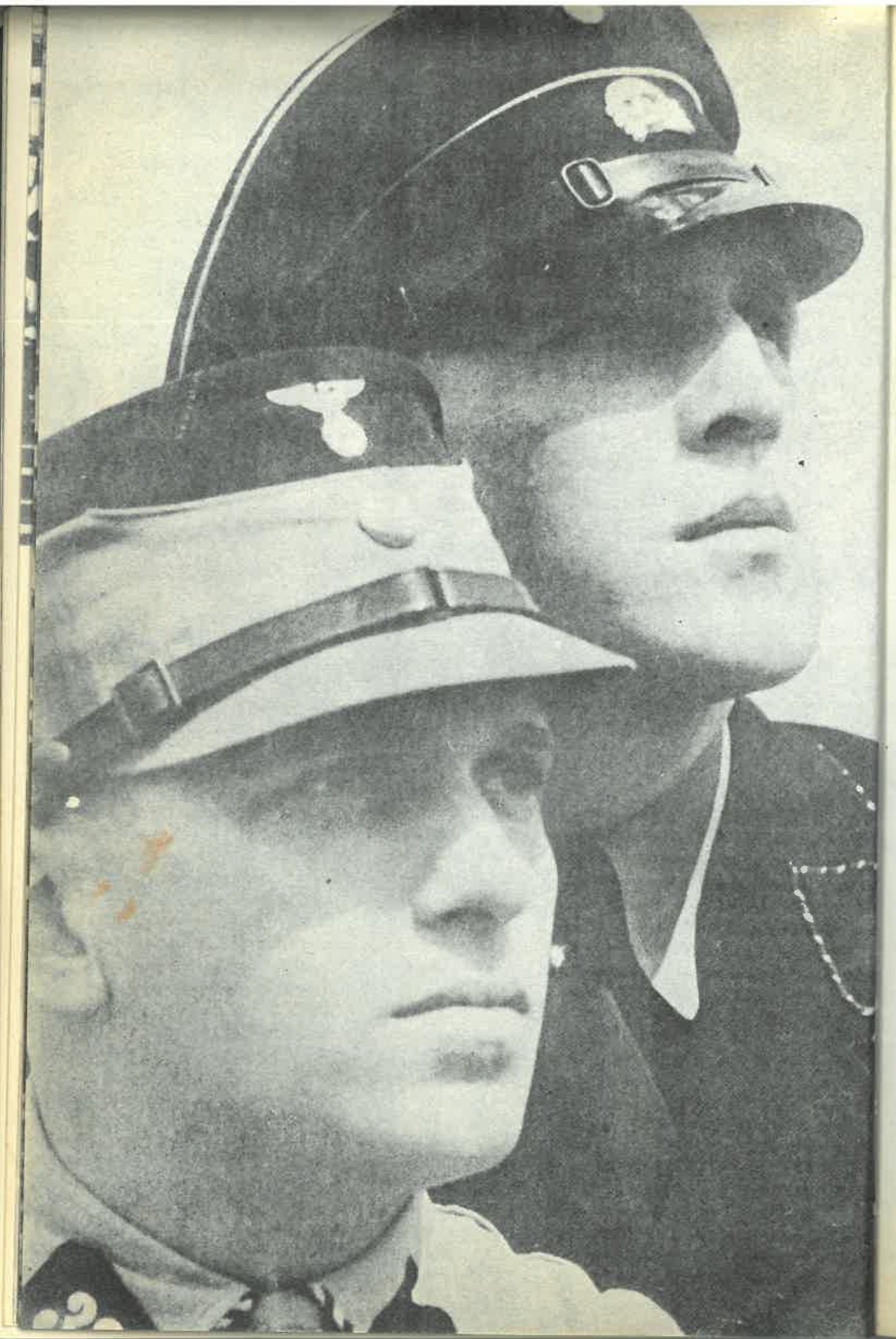
Soldados de la Reichswehr en unas maniobras en 1932.

para un movimiento revolucionario consistía en aliarse con algunas de las poderosas instituciones del Estado— daba ahora en la práctica un resultado muy semejante al que él esperaba. El presidente, apoyado por el ejército y los conservadores, le había nombrado canciller. Su poder político, aunque grande, no era, sin embargo, completo. Lo compartía con estas tres fuentes de autoridad, que le habían puesto en el cargo y que estaban fuera —y, en cierto sentido, desconfiaban de él— del movimiento (nacionalsocialista). Por tanto, la tarea inmediata de Hitler consistía en retirarlos rápidamente de la dirección de la nave del Estado, hacer a su partido dueño exclusivo de éste y luego, con el poder de un gobierno y una policía autoritarios, hacer la revolución nacionalsocialista».

Esto se dice con más facilidad que se hace; pero Hitler no perdió ciertamente el tiempo en ponerse a la labor. Al día siguiente de su nombramiento como canciller visitó la guarnición de Berlín y se dirigió a las tropas. Les dijo —no hace falta decir que con gran extensión— lo que había concebido como «el espíritu de la nueva Alemania». El comandante en jefe de la Reichswehr, capitán general Freiherr (barón) Kurt von Hammerstein, debió de haber sido un glotón para el castigo, porque invitó al Fuhrer a volver para cenar unos días después. En esa ocasión, 5 de febrero de 1933, Hitler obsequió nuevamente a sus anfitriones con una perorata de dos horas sobre sus proyectos políticos, dejándoles sin ninguna duda de que la política exterior e interior quedaba ahora enteramente en



Hitler posa con alumnos de una escuela de la SA de Berlín.



sus manos, y que no toleraría interferencias de ninguna posible fuente autoritaria. Seguro es que esto causó impresión a los generales, porque, como habían demostrado los quince años transcurridos desde el armisticio, la Reichswehr raramente había sacado la nariz de los asuntos de Estado. Mas la impresión se dulcificó notablemente por el anuncio de Hitler de que pensaba dejar al Ejército y a la Armada «totalmente libres de trabas» en su actividad para la defensa del Reich.

Los preparativos, como todo el mundo sabe, eran menos para la defensa que para el ataque. El propio Hitler había dicho tres años antes que «no existen ejércitos para la preparación de la paz; existen para el ejercicio triunfal en la guerra». Si se elimina la palabra «triunfal», su aforismo quedó bien patente durante los años 1939-45. Sir John Wheeler-Nennet apunta certeramente en *Nemesis of Power:*

«El gran y maléfico sueño de un Reich que durara mil años y que se extendiera desde Estrasburgo a Riga y desde Rostock a Trieste, manteniendo bajo su influencia al resto de Europa, se hallaba siempre ante sus ojos. Ante la incesante presión del impulso a hacer realidad este sueño, la desbordada ambición de Hitler jamás descansó. Incluso cuando aparentemente se mostraba sosegado, este extraño genio pervertido ideaba y planeaba una docena de estratagemas diferentes que finalmente ayudarían en el logro definitivo de tal visión. No debe pensarse que Hitler operaba de acuerdo con un horario cuidadosamente preparado. En su mente sólo se fijaba con claridad el esquema general de las cosas venideras. Ni el momento, ni el detalle, ni siquiera la secuencia de los acontecimientos se definían con anticipación. Porque Hitler era un oportunista maestro, y tanto su fuerza como su debilidad radicaban en su habilidad para calibrar el momento psicológico propicio a sus actos de agresión, y su incapacidad, en ciertas ocasiones, de resistir la tentación de aprovecharlo».

Mas, por el momento, su máxima necesidad consistía en una fuerza de policía política más que en un ejército potencialmente agresivo. Era canciller, pero de un gobierno de coalición formado en parte por elementos que desconfiaban de él, si no se le oponían; elementos que había que eliminar de los órganos de dirección. Y para este fin se tenía a mano a la siempre creciente SS, con su mística aristocrática. No sólo a mano, sino ingeniosamente organizadas por Himmler en departamentos que se ocupaban de diferentes facetas del proceso de eliminación.

Idílico retrato de representantes de la SA y la SS hecho el año de la purga.

El adoctrinamiento político figuraba claramente en destacada posición en la lista de prioridades. La seguridad interna y el sistema de información doméstica del Reich no le cedían en importancia. Estaban luego los «enemigos naturales» del partido, de los que había que «cuidarse»; y éstos incluían, naturalmente, a todos los judíos y simpatizantes bolcheviques o comunistas, francmasones, eslavos y, en general, otras razas no arias, y una considerable proporción de los miembros de las iglesias establecidas. (Hitler, Goebbels, Himmler y el siniestro ejecutor de éste, Reinhard Heydrich, eran todos católicos nominalmente, pero Hitler hablaba por ellos cuando dijo: «Si surgiera en parte alguna del Reich la mínima tentativa de levantamiento, haría detener y fusilar inmediatamente a todos los líderes de la oposición, incluída la Iglesia Católica, donde anida la más intemperante. Y es que el exterminio de esos pocos cientos de miles de hombres haría innecesarias otras medidas».

Himmler había confiado todos estos objetivos principales a su querida SS, que era su *Verfügunstruppen* —es decir, sus Fuerzas de Reserva— en la batalla ideológica; y, al progresar ésta, se hizo aparente que las armas serían necesarias para reforzar las ideas. El Fuhrer estaba en contra de convertir su ejército político particular en obvio rival de la Reichswehr; tal rivalidad meramente duplicaría y exacerbaría la no resuelta e inamistosa situación entre la SA y el alto mando. Pero resultaba evidente que se acercaba un enfrentamiento declarado, y que habría que recurrir a la fuerza de las armas.



El oportunista Hitler aprovechó la ocasión para poner las cartas boca arriba a principios de 1934, y la culminó en junio. Fue una oportunidad que el siempre insatisfecho Rohm había creado para él. Porque Rohm estaba más decidido que nunca a la fusión con la Reichswehr —en realidad, a apoderarse del control de ésta— y a sacar del enorme total —había ahora más de tres millones de hombres en las Tropas de Asalto— la clase de ejército popular que Bonaparte hizo. A este fin, y como una especie de maniobra práctica, había absorbido a los Cascos de Acero del partido nacionalista y a otras organizaciones de ex combatientes en la SA, la cual había perdido su estado y convertido, lamentablemente, en Reserva número 1 y 2 de la SA. Rohm desplegaba de manera creciente no sólo una abierta hostilidad al Fuhrer, sino también una megalomanía que amenazaba con superar la de éste. Su afán de grandezas tuvo el efecto inmediato de convertir los rescoldos de su conflicto con el Ejército en una peligrosa llama. Para citar nuevamente a Wheeler-Bennet:

«Se trataba una vez más del choque de conceptos e ideologías; por una parte, el sueño de Rohm de grandes ejércitos revolucionarios, que llevaran con ellos no solamente las palmas de la victoria alemana, sino también los ideales del nacionalsocialismo; por otra, los planes cuidadosamente madurados de la Reichswehr para el complejo desarrollo del ejército existente en una fuerza militar cuya excelencia profesional no podría ser superada, pero que debería estar libre de cualquier doctrina, norma o credo extraño, excepto el de la ortodoxia militar».

La hostilidad de Rohm hacia Hitler se resume mejor en sus propias palabras en una conversación que mantuvo con Hermann Rauschning, líder durante cierto tiempo del senado de Danzig, registradas en el libro de éste titulado *Hitler habla:*

«Adolf es un cerdo. Prescindirá de to-

La hostilidad de Röhm hacia el Führer y su deseo de amalgamar su ejército con el de la Reichswehr inicia la «Noche los Cuchillos Largos» hitleriana.

dos nosotros. Sus viejos amigos ya no son bastante buenos para él. Se está aficionando mucho a los generales de la Prusia Oriental. Ahora son sus compañeros... Adolf conoce exactamente lo que yo quiero. Se lo he dicho con suficiente frecuencia. No una segunda edición del viejo Ejército Imperial. ¿Somos revolucionarios o no lo somos? Si lo somos, entonces debe salir algo nuevo de nuestro impulso, como los ejércitos de masas de la Revolución francesa. Si no lo somos, entonces estamos perdidos. Hemos de crear algo nuevo, ¿no lo ve? Una nueva disciplina. Un nuevo principio u organización. Los generales son un lote de viejos rutinarios. Nunca han tenido una idea nueva. *Yo* soy el núcleo de un ejército nuevo, ¿no lo ve usted? ¿No comprende que lo que se avecina debe ser nuevo, fresco, sin usar? La base ha de ser revolucionaria. No se le puede inflar después. La oportunidad sólo se tiene una vez para hacer algo nuevo y grande que contribuya a levantar al mundo de sus goznes. Pero Hitler me da de lado con bellas palabras. Quiere heredar un ejército todo listo y completo. Va a dejar que los llamados expertos se ocupen de ello. Cuando oigo eso me pongo a punto de estallar. Luego, según dice él, hará de ellos nacionalsocialistas. Pero primero se los deja a los generales prusianos. No sé adónde va a ir a sacar su espíritu revolucionario. Son los mismos torpes de siempre, y con toda seguridad perderán la próxima guerra».

No importa demasiado si Hitler conocía o no estas palabras duramente hostiles. Estaba a no dudar enterado de la actitud que representaban, y no ignoraba que tal actitud era intolerable si su sueño de un Reich para mil años iba a convertirse en realidad. Rohm y su furiosamente resoplante dragón de la SA habían llegado al fin del camino. Impedir que fuera más adelante su peligroso progreso era, naturalmente, una simple cuestión de decapitar al monstruo; y si al mismo tiempo se podía sujetar a unos cuantos, mucho mejor.

Obviamente, la tarea parecía bien adecuada a la planificación y ejecución por parte de la SS de Himmler. ¿No había ideado éste con tal fin la seguridad interna y el sistema de información del partido? Reinhard Heydrich, a quien había nombrado su organizador, era extremadamente eficiente porque, siendo en parte judío, tenía un interés oculto tanto en el encubrimiento como en el descubrimiento de información. Su carácter poseía también un rasgo fríamente maligno que le privaba de toda piedad cuando la ocasión lo exigía. Allí, manifiestamente, había una ocasión para que él y sus colaboradores investigaran estrechamente en los informes asiduamente recogidos que son parte necesaria del sistema de todos los gobiernos autoritarios. Las indiscreciones sexuales, las frases descuidadamente pronunciadas, los síntomas de afiliaciones encontradas de todos aquellos cuya eliminación se busca se encuentran siempre en tales informes. Luego viene el golpe en la puerta a medianoche, la mano en el hombro, el interrogatorio y su secreta secuela de muerte o de campo de concentración.

En este caso, sin embargo, se requería algo más públicamente dramático. Una demostración de fuerza que tendría el efecto tanto de venganza como de advertencia, de llamar la atención sobre los peligros de ir contra la voluntad del Fuhrer. Y su voluntad, durante los primeros meses en la Cancillería, consistía en mantener buenas relaciones con el alto mando y la Reichswehr, que habían apoyado su nombramiento como canciller, y con los que había concertado secretamente una garantía para «reducir la creciente influencia de la SA» a cambio de la seguridad de que a la muerte del presidente Hindenburg —que era inminente—, él, Hitler, le sucedería como comandante en jefe de la Reichswehr y recibiría el juramento de lealtad de las fuerzas armadas en su totalidad. El terreno había sido cuidadosamente preparado, sin embargo, para la pública exhibición de fuerza que reduciría la creciente influencia de la SA; de manera especial, cualquier sospecha que Rohm pudiera abrigar tenía que ser disipada mediante gestos conciliatorios, y, a este fin, Hitler dio al líder de la SA un puesto en el gabinete y publicó, en el *Völkischer Beobachter* del 4 de enero de 1934, la siguiente carta abierta a él dirigida:

«Mi querido jefe de estado mayor:

La lucha del movimiento nacionalsocialista y la revolución del mismo signo fueron posibles para mí por la firme supresión del terror rojo ejecutada por la SA. Si el Ejército tiene que garantizar la protección de la nación contra el mundo de más allá de nuestras fronteras, la tarea de la SA consiste en asegurar la victoria del Estado Nacionalsocialista y la comunidad de nuestro pueblo en la esfera doméstica. Cuando le llamé a su actual cargo, mi querido jefe de estado mayor, la SA atravesaba una grave crisis. Se debe primordialmente a vuestros servicios el que, tras unos pocos años, este instrumento político pudiera crear la fuerza que me permitió hacer frente a la lucha final por el poder y tener éxito en colocar a bajo nivel al adversario marxista.

Al finalizar el año de la Revolución Nacionalsocialista, por tanto, me siento obligado a agradeceros, mi querido Ernst Rohm, los inapreciables servicios que habéis prestado al movimiento nacionalsocialista y al pueblo alemán, y a aseguraros cuán agradecido estoy a la suerte por haber podido llamar amigos y compañeros de lucha a hombres como usted.

Con verdadera amistad y agradecida consideración,

Vuestro

Adolf Hitler»

Una vez dado el beso de Judas de la conciliación, Hitler confió inmediatamente a Himmler y a su SS la tarea de eliminar a Rohm y a sus camaradas de la SA en la purga que iba a ser tristemente famosa como la «Noche de los Cuchillos Largos» (en esta Colección Políticos, Libro nº 2), tarea que Himmler y Heydrich recibieron con satisfacción, no sólo porque les daría la primera oportunidad de demostrar la eficiencia de su organización, sino también —y principalmente— porque la SS era aún parte de la SA y estaban subordinadas al mando de Rohm. Ningún mando, excepto el de Hitler, resultaba aceptable para Himmler, «especialmente el de ese gran pervertido», como escribió en su diario. Igualmente, Goering le había cedido la jefatura de la policía bávara y de todo el sistema de la Gestapo. Estos eran títulos que Himmler, con su obsesión por lo grandilocuente, agradecía y añadía como ejemplares a su colección de departamentos de la SS. Su gratitud a Goering tenía cierto carácter servil; y Goering no sólo odiaba a Rohm, sino veía en él un rival peligroso. La tarea de apresar y eliminar a Rohm y a sus colaboradores no sólo constituía una orden del Fuhrer; suponía también una obediencia a Goering, el benéfico donante de fuerza policíaca al Reichsfuhrer de la SS.

La cuestión puramente práctica se derivaba, sin embargo, de quién iba a ser el ejecutor. La Reichswehr no se podía ensuciar las manos con supresiones políticas, por muy interesada que estuviera en el resultado. No se podía esperar con seguridad que la propia SA ocultara en sus filas a traidores que conspirarían para rebelarse contra la jefatura. La policía era el nuevo juguete de Himmler y, antes de utilizarla en operaciones que resultaban de vital importancia para la revolución del partido, quería organizarla como lo había hecho con la SS. Esto dejaba, por supuesto, a éstas como único brazo ejecutor. Heydrich obtuvo y reunió todas las pruebas documentales para la purga, y la acción comenzó el viernes 29 de junio. Setecientos cincuenta hombres de la SS recibieron armas de la Reichswehr y fueron transportados —también por ésta, ya que carecían de medios propios— y enviados con los informes a perseguir a sus presas. Rohm y su colega Edmund Heines se hallaban en un hotel con algunos de sus muchachos; se les sacó de la cama y eliminó. Gregor Strasser, que no pertenecía a la SA pero había osado rivalizar con Hitler por la jefatura del partido, fue secuestrado y fusilado. (Era el momento de arreglar viejas cuentas así como para la acción política). Un grupo de víctimas que incluía tres *Obergruppenfuhrer* de la SA, algunos de los supuestos cómplices en el incendio del Reichstag, varios dirigentes del partido de Acción Católica, el corrector de pruebas del *Mein Kampf* (Mi lucha) y el crítico musical del *Münchener Neuste Nachrichten* fue ejecutado no porque sus integrantes pertenecieran a la SA o simpatizaran con ella, sino porque sus expedientes revelaban indiscreciones y



sus cadáveres proporcionaban pruebas de que probablemente fueron víctimas de disputas personales. (El último de los citados murió por error, ya que le confundieron con un jefe de la SA de nombre similar). Se les eliminó en sus hogares con armas de fuego o blancas, o bien fueron atraídos a los bosques y ejecutados allí por individuos que dejaron notas u otros indicios de que se trataba de crímenes pasionales.

Sin embargo, las víctimas principales de la purga, los jefes de los distintos distritos de la SA, fueron conducidos a la prisión de Stadelheim, en Munich, o al cuartel de Lichterfelde, en Berlín, y allí, en un fin de semana de juicios sumarísimos, ejecutados por pelotones del *Leibstandarte* de Sepp Dietrich. Así, aunque no pudiera decirse que la *élite* de las tropas personales de Hitler se hubiera manchado con algo que se pudiese dignificar con el nombre de batalla, tuvo al menos contacto con la implacabilidad que iba a ser llamada a dirigir.

Las consecuencias inmediatas de la acción del 29 de junio-1 de julio fueron un par de telegramas del anciano Hindenburg a Hitler y a Goering:

«He sabido, por los informes que me han llegado, que usted, por su acción decidida y valerosa intervención personal, ha yugulado la traición en sus comienzos. Ha salvado de serio peligro a la nación alemana. Por ello os expreso mi más profunda gratitud y sincero aprecio».

«Por vuestra enérgica y triunfal actuación al aplastar un caso de alta traición os expreso mi gratitud y reconocimiento. Con gracias y recuerdos de camaradería. Hindenburg».

Los seudogozosos comentarios del anciano presidente apenas iban a tener eco entre los representantes de la prensa que fueron convocados a la Cancillería para conocer la «historia» oficial de la operación. Un sonriente Goering les habló de la terrible conspiración contra el Reich que se había descubierto en el último momento y —miró entonces el texto del telegrama del presidente a Hitler— «yugulado en sus comienzos». Los nombres de los supuestos conspiradores salieron de sus labios mientras los periodistas tomaban nota horrorizados; y el nombre del *Leibstandarte* «Adolf Hitler» fue hecho público por primera vez a la prensa mundial como justo ejecutor de los que «habrían traicionado al Reich y al Fuhrer».

Pero hubo una nueva, y menos difundida, consecuencia. El 13 de julio de 1934, Hitler presentó su informe al Reichstag, informe que ocultaba tanto como revelaba y que terminaba así: «Si alguien tiene que hacerme un reproche y pregunta por qué no recurrí a los tribunales regulares de justicia para dar a estos traidores su debida recompensa, todo lo que puedo decir entonces es esto: Fui responsable en esta hora de la suerte del pueblo alemán, y por tanto me convertí en la suprema Justicia del Estado». Hizo una pausa y levantó una mano en su habitual estilo declamatorio, agregando: «Y todos deben saber que, en el futuro, si uno levanta la mano para atacar al Estado, entonces le acompañará una muerte segura».

Edmund Heines, uno de los muchos jefes de las SA eliminados durante la purga.

Bautismo de éxito

Hubo, naturalmente, esplendidez a repartir. Hitler fue siempre un Fuhrer dispuesto a reconocer los logros. Inmediatamente ascendió a Sepp Dietrich al empleo de *Gruppenfuhrer* de la SS, equivalente a general de división del ejército. Y, como un todo, dio a esta organización el *status* de independencia que la hacía dependiente sólo de él. El anuncio apareció en el *Völkischer Beobachter* del 26 de julio:

«En consideración al muy meritorio servicio de la SS, especialmente en relación con los acontecimientos del 30 de junio de 1934, la elevo a la categoría de organización independiente dentro del partido nacionalsocialista».

Así, el orgullo y la alegría de Himmler quedaban ahora libres de cualquier irritante servidumbre respecto a la SA. Esta, naturalmente, declinó después de la purga. Continuó su existencia con un decadente buscaplaceres llamado Viktor Lutze como jefe de estado mayor; mas, sin la agresiva inspiración de Ernst Rohm y sus validos, degeneró en poco más que una asociación de ex combatientes aficionados a la cerveza, los mejores de los cuales se alejaron de ella para unirse a la Reichswehr.

Para la flor y nata de la SS, su *Leibstandarte,* Hitler reservó el honor de que prestara un juramento especial de lealtad: «Te prometo, Adolf Hitler, como Fuhrer y Canciller del Reich, lealtad y valor. Te prometo, y a los que has designado para mandarme, obediencia hasta la muerte. Que Dios me ayude». Este juramento estaba totalmente de acuerdo con la idealista *esprit de corps élite* de Himmler, una fuerza distinguida con gran espíritu de cuerpo.

Una semana después, el 2 de agosto, murió el presidente Hindenburg. Menos de una hora más tarde de haberse radiado la noticia de su fallecimiento se hizo otro anuncio: que los cargos de presidente y canciller se hallaban ahora unidos y que Hitler era comandante en jefe supremo de las fuerzas armadas y jefe del Estado. En dieciocho meses, como dice el biógrafo de Hitler Alan Bullock, «había dominado la maquinaria estatal, suprimido la oposición, terminado con sus aliados, afirmado su autoridad sobre el partido y la SA, y asegurado para sí mismo las prerrogativas de jefe del Estado y comandante en jefe de la Wehrmacht. La revolución nacional-

Sepp Dietrich, recién ascendido al empleo de Gruppenführer **de las SS, con Hitler.**





El presidente Hinderburg en su lecho de muerte.

socialista estaba completa: Hitler se había convertido en dictador de Alemania».

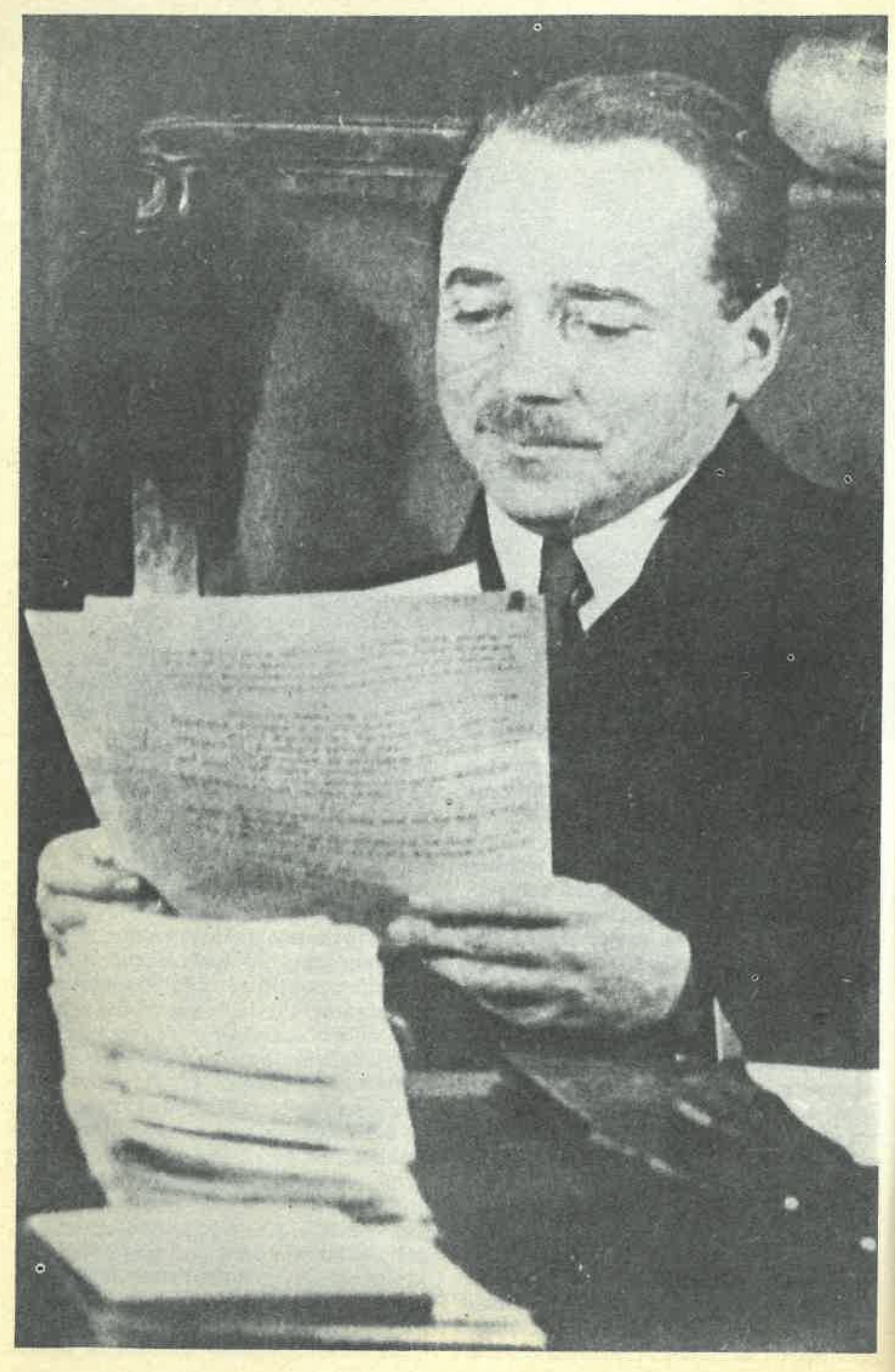
Si los ejércitos hitlerianos existen únicamente para el ejercicio de la guerra y nunca para la preparación de la paz, no es menos cierto que el poder despótico sólo se toma para abusar de él. Los dictadores benévolos son más raros que las lechuzas en Islandia. Hitler se había anticipado en siete días a su completa ocupación del poder ordenando en secreto la eliminación del canciller austríaco, doctor Engelbert Dollfuss, el 25 de julio, en un intento de hacer triunfar a los nacionalsocialistas de aquel país y reclamar por tanto Austria para el Reich alemán. Fue una tentativa que no tuvo éxito. La eliminación se debió a miembros de la SS vestidos con uniformes del Ejército austríaco; mas fueron descubiertos rápidamente y once de ellos perdieron la vida en la horca. Hitler se disoció rápidamente de todo el asunto, condenó el crimen con lágrimas de cocodrilo y reprendió a Himmler:

«La SS no está destinada a cometer errores; ¿por qué, en Viena, ha cumplido su deber con ignominia?»

La excusa de Himmler fue de que se trataba de austríacos que habían esquivado la guardia de sus normas físicas e idealistas. «Puedo aseguraros, mi Fuhrer, que las rigurosas exigencias de ingreso que he impuesto ahora a los reclutas de la SS aseguran que, físicamente, éstos se hallan en un estado de perfección, ni siquiera se les tolera que tengan una carie, y que en cuestiones de doctrina están más allá de todo reproche».

Se pasó por alto el fracaso de Viena; presumiblemente, se pensó que el que once fueran a la horca ya constituía suficiente castigo en sí; mas Himmler no estaba dispuesto a que la misma cosa volviera a ocurrir. El *Leibstandarte* se había juzgado y absuelto noblemente a sí mismo en la purga, como hacía notar: «No vacilamos, el 30 de junio de 1934, en cumplir el deber a que estábamos llamados y alineamos contra un muro a camaradas que se habían equivocado, para fusilarlos. Nos impresionó a todos, y sin embargo todos teníamos la seguridad de que, si es necesario y se vuelven a dar nuevamente tales órdenes, la actuación será repetida sin titubeo». Todos los hombres de la SS mantendrían en el futuro esa norma. Unos 600 habían sido armados para la purga, además del *Leibstandarte,* y Himmler dividió entonces a éstos en unidades para «fines especiales». Tales fines incluían la custodia de prisiones de seguridad y campos de concentración, tarea que hasta entonces había desempeñado oficialmente la policía civil en el curso normal de sus atribuciones, si bien, de hecho, había contado con la «asistencia» de individuos duros de la SS desde principios de 1933. Estas escuadras recibieron el nombre de Destacamentos de la Calavera (*Totenkopfverbände),* los cuales no sólo fueron armados, sino motorizados con combinaciones de motocicletas y coches blindados ligeros. De igual modo estaban equipadas unas pocas Escuadras para Fines Políticos, encargadas de controlar el malestar político en las ciudades de Hamburgo, Dresde, Munich, Berlín y Arolsen. Y el *Leibstandarte,* como unidad más antigua, gozó naturalmente de las ventajas de la motorización. Había, pues, entonces tres unidades móviles formidablemente eficientes, cuyos efectivos conjuntos eran menores que los de un regimiento de infantería, pero de probada eficacia doctrinal. Las *Berfügungstruppe* ideológicas de Himmler se habían convertido en una fuerza de reserva en cuanto a la realidad de armas y protección blindada; naturalmente, pronto serían conocidas por ese mismo nombre, porque, el 16 de marzo de 1935, Hitler anunció a una pusilánime Europa que pensaba implantar inmediatamente el reclutamiento obligatorio y rearmarse levantando un ejército de 36 divisiones (550.000 hombres) y una marina que graciosamente deseaba limitar al 35 por ciento de la Armada Real británica. El mismo día dictó una orden para el establecimiento de las *Verfügungstruppe* de la SS, «unidad de reserva plenamente materializada que me propongo formar para que, a su debido tiempo, se convierta en una división de la SS dispuesta a luchar en cualquier frente de batalla».

El alto mando de lo que ahora se iba a conocer como la *Wehrmacht* (fuerzas armadas) expresó naturalmente su complacencia ante la legalizada expansión de sus fuerzas en las mismas barbas de las limitaciones impuestas por el Tratado de Versalles. El que dicha legalización fuese simplemente un autoritario edicto del Fuhrer no les preocupaba en absoluto; se habían sentido con más dudas respecto al rearme subrepticio que se había venido llevando a cabo desde 1920 y que supuso el pilar principal de la recuperación económica de Alemania. Como cosa típica de su raza, necesitaban la seguridad de la orden oficial: «¡Rearme!» Su alegría se manifestó en la velocidad con que se pusie-



El canciller austríaco doctor Engelbert Dollfuss, en su despacho.

ron a llevarlo a la práctica; si bien vacilaban respecto a las seguridades de cualquier pronto logro del objetivo. El reclutamiento de medio millón de hombres difícilmente es una tarea de fin de semana.

En cuanto al establecimiento de una división armada de la SS, los generales del alto mando mostraban mucho menos entusiasmo. ¿Habían perdido la rivalidad de las Tropas de Choque sólo para tropezar con la de una fuerza aún más amenazadora? El general Wernher von Fritsch, que había sucedido a Hammerstein como comandante en jefe del ejército, acuñó la despreciativa frase «soldados del asfalto» para la SS de Himmler, y él y el Reichsfuhrer hacían continuas peticiones a Hitler: uno para la disminución y el desarme de la SS, y el otro pidiendo autoridad y prerrogativas para su desarrollo. Hitler parece haber aplacado a ambos. Recordó a Fritsch que la orden para el restablecimiento de la división de reserva de la SS militarizada había sido calificada por la frase «a su debido tiempo», y que un núcleo de hombres adiestrados y dispuestos a la acción no implicaba necesariamente una concentración de fuerzas «a menos que la situación lo justificara». Y contentó a Himmler aprobando el continuo aumento de la SS en otras direcciones que las de la obvia militarización: tareas de la policía secreta, seguridad política, obligaciones generales, con la autorización compensatoria a que cada miembro de la SS se incorporara un mes cada año al *Leibstandarte* o a las *Totenkopfverbände* para seguir «cursos de instrucción militar». Hubo, naturalmente, nuevas protestas de Fritsch en el sentido de que si el alistamiento en la SS iba a contar como cumplimiento del servicio nacional obligatorio habría, inevitablemente, dificultades en cuanto a reclutar las requeridas 36 divisiones para el ejército; a lo cual dio Himmler la altanera respuesta de que las normas de selección para la SS eran mucho más rigurosas que las de la Wehrmacht, y que «todo, por tanto, se allanaría por sí solo», réplica sabiamente calculada para aplacar e insultar al mismo tiempo.

Resultaba cierto que las normas de aptitud física y adoctrinamiento político exigidas a los reclutas de la SS eran altas. No sólo no tenían que tener, en frase de Himmler, «ni siquiera una caries», sino que habían de medir 1'78 metros de estatura si aspiraban al *Leibstandarte,* y dos centímetros y medio menos si preferían las *Totenkopfverbände.* Y se les hacía firmar por un mínimo de cuatro, doce o veinticinco años en los respectivos casos de soldados, suboficiales u oficiales. Mas ninguna de estas exigencias tenía gran efecto adverso sobre el reclutamiento. El cumplimiento por parte de Himmler de la idea de Hitler acerca de una fuerza de *élite* había sido psicológicamente sensato. La captación de las altas capas del *Almanack de Gotha* hizo atractiva la SS tanto al campesino como al príncipe, porque los príncipes se sentían seguros en la compañía de su propia aristocracia, y los campesinos se veían atraídos por el conocimiento de que la aptitud nacionalsocialista contaba para todo, y los antecedentes sociales para nada: justo lo contrario, así lo consideraban ellos, de las viejas nociones imperiales que aún prevalecían en la Werhmacht. A mediados de 1935, la SS-*Verfügungstruppe* había alcanzado unos efectivos de 8.500 hombres. De éstos, 2.660 pertenecían al *Leibstandarte* y 2.241 a las *Totenkopfverbände.* El resto, incluidas las Escuadras de Propósitos Políticos, se agrupaban en la SS Generales *(Allgemeine).* Un débil intento de confundir al alto mando fue el de integrar toda la organización SS-*Verfügungstruppe,* en lo relativo a costos administrativos en el presupuesto del Ministerio del Interior como «organizaciones de la policía al servicio del Estado». Pero el alto mando no tragó el anzuelo. Nada estaba más claro que lo que Hitler pretendía con el tiempo era convertir su guardia pretoriana «policíaca» en un ejército privado de gran atractivo; y esta vez la draconiana cualidad de su juramento e instrucción prevendría cualquier posibilidad de que el rabo meneara al perro, como había sucedido en los días de la *Sturmabteilung* del *Freikorps.*



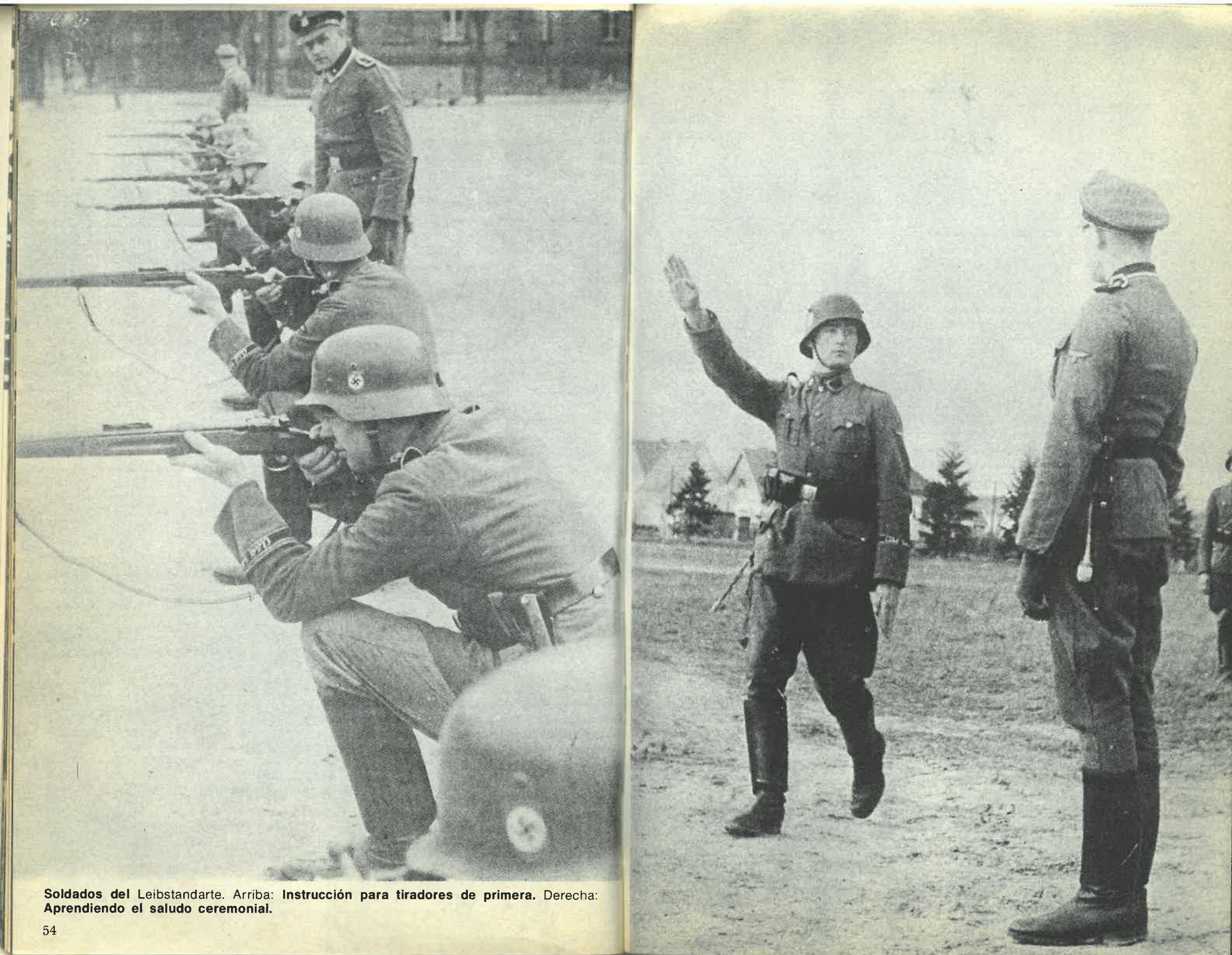
Del entrenamiento bien se puede decir algo y rebatir una o dos impresiones falsas. *Alibi of a Nation,* la historia de la SS escrita por Gerald Reitlinger, nos dice:

«Para el recluta de la SS el día comenzaba habitualmente con la diana a las seis de la mañana y una hora de ejercicio físico antes del desayuno, para el cual, sin embargo, Himmler prefería el agua mineral y las gachas, una vez que la administración económica de la SS hubo adquirido un monopolio al absorber las empresas Apollinaris y Mattoui. Después del desayuno había instrucción con armas, pero tres veces por semana se interrumpía ésta con una conferencia sobre la inspiradora vida del Fuhrer, la ideología nacionalsocialista o la filosofía de la selección racial, siendo los principales textos utilizados *El Mito del Siglo xx,* de Alfred Rosenberg, y *De la Sangre y la Tierra,* de Walter Darré.

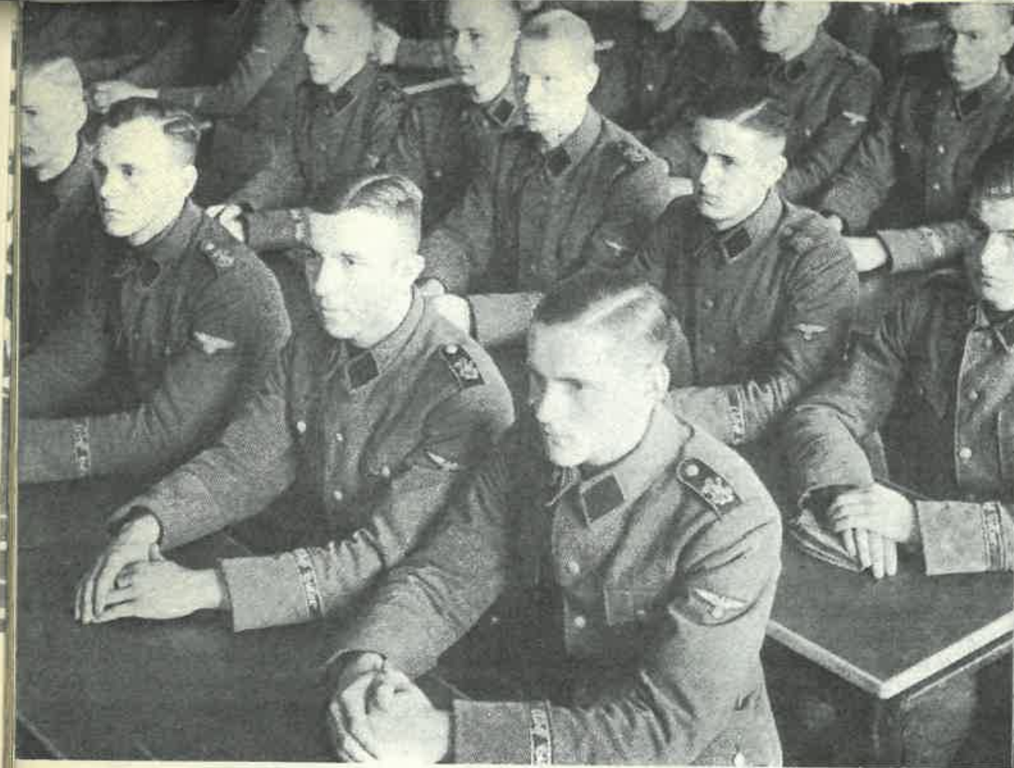
«Después de comer, el recluta de la SS pasaba mucho tiempo ejercitándose. La organización nunca alentó la teoría de que la guerra había pasado a manos de profesionales y especialistas que podían silbar con las manos en los bolsillos. La instrucción era digna de una unidad disciplinaria o de la descripción que Gibbon hace de la disciplina romana: 'El derramamiento de sangre constituía la única circunstancia que diferenciaba a un campo de batalla o a uno de ejercicio'.

«Seguía a la instrucción una orgía de fregado, formalismo y pulimento, sujeto todo ello a una inspección clínica, tras lo cual el recluta podía abandonar el cuartel si aún era capaz de tenerse sobre sus pies. Mas tenía que parecer como si hubiera sido desempaquetado para colgarlo en un árbol de Navidad, increíblemente rosado, fresco y teutónico, con sus bolsillos bien planos conteniendo únicamente una modesta cantidad de papel moneda que no abultaba, su cartilla, su pañuelo doblado según el reglamento y un profiláctico. Los domingos no había formación para los servicios religiosos, ya que la SS no disponía

Miembros de un destacamento de la «Calavera» prestan juramento de lealtad.



Soldados del Leibstandarte. Arriba: **Instrucción para tiradores de primera.** Derecha: **Aprendiendo el saludo ceremonial.**





de capellanes, y a Hitler le agradaba pensar que eran unos sin dios. Pero resultaba peor que ese tipo de formación, porque la inspección de paseo era tan rigurosa que uno de cada tres reclutas no conseguía atravesar las puertas.

«De acuerdo con una práctica que Himmler había introducido en 1931, el recluta permanecía en situación de novato hasta que completaba el primer curso y pasaba las pruebas física e ideológica. Sólo entonces se le permitía prestar el juramento de la SS y, en teoría, aún estaba autorizado a retirarse. Un esfuerzo mayor le esperaba: una temporada en las escuelas de infantería o de blindados de la SS. Allí le podían ordenar que se ocultara en el terreno, sabiendo que tras un determinado tiempo los carros de combate pasarían sobre él, tanto si el pozo estaba terminado como si no. Si se trataba de un aspirante a oficial, quizá le pidieran que sacara la aguja de una granada de mano, la pusiera en equilibrio sobre su casco y se quedara en posición de firmes mientras hacía explosión. Estas pruebas de valor estaban inspiradas por Heydrich, de quien se dice haber declarado que los hombres de la SS debían ejercitarse unos contra otros con fuego real».

Bien podían estar inspirados por Heydrich, ya que se trataba de un hombre dado a esta clase de inspiración. Pero es muy improbable que en realidad lo fueran. Herbert Walther, un soldado del *Leibstandarte* capturado por los norteamericanos en 1944, manifestó al autor que la granada que estallaba es fruto de la imaginación de alguno. También es apócrifo el desayuno a base de gachas y agua mineral. («No habríamos llegado a mediodía con agua carbónica. Teníamos un desayuno adecuado, como el de cualquier otra parte»). Así, en gran medida, ocurría lo mismo con lo de hacerse un pozo a tiempo mientras los carros se disponían a pasar por encima del recluta que cavaba frenético. Y la munición real sólo se empleaba en el tiro normal contra blancos. Pero la instrucción de endurecimiento resultaba en general tan rigurosa como la de los comandos británicos, y el programa de limpiar y abrillantar equivalía al de los regimientos de la Guardia. Lo

Arriba, izquierda: **Reclutas del** Leibstandarte **de la SS «Adolf Hitler» (ISSAH) asisten a su primera clase de adoctrinamiento político.** Arriba: **Miembros recién alistados interpretan una canción en sus ratos libres.** Abajo: **Orden y disciplina son características de sus cuarteles.**





Infantes del Leibstandarte **durante el período de instrucción.**

que no se correspondía con nada en los ejércitos occidentales —o, de hecho, en la propia Wehrmacht— era el adoctrinamiento. Las democracias son autosuficientes; los autoritarismos necesitan continuas inyecciones de glóbulos ideológicos o se marchitan ante la revelación de su propia falta de adecuación. Las lecturas y conferencias acerca de obras de Hitler, Darré, Rosenberg y demás revestían auténtica insistencia; y las pruebas escritas y orales exigían citas de memoria de largos párrafos de los autores deificados, no demasiada tarea si se para uno a pensar en que la repetición de palabras a estilo cotorra sólo pide memoria, no comprensión. Quizá ello suponía lo mismo, porque gran parte de tal material desafía la comprensión de todos modos, excepto en términos de declaraciones gnómicas, hecho que el doctor Goebbels captaba hábilmente, como puede verse en muchos de sus eslóganes (*Deutschland Erwache,* por ejemplo), muchos de ellos sacados de las hinchadas frases de los ideólogos nacionalsocialistas.

Naturalmente, el *Leibstandarte* seguía proporcionando la guardia personal de Hitler, pero ceremonial y privadamente. Puede pensarse que ese privilegio daba otro hueso de contención para que el ejército lo royera. No hay duda de que los regimientos británicos de la Guardia y de la Caballería Real se sentirían igualmente enojados si los centinelas de Whitehall, St. James y Buckingham fueran suplantados por policías militarizados; ciertamente que así sería en cuanto al público que lo ve. Mas el resentimiento del Ejército se trataba caballerescamente. Se recordaba a los generales protestones que el jefe del *Leibstandarte,* Sepp Dietrich, era uno de los más antiguos camaradas de Hitler en la lucha (había sido jefe de carro en la guerra de 1914 a 1918), y que se trataba de «un hombre singular, bajo cuya apariencia de espadachín se esconde un carácter serio, consciente y escrupuloso que puede dar lecciones a cualquiera en la atención a los soldados». Tenían que aceptar este elogio de un individuo al que odiaban con una actitud tan diplomática como la mejor que pudieran reunir. Pero Fritsch hacía notar en privado que «la insidiosa injerencia de esta fuerza de policía militarizada en los asuntos del ejército está empezando a hacerse intolerable». Hitler administró de nuevo a los generales el sosegante jarabe de las seguridades de que solamente la Wehrmacht empuñaría armas por el Reich, pero que resultaba esencial mantener la SS-*Verfügungstruppen* para realizar aquellas desagradables operaciones policíacas para las que la Reichswehr, por su tradicional dignidad, no era adecuada. Fritsch y su estado mayor debieron de haber sido especialmente susceptibles a tales muestras de adulación, porque se tragaron el anzuelo, quizá recordando con disgusto que Himmler había señalado despreciativamente que la purga de la SA había sido ejecutada para ellos por la SS, especialmente por el *Leibstandarte,* «y que si el ejército quiere mantenerse alejado de esos trabajos sucios cuando así se ordena, debe estar dispuesto a tolerar la fuerza especial que existe para tales tareas».

Los generales aceptaron esto con sofocado resentimiento, y siguieron adelante con su cometido de organizar y adiestrar a los reclutas forzosos que ahora llegaban a diario. Las 36 divisiones con que habían sido obsequiados en la política de rearme del Fuhrer les tendrían contentos por espacio de muchos años. La reconstrucción de un ejército se debe hacer propiamente con deliberación, y hay que ajustar, con la precisión de las piezas de un rompecabezas, las partes desempeñadas por la habilitación, instrucción, armamento y uniformidad. Con toda gravedad hicieron confiadas declaraciones de que el reconstituído ejército «estaría listo para el servicio» en un plazo de cinco años.

Ello no se ajustaba totalmente a los planes de Hitler. Su propósito inmediato consistía en la reocupación de la zona desmilitarizada de Renania, y con su genio por el oportunismo presentía que había llegado el momento. Tenía razón. En el campo de la diplomacia, Gran Bretaña aparecía débil y como en sopor; en el terreno de las armas, sus fuerzas estaban dispersas por su imperio, y sus jefes militares aún pensaban en términos de un sistema bélico pasado de moda. Francia resultaba militarmente fuerte y se hallaba en el mismo umbral del Reich, pero su ejército se encontraba mal dirigido y se mostraba desconfiado, con los generales pidiendo paciencia y demora. Los generales de la Wehrmacht pedían también paciencia; mas durante el verano de 1935 Hitler les instó a avanzar, haciendo caso omiso de todas sus protestas basadas en la certidumbre de que sería fatal, en aquel momento, oponerse a un ejército francés de casi un centenar de divisiones que indudablemente les expulsarían de Renania tan pronto como pusieran el pie en ella.



Sepp Dietrich, calificado por Hitler de uno de sus «más viejos compañeros de lucha».

Su renuencia no sirvió de nada. Con típica astucia, Hitler inundó todos los canales diplomáticos con seguridades de que «no se hacen preparativos para la reocupación de Renania por parte alemana con vistas a la guerra», seguridades que fueron aceptadas por Gran Bretaña y Francia con tanta disposición como un saludo llevado por una paloma de la paz. Y a principios de 1936 había ordenado virtualmente a los generales,



frente a sus continuas protestas de falta de adecuación, que se pusieran en marcha. La orden se convirtió en real para el 1.º de marzo; y a ella se añadió el sarcasmo de que «si el Ejército se muestra reacio a encabezar la acción, el SS-*Leibstandarte* 'Adolf Hitler' proporcionará una apropiada punta de lanza».

El caso fue que, al amanecer del 7 de marzo de 1936, una fuerza de ocupación de tres batallones de soldados alemanes se desplegaba a lo largo de la ribera oriental del Rhin en la zona de Karlsruhe-Mannheim, dispuesta para cruzar el río y constituir la primera presencia militar alemana en Renania desde 1918. Para humillación del Ejército, Hitler hizo honor a su palabra. Los primeros hombres que cruzaron el Rhin pertenecían a la vanguardia del *Leibstandarte*. Sus motocicletas y vehículos blindados ligeros iban al mando directo de Sepp Dietrich. Atravesaron las localidades del valle del Rhin y por todas partes fueron recibidos con guirnaldas de flores y aclamados por las muchedumbres. Su objetivo era la ciudad fronteriza de Saarbrücken, y un testigo presencial habla así de su llegada: «No se trataba en absoluto de soldados; no lo eran aquellos gigantes rubios calzados con brillantes botas y vestidos con guerreras y pantalones de montar negros ribeteados con trencilla plateada, sino resplandecientes guerreros de inspiración caballeresca, venidos a recordarnos que éramos alemanes en nuestra propia tierra, que había sido nuestra desde 1380, excepto durante el vergonzoso episodio de la ocupación francesa a principios del siglo XIX, y que ya no necesitábamos vivir en una tierra de nadie observada por los franceses desde el otro lado de la frontera a causa de un tratado que no podía sino repugnar a una nación conducida por un gran Fuhrer.

»Por eso preparamos la música y las flores en la ciudad. El alcalde había mandado la banda al Ayuntamiento, y allí tocó *Deutschland über Alles* mientras el *Gruppenführer* Dietrich y sus hombres desfilaban. ¡Y qué desfile. Habían hecho un largo camino, pero el polvo de la jornada no parecía haberse posado en ellos, y sus movimientos, al restallar las órdenes de mando a través de la plaza, tenían la precisión de un reloj. Muchachas y niños les tiraban flores, y los obreros de las acerías inundaron la ciudad y llenaron los cafés, regocijados. Los que habían tenido el honor de albergar a los alemanes eran muy buscados como informantes y narradores. Las mujeres de esas familias mostraban los ojos plenos de asombro. Ser acompañada por un miembro ordinario de la SS —por no decir nada en el caso de un suboficial o de un oficial— con el mágico brazalete 'Adolf Hitler' que le calificaba como perteneciente a la guardia personal del Fuhrer, y las místicas runas de la organización, iba a dar envidia a todas las demás chicas de la vecindad».

Los soldados del ejército, enfundados en sus uniformes de campaña, de color grisáceo, eran más numerosos que los del *Leibstandarte* en la proporción de tres a uno, y su progreso por la franja de Renania hasta la frontera francesa fue también marcado por gozosas celebraciones en todas partes. Entre continuos agasajos constituyeron la guarnición de las ciudades fronterizas de Trier y Aquisgrán. Pero fue en Saarbrücken, donde se hallaba el *Leibstandarte*, donde nació un mito. Se atribuyó a los hombres de éste el que las tropas francesas, enquistadas en su Línea Maginot, se hallaban petrificadas hasta la inactividad por la presencia de la guardia personal del Fuhrer. Quizá sólo hubiera una compañía de ésta, pero la mística que les rodeaba y su jefe Dietrich privaba a los galos del sentido. Debió de ser así, porque los franceses no hicieron el menor movimiento. Ni dispararon un tiro ni dieron un paso. Ellos, sus estadistas y sus generales se habían quedado helados en una temerosa inmovilidad ante la amenaza de unos pocos Sigfridos del Reich...

El mito, a medias creído y a medias tomado a broma, arraigó. El *Leibstandarte* había adquirido una aureola de éxito y encanto legendarios que nunca iba a perder.

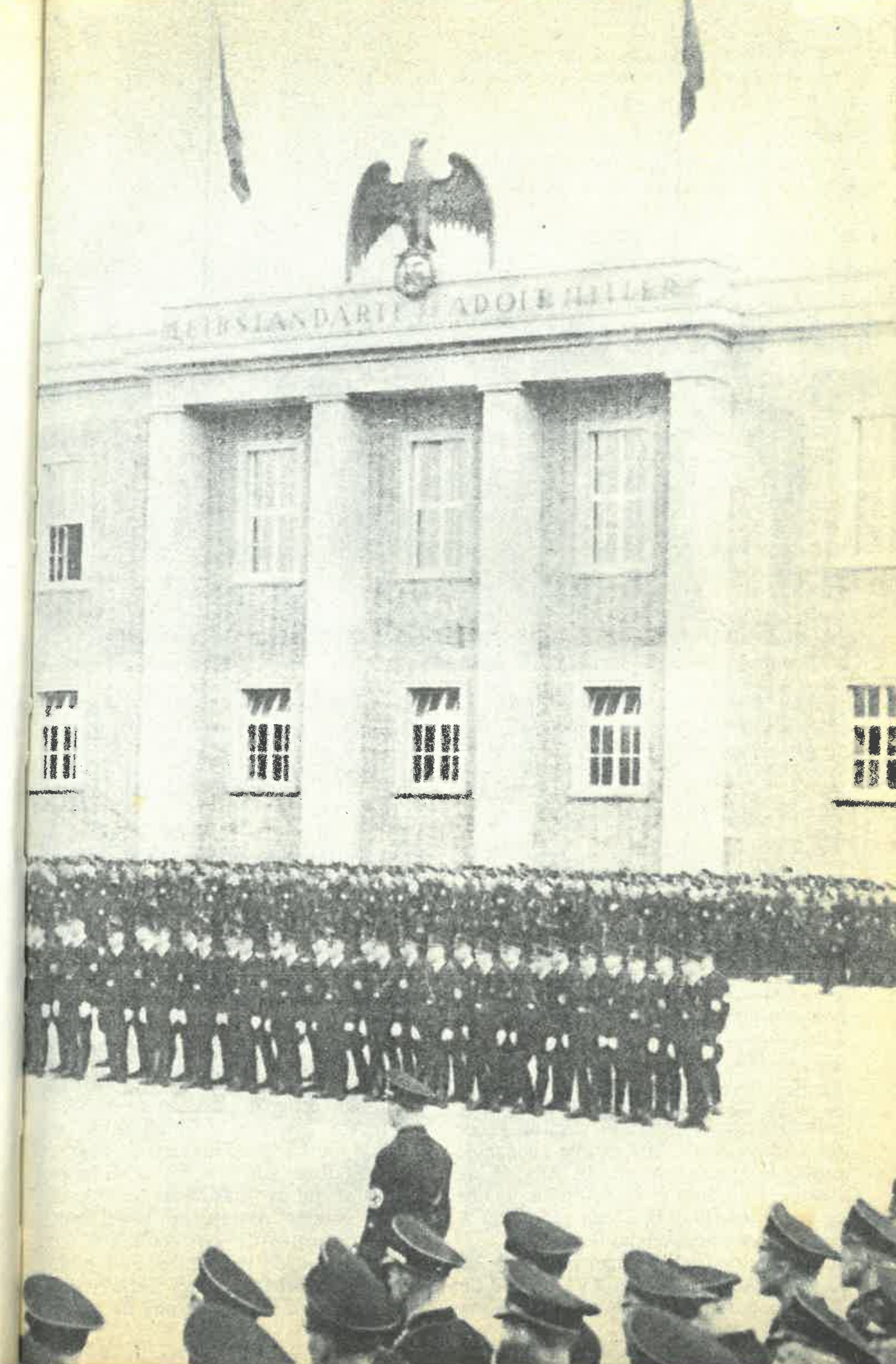
El Leibstandarte **en un ejercicio de marcha, 1936.**

Bautismo de fuego

Respecto al *Leibstandarte* se debe hacer notar algo más importante que su aureola de prestigio. El privilegio de prestar el juramento personal de lealtad al Fuhrer, que fue la recompensa de éste por la participación de aquél en la «Noche de los Cuchillos Largos», se reputaba ahora más elevado en su filosofía que hasta sus obligaciones en relación con el Estado o el Partido. Podían ser aún fanáticos nacionalsocialistas (aunque muchos de ellos no lo fueran), pero su devoción se dirigía primera y principalmente a la persona de Hitler. Era como si los mágicos brazaletes les hubieran imbuído una fe especial.

Dietrich era también algo más que un jefe en el sentido militar convencional. El efecto que ejercía en sus hombres puede calificarse de verdadera inspiración. A menudo cenaba con los soldados en el comedor de éstos, y puso en práctica un modo de dirigirse a los superiores menos oficial que el que prevalecía en el resto de la SS y en la Wehrmacht. El prefijo *Herr* (Señor) se descartó excepto en grandes ocasiones ceremoniales. «Sí, coronel» se convirtió en aceptable substitutivo de «Sí, señor coronel»; y se alentó la conversación entre oficiales y subalternos: «¿Puedo hablarle como hombre del *Leibstandarte?*» Esta forma de introducción pasó a ser permisible.

Igualmente, Dietrich había luchado por una completa independencia para su organización, lo que consiguió. El *Leibstandarte* era sufragado por el Estado, no por el partido nacionalsocialista; Dietrich rehusaba reconocer ascensos o normas generales hechos por la administración central de la SS; y aunque no trató de cortar las conexiones con la SS, logró ser directamente responsable ante Hitler, eludiendo la autoridad del Reichsfuhrer en cada fase. Dado que la totalidad de la organización se basaba en la idea de servicio al Fuhrer, Himmler difícilmente podía quejarse de que el *Leibstandarte* remachara la idea con brillantes tachuelas. En cualquier caso, era demasiado adulador para oponerse a algo que tuviera la aprobación de Hitler, y se contentaba con extender los tentáculos de su poder por las largas ramificaciones de la SS como un todo. Hubo síntomas de tirantez entre el *Leibstandarte* y la organización principal de la SS; pero Dietrich siguió obstinado cuando se hizo algún in-



Oficiales y clases de tropa del ISSAH forman en el cuartel de Lichterfelde, Berlín.



Miembros del Leibstandarte **participan en un desfile en Viena, durante la anexión de Austria.**

tento de arrebatarle la independencia. Y tal obstinación se vio reforzada por Hitler en una carta a Himmler fechada el 26 de marzo de 1938, en la que figuraba la frase: «Dietrich es dueño de su propia casa, la cual, quiero recordároslo, es la mía».

Eso fue justo después de la segunda tentativa de Hitler para anexionarse Austria. Esta vez tuvo éxito el intento. Se había producido un gran aumento del poderío militar en los años transcurridos y Hitler, como de costumbre, superó todos los obstáculos diplomáticos, dejando atónitos a estadistas franceses y británicos, o bien murmurando para sí que «había que hacer algo». Mientras así rezongaban, Hitler entró en acción. El 10 de marzo de 1938, dijo al jefe del estado mayor del ejército, capitán general Ludwig Beck, que estaba «considerando la incorporación de Austria al Reich». Una hora después había dejado de considerarlo y le había ordenado a Beck que siguiera adelante con ello.

El *Leibstandarte* se incorporó a la 2.ª División Acorazada, del XVI Cuerpo de Ejército, para la operación; mas esta vez ocupó la retaguardia en vez de la punta de lanza. Tenía que cubrir unos mil kilómetros de Berlín a Viena, y Dietrich dijo después que en todo el recorrido hallaron dificultades causadas por la falta de planificación.

Hubo, en efecto, algo del espíritu de Fred Karno aleteando sobre las columnas motorizadas invasoras, si no sobre la infantería. No se habían destacado vehículos de abastecimiento para aquéllas, y hubo que pedir prestados al alcalde de Passau, donde se reunieron las columnas, cierto número de camiones comerciales para llevar el combustible destinado a las fuerzas motorizadas. También se presentaron problemas con éste. Los depósitos del ejército en Passau tenían órdenes estrictas de entregar productos petrolíferos únicamente en caso de movilización nacional. Como no se había decretado ésta, no había petróleo. El oficial de guardia de los depósitos se mostró respetuoso, pero firme. Mostró la orden del alto mando al jefe de la 2.ª División Panzer, teniente general Heinz Guderian. Este pidió ver al jefe del centro. El jefe estaba de permiso, y no se podía establecer contacto con él a esas horas de la noche. El joven oficial de guardia no había tenido conocimiento de ningún proyectado movimiento de tropas hacia Austria. En cualquier caso, el señor general difícilmente podía esperar de él que tomara en serio la orden de suministrar combustible a unos vehículos que, claramente, estaban destinados a alguna exhibición carnavalesca, más que a una operación militar. Señaló los carros ligeros y los coches blindados de Guderian, que aparecían adornados con banderas, flores y hojas, «contrariamente a las ordenanzas», añadió con algo más que una punta de insolencia. Guderian le dijo secamente que los adornos se debían a orden personal del Fuhrer y como celebración de un *Anschluss* que llevaría gran regocijo tanto a Austria como a Alemania. Luego amenazó con emplear la fuerza si no se le daba combustible para su columna; solamente así pudo llenar los depósitos de sus vehículos.

Una vez en marcha, la división Panzer sufrió otras humillaciones. Los alemanes no son buenos para improvisar, y la decisión momentánea de Hitler exigía grandes dosis de improvisación. El general Veiel, adjunto de Guderian, no disponía de mapas de Austria, y tuvo que arreglarse con una simple guía turística Baedeker para conducir a sus fuerzas. No se habían hecho preparativos para el mantenimiento de los carros de combate, y muchos de éstos se averiaron en los lugares más inconvenientes. «La maquinaria de guerra alemana», dice Winston Churchill en *The Gathering Storm,* «se arrastraba trabajosamente por la frontera y se detuvo cerca de Linz. A pesar de un tiempo y de un estado de las carreteras absolutamente perfectos, la mayoría de los carros de combate se estropearon. Aparecieron defectos en la artillería motorizada. La carretera de Linz a Viena se hallaba bloqueada por vehículos pesados paralizados... El propio Hitler, que fue en coche a Linz, vio el embotellamiento y se enfureció... El Fuhrer se hallaba, en realidad, convulso de ira ante los evidentes fallos de su máquina de guerra».

En su *Panzer Leader,* Guderian se ríe de las «exageraciones» de Churchill; y es cierto que era muy dado a la hipérbole cuando le convenía. Dietrich, sin embargo, se mostraba muy despreciativo respecto al ejército en una situación «que exigía delicadeza y habilidad y que se trató con enorme tosquedad y chapucería».

No obstante las sombras de Fred Karno, el *Anschluss* constituyó un éxito. No se disparó un tiro en situación de violencia. La ocupación del territorio de los Sudetes en Checoslovaquia, en octubre de 1938, resultó igualmente incruenta, con el *Leibstandarte* proporcionando la guardia de honor para recibir a Hitler a su llegada a Carlsbad. Y la «transformación» de Checoslovaquia en el Protectorado de Bohemia y Moravia se llevó a cabo en la primavera de 1939 con lo que Hitler calificó de «benévola asistencia a las castigadas razas de la Europa central que, durante generaciones, han sufrido una hostilidad por



El Leibstandarte cruza las calles de la ca[illegible] pital tras la ocupación de Checoslovaquia.



parte de sus gobernantes que no estoy dispuesto a tolerar». El guante de terciopelo de la asistencia benévola cubría el puño de hierro de la Wehrmacht, con, de nuevo, varias unidades de la SS, incluído el *Leibstandarte,* bajo su mando.

«Resultaba interesante observar», escribía el general Beck acerca de la SS en sus memorias, «que una organización que, según había declarado categóricamente Hitler, nunca llevaría armas en operaciones militares, y que en ningún sentido se pretendía que rivalizara con el ejército, tomaba ahora parte en cada golpe que el Fuhrer desencadenaba. No sólo participaban sus miembros, sino que, para 1938, lo hacían con el uniforme del Ejército en vez del suyo propio, excepto en ocasiones ceremoniales».

Era verdad. El gris de campaña había sido adoptado para uso «en ejercicios y en otras ocasiones militares»; y Hitler había establecido la oportuna ley en cuanto a las relaciones entre el ejército y lo que se había convertido ahora en una fuerza policíaca totalmente armada y militarizada —la Waffen SS— en un decreto fechado el 17 de agosto de 1938. El decreto ponía bien en claro que, «en tiempo de paz normal», ninguna parte de la SS sería instruída o armada para deberes militares, sino «para tareas políticas internas especiales, o para uso dentro del Ejército en tiempo de guerra en caso de movilización, la SS-*Verfügungstruppen...* iban a ser armadas, instruídas y organizadas como unidades militares». Así calificaba suavemente la ocupación de Austria, los Sudetes y Checoslovaquia de «tareas políticas internas especiales»; e indudablemente podía señalar el no derramamiento de sangre y, en general, la festiva bienvenida otorgada a las tropas durante estas empresas, como políticas más que como militares ocasiones. El decreto continuaba manifestando que, después de la movilización, «la Wehrmacht iba a proporcionar, previo pago, las necesarias armas, municiones, equipo y manuales de instrucción. Mas, antes de la movilización, no existe ningún enlace de conexión con la Wehrmacht».

Miradas admirativas a un miembro de las fuerzas de ocupación en Viena.

El Fuhrer había declarado por decreto que lo negro era blanco, lo que, naturalmente, fue aceptado como tal. Humoristas subrepticios hicieron algunas bromas acerca de policías ornamentales que llevaban las nuevas ropas del emperador, y de los soldados del asfalto que exprimían la vida de la época de paz. Mas el desasosiego en las relaciones entre la Wehrmacht y la SS continuó, con el alto mando ofreciendo desdenes a la SS siempre que se presentaba la oportunidad, y ésta demostrando en cada ocasión que se consideraba igual, si no superior, al ejército regular. He aquí dos ejemplos de este resentimiento mutuo:

La orden del día del alto mando anunciando la victoriosa ocupación del país de los Sudetes hacía caso omiso de la parte desempeñada en ella por el *Leibstandarte,* y tal desconsideración resultaba justificada si se tiene en cuenta que no hizo otra cosa que formar la guardia de honor para un Hitler triunfante. Pero tal orden del día (que, para ser exactos, escasamente se justificaba en sí, dado que la Wehrmacht no había hecho más que andar hacia los acogedores brazos de los sudetes alemanes) fue furiosamente rasgada por Hitler y corregida para que declarara: «Esta gozosa operación fue llevada a cabo por unidades del Ejército, la Fuerza Aérea, la policía, la Waffen SS y el *Leibstandarte*».

Los favoritos del Fuhrer volvieron a auparse sobre el ejército cuando, en mayo de 1939, las mayores maniobras hasta entonces realizadas tuvieron lugar en Münster y sus cercanías. Se trataba de un ejercicio de combate en gran escala en el que se hizo fuego real en una barrera de artillería sobre una posición defensiva preparada, y el *Leibstandarte* se unió a otro regimiento de la SS, el «Deutschland», para ejecutar el asalto subsiguiente. «Sólo con tales hombres podía ser posible un éxito semejante», decía Hitler en su mensaje de felicitación a Dietrich, encrespando así aún más al alto mando.

Si el tiempo hubiera sido más apropiado aún se habría demostrado mayor resentimiento, porque, basándose en el

éxito de los hombres de la SS en el ejercicio, Hitler dio orden para establecer oficialmente una división armada de la organización. Mas el tiempo no resultaba apropiado. Se estaban dando los últimos pasos hacia la guerra. Y, el 1.º de septiembre, Hitler informó al Reichstag que Alemania, no pudiendo tolerar el «ataque polaco» que había sido deliberadamente llevado a cabo contra la emisora de radio de Gleiwitz, había desplegado sus fuerzas por la frontera para demostrar quién era el amo de Europa. Comprensiblemente, no mencionaba la orden secreta que había dado a la Wehrmacht tres semanas antes. La orden había sido «prepararse para la destrucción de Polonia para el 1.º de septiembre lo más tarde». También omitió comunicar al Reichstag que el «ataque» a la emisora de Gleiwitz había sido preparado enteramente por Heydrich, y que los atacantes fueron hombres de la SS con uniformes polacos. Su telegrama a todos los embajadores y cónsules alemanes en el extranjero fue tan árido como la falsedad que encubría:

«En defensa ante los ataques polacos, tropas alemanas entraron en acción contra Polonia al amanecer de hoy. La acción no puede ser calificada de guerra por el momento, sino meramente como choques suscitados por los ataques polacos».

Y al Ejército en su totalidad, con una copia especialmente aumentada para su *Leibstandarte,* dirigió una orden del día del comandante supremo:

«El Estado polaco ha rehusado el pacífico arreglo de relaciones que yo deseaba, y ha recurrido a las armas. Una serie de violaciones de la frontera, intolerables para una gran potencia, prueban que Polonia ya no desea respetar la frontera del Reich. Con objeto de poner fin a esta locura, no tengo otra elección sino la de hacer frente a la fuerza con la fuerza a partir de este momento».

La fuerza con la que Hitler hacía frente al supuesto «ataque» de Polonia se elevaba a millón y medio de hombres, y la campaña en la que derrotó al adversario duró, efectivamente, menos de una semana. Una nueva palabra, *Blitzkrieg* (guerra relámpago), saltó a los titulares de los periódicos del mundo. El avance se llevó a cabo con incesante velocidad. Carros de combate, bombarderos en picado, artillería pesada e infantería transportada en camiones rápidos hasta las inmediaciones de los objetivos designados, para combatir, someter y partir luego dejando atrás pueblos calcinados, tales eran los nuevos elementos y tácticas de guerra. El *Leibstandarte,* que numéricamente no pasaba del tamaño de un batallón, formaba parte del Décimo Ejército alemán que atacaba hacia el Este desde la frontera de Silesia.

«La orden del Fuhrer», dijo Dietrich al ser juzgado en Nuremberg en 1945, «consistía en eliminar sin piedad a toda la raza polaca. Nosotros éramos los hombres del Fuhrer. Nos habían dado una orden. Y la ejecutamos».

Tal orden había sido dada a la Wehrmacht como un todo. Resultaba característico de Dietrich y el *Leibstandarte* que la consideraran literalmente como un cometido regimental: ellos solos iban a destruir implacablemente a Polonia. Su fanatismo no admitía la obvia locura de tomar la tarea de aniquilar a los polacos como cosa exclusiva; ni habrían presentado excusas si hubieran fracasado en ello. En la acción, naturalmente, fueron un minúsculo fragmento de una enorme fuerza de ataque, mas actuaron con el frenético celo de cruzados quijotescos de quienes dependía todo el peso de la conquista.

Apoyados por un batallón de Ingenieros de la SS, se les asignó inicialmente el objetivo de Krzepice, quince kilómetros en el interior de Polonia a partir de la frontera de Silesia. Salieron para el punto de reunión en Kluczbork a las 10,30 horas del 1.º de septiembre y cruzaron la divisoria una hora después. Esta vez no hubo problemas de mantenimiento o suministro. Los carros de combate y coches blindados se desplegaron por la llanura, atravesando hectáreas de cultivos listos para la cosecha y haciendo caso omiso de las bacheadas sendas y las cercas de piedra que los bordeaban. En el aire, Stukas de la Luftwaffe rugían en oleadas incesantes, separándose escuadrilla tras escuadrilla de la masa de aviones que ennegrecía el cielo, para precipitarse como aulladoras



El LSSAH en ruta hacia su primer objetivo en Polonia.



Hombres del LSSAH conducen a paisanos polacos hacia un destino incierto.

furias y aniquilar una defensa anticarro o una aldea donde asomara una valiente pero desesperanzada resistencia.

«El gran valor de los defensores no se puede poner en duda», dijo posteriormente Dietrich en un despacho al cuartel general en campaña. Ello era cierto, como queda de relieve en un solo ejemplo:

Desde detrás de las humeantes ruinas de Krzepice, con sus refugiados desbordándose por la llanura para ser aniquilados a centenares por los atacantes que avanzaban sin tregua, se produjo un inesperado contraataque. Una sección de la famosa brigada de Caballería *Pomorska* había estado oculta en los bosques de más allá de Krzepice, y ahora, por orden de su jefe, salió de su escondite y cargó por terreno abierto hacia los carros del *Leibstandarte*. Los jinetes llevaban lanzas y sables; sus azules uniformes tenían borlas doradas como adorno, y de sus cascos aguzados salía un llorón de plumas; las corazas, de latón, ostentaban los símbolos de los antiguos reyes de Polonia. Montaban caballos negros de tremenda velocidad e ímpetu, y sus gritos de guerra se oían momentáneamente en tanto las incesantes oleadas de aviones zumbaban en las alturas.

Dietrich dijo después que, por un momento, nadie podía creer esta alo-

Soldados descansando en las afueras de una ciudad polaca durante la invasión.



cada carga de semblanza operetística. «Muchos de nosotros pensamos que se trataba de alguna clase de espejismo». Los caballos galopaban para hacer frente a los carros de vanguardia. Uno de aquéllos alcanzó realmente a un carro en el intervalo momentáneo de asombro antes de que los cañones abrieran fuego y su jinete, un oficial con el fiero bigote de un caballero de la guerra de Crimea, empezara a hostigar al vehículo con sable y lanza. Pero los demás de su sección fueron abatidos por ráfagas de ametralladora disparadas, entre otros, por gozosos carristas del *Leibstandarte* que abrieron las escotillas y se pusieron de pie en sus asientos riendo exageradamente por aquel episodio de ópera cómica. Los caballos frenaron la marcha, cayeron, brincaron en una mescolanza de patas y sangre que brotaba. Los carros rodaron sobre sus cuerpos y los de los temerarios jinetes. Hombres y bestias quedaron aplastados contra el suelo en una espantosa combinación de carne, huesos y arreos. Luego, cuando el invierno hubo congelado el intacto escenario de aquella carnicería, se dijo que semejaba «un *collage* en el que los elementos de pesar, estupidez, valor, crueldad y agonía habían quedado todos conservados bajo una gélida película de nauseabunda maldición».

Hubo contraataques más eficaces que la alocada carga de los jinetes de la *Pomorska*. Polonia no cedió sin una lucha desesperada. Pero su material estaba anticuado, sus aviones apenas si podían despegar (fueron bombardeados donde se encontraban por los veloces Stukas) y su táctica no podía igualar la de los generales alemanes, quienes, por otra parte, disponían de una abrumadora superioridad numérica en cuanto a efectivos. A pesar de ello, las bajas, particularmente en lo que respecta a la SS —y más aún al *Leibstandarte*—, fueron considerables. En un día, éste perdió siete oficiales y 37 soldados de unos efectivos totales de novecientos hombres en la campaña de Polonia. Esto fue en el terreno llano que se extiende al Norte, hacia Lodz. Las lluvias del verano habían inundado la planicie, y muchos vehículos se atascaron y quedaron sometidos al fuego de una batería anticarro situada idealmente en un punto fortificado sobre un otero boscoso. Tres carros del *Leibstandarte* fueron cañoneados y destrídos, y sus tripulaciones incineradas. Sus muertes se vengaron tras la posterior eliminación, por acción artillera, del punto fortificado, cuando los tres artilleros polacos supervivientes tuvieron que entrar, ante la amenaza de pistolas, en uno de los carros del *Leibstandarte* inmovilizados, que fue entonces incendiado con granadas.

Una de las primeras tumbas de guerra del LSSAH en Polonia.

Las pérdidas totales de la SS en la campaña —la completa conquista de Polonia se logró en dieciocho días— despertaron en Hitler una profunda insatisfacción. En su cuartel general sobre ruedas, situado en un apartadero en Gross, Pomerania, se dejó llevar de los nervios y exigió conocer por qué los hombres de la SS habían sido «malgastados» de aquella manera. Himmler no lo sabía, y se volvió a Dietrich para conocer la respuesta.

«Porque», replicó ácidamente éste, «les encomendaron tareas en las que habían de depender del apoyo del ejército, que rara vez venía o resultaba adecuado, y porque los oficiales de éste se inclinan siempre a lanzarlos a la lucha en las circunstancias más desventajosas».

El comandante en jefe del ejército (general Walther von Brauchitsch) intervino con igual intención para decir que los oficiales de la SS no habían sido adecuadamente preparados para el combate y que no tenían conocimientos de estrategia.

«Tenían que pagar el precio», concluyó, «de ser policías vestidos con uniformes militares».

La ira de Hitler se disparó ante este intercambio de comentarios recriminatorios y, según el general Walther Warlimont, en su obra *En el cuartel general de Hitler*, «aporreó la mesa de mapas y dijo que estaba harto de las eternas disputas entre el Ejército y la SS, y que no las toleraría más. O aprendían a trabajar juntos o habría amplios planes de cambio en el mando».

Resultaba digno de notar que Die-

trich «mostró signos de satisfacción» ante tales palabras; Brauchitsch se permitió una ligera sonrisa y observó con interés el anillo de sello que llevaba en la mano derecha. «Reichenau (jefe del Décimo Ejército) se quitó el monóculo, se inclinó y volvió a ponérselo. Se habían acostumbrado a tales arrebatos y siempre respondían a ellos con dignidad».

Mas cualquiera que fuese su respuesta, en el tren del cuartel general, no hubo concesiones cuando hicieron el análisis de la campaña. Nuevamente, la SS apenas si recibió una mención, y el *Leibstandarte*, ninguna en absoluto. Hitler tomó represalias ordenando la inmediata formación de más divisiones de la SS, cuyas actividades iban a ser dirigidas por oficiales de la organización exclusivamente, aunque quedarían bajo el mando general de la Wehrmacht, compromiso que dejaba todo exactamente igual que estaba excepto en que, con más divisiones de la SS, habría más campo para las crecientes disensiones entre la organización y el Ejército. Se trataba de una situación delicada; pero pronto iba a disminuir su importancia con la decisión de Hitler —una decisión que asombró a sus generales, los cuales habían advertido continuamente del peligro de una guerra en dos frentes— de iniciar la campaña en el Oeste.



Hitler saluda a Sepp Dietrich en las cercanías de Varsovia.

Palabra clave «Danzing»

Así, curtido en la batalla sin ser distinguido en las órdenes del día, pero con bajas desproporcionadas (cualquiera que fuese la causa de éstas), el *Leibstandarte* fue retirado de Polonia a fin de ser reorganizado y preparado para su participación en la ofensiva con los ejércitos aliados en el Oeste.

Sobre su retorno a Alemania flotaba una encubierta sospecha, que los generales del ejército se apresuraron a creer y aumentar. Parecía que el atractivo regimiento de la guardia del Fuhrer, que por su sola presencia en Renania en 1936 había aparentemente petrificado a los franceses en una temerosa inmovilidad y conquistado el corazón de los renanos, carecía en cierto modo de espíritu caballeresco. Se aireó la palabra «atrocidades». Nadie daba la impresión de conocer con exactitud el alcance de la supuesta barbarie, ni con seguridad sus detalles. El cruel trato dispensado a cincuenta judíos en Bzura constituía, a juzgar por las informaciones, la columna vertebral de la historia; pero si fueron eliminados o torturados, y cómo, nunca se supo detalladamente. O, más bien, ciertos detalles estuvieron siempre presentes en infinitas variaciones, pero se escapaban las fechas, tiempos, lugares y nombres de las víctimas y de los amigos. Muchos miembros del *Leibstandarte* se jactaban de que los relatos eran ciertos, añadiendo los espantosos detalles de manos cortadas con hacha y las amputaciones tratadas con alquitrán hirviendo, de uñas de pies y manos arrancadas, de órganos genitales cortados, y daban a entender a sus interlocutores que habían estado escuchando a los jerarcas de la política del Fuhrer acerca de la «inmisericorde destrucción de la raza polaca». Pero los mismos individuos ridiculizarían otras veces actos tan poco caballerescos negando la presencia del *Leibstandarte* en parte alguna cerca de Bzura. Estas eran las dos caras de los hombres del *Leibstandarte,* y ambas iban a aparecer desde entonces en cualquier acción en que participara.

Los generales del ejército intervenían continuamente en las conferencias del cuartel general de Hitler con duros comentarios acerca de conducta tan poco castrense. Se trataba de una actitud que persistió durante toda la guerra. Rommel, con quien iba a actuar en Francia otra famosa división de la SS, la *Totenkopf* (Calavera), dijo que había tenido más problemas con Sepp Dietrich y la SS que con el enemigo. «Dondequiera que se presentaba la SS había actos de brutalidad y pillaje; y se hacía imposible imponer disciplina incluso a sus soldados rasos. Uno tenía que someter a Himmler listas de nombres de oficiales y subalternos, y el proceso de llenar cuestionarios llevaba tanto tiempo que la mitad de las veces era mejor dejar la cosa en paz. Incluso presentando debidamente las listas, había diez probabilidades contra una de que se su-

Tras su retirada de Polonia, coches blindados del LSSAH desfilan por Praga.

piera alguna vez lo que se había hecho al respecto. Ellos eran su propia ley, un tanto incorregibles y a veces resultaba hasta divertido. Recuerdo una vez en Italia en que tuve que quejarme de actos de pillaje del *Leibstandarte*. Poco después, Dietrich, sabiendo que yo era entusiasta filatélico, me envió una magnífica colección... robada, naturalmente».

Dietrich y sus hombres se mostraban impertérritos a tales comentarios críticos. Cuando las quejas oficiales llegaban hasta Hitler, no tenía nada de extraño que el protestón recibiera una carta redactada en duros términos diciendo que «se debe permitir que el *Leibstandarte* desempeñe sus especiales funciones a su manera».

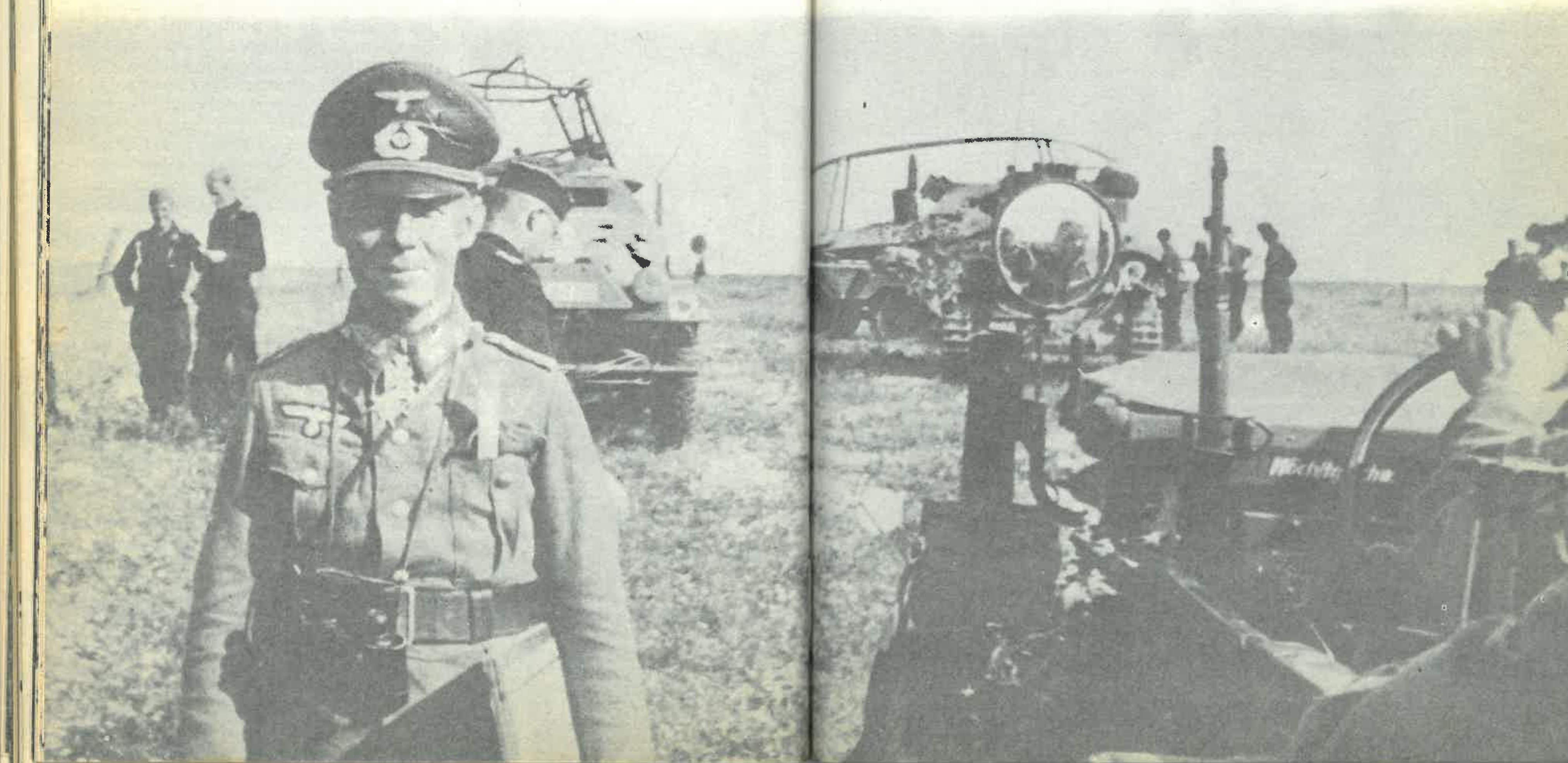
Mas, por el momento, entre la capitulación de Polonia y la iniciación de la campaña del Oeste, hubo tan incesante actividad en equipar a las enormes fuerzas con las que Hitler pretendía asestar un golpe mortal a los aliados que no había tiempo para conductas recriminatorias. La mayor parte del descontento del alto mando se refería a la facilidad con que el *Leibstandarte* recibía el equipo más moderno, mientras las divisiones del ejército guardaban su turno en una cola de suministros. Y de nuevo sus quejas recibieron escasa atención disfrazada como «razones especiales» o «por orden del Fuhrer».

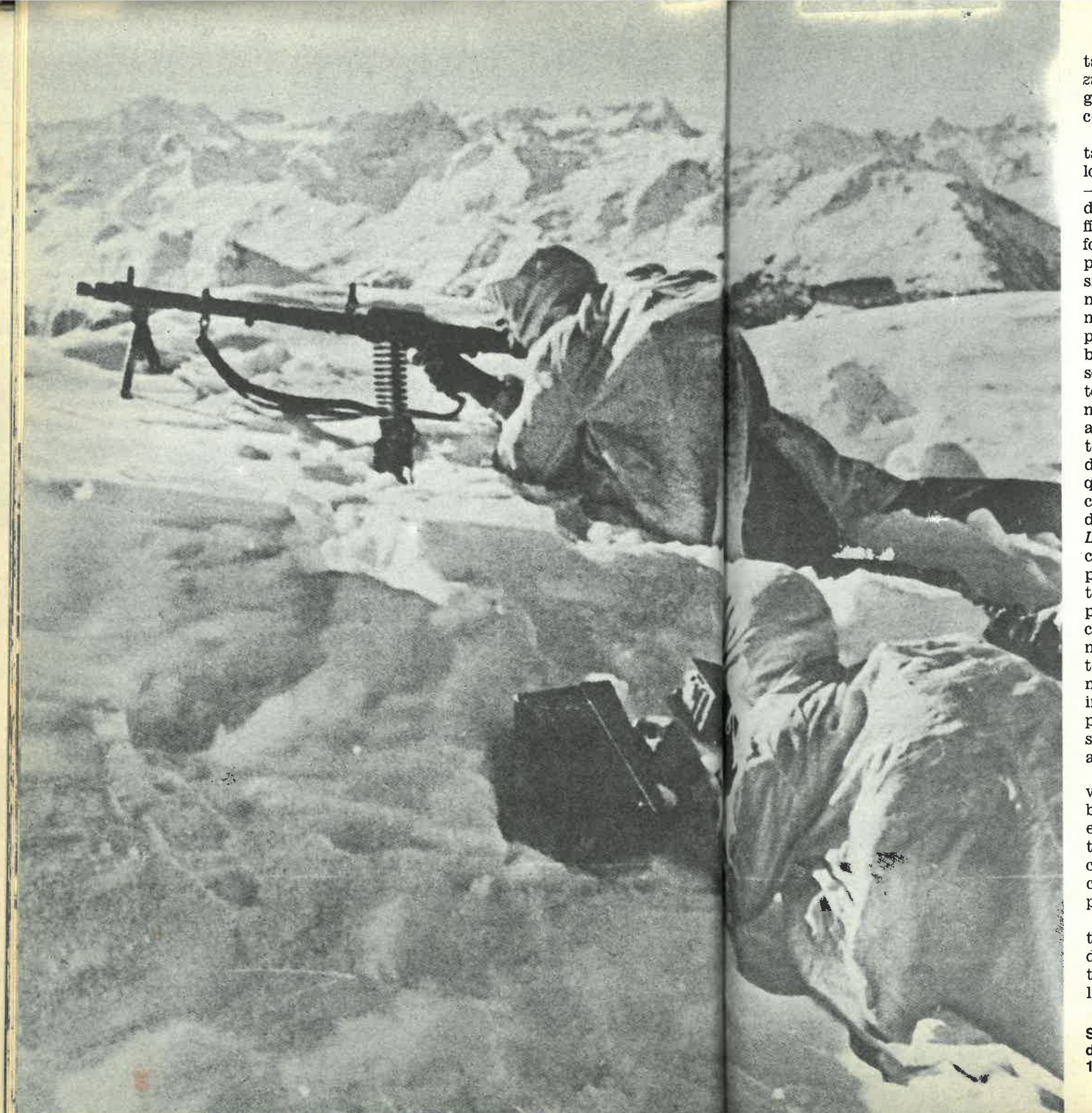
En abril de 1940 Hitler se hallaba preparado a asestar el primer golpe: asegurarse el largo litoral noruego, con sus bahías y fiordos, como base para ataques a la navegación en el mar del Norte, así como una ruta de exportación a lo largo de todo el año para el mineral de hierro de Suecia. Dinamarca, ocupada «de paso» sin seria resistencia, constituía el punto de apoyo. Y en menos de un mes Hitler hubo completado su dominación de Escandinavia.

El segundo, e importante, golpe vendría a continuación. Los ejércitos aliados se hallaban desplegados en un largo frente que se extendía desde las Ardenas a la frontera belga, y el plan alemán consistía en introducir una cuña entre ellos, cortar su prolongada línea de abastecimiento al Havre, Brest y Nantes y destruirles en una serie de bolsas. El alto mando había reunido para esta tarea 136 divisiones (incluídas diez divisiones acorazadas), las cuales dividió en tres grupos de ejércitos, de los que uno, el Grupo de Ejércitos «B», tenía el *Leibstandarte* bajo su mando e iba a ejecutar un ataque de diversión hacia Holanda que cumpliría un doble propósito: haría acudir fuerzas móviles francesas y británicas a la defensa de los Países Bajos (dejando así una brecha por la cual se escurriría el Grupo de Ejércitos «A») y, al mismo tiempo, negaría a los aliados la utilización de los campos de aviación holandeses, impidiendo por tanto que se llevaran a cabo ataques aéreos contra Alemania.

El jueves 9 de mayo de 1940, todas las fuerzas de combate alemanas, extendidas a lo largo de un frente de 650 kilómetros, quedaron alertadas; y en la

Rommel en un momento de descanso durante la embestida hacia el Oeste.





tarde de aquel día la palabra clave *Danzig* llegó por teletipo desde el cuartel general de Hitler. El ataque iba a dar comienzo.

La tarea del *Leibstandarte* era importante. El sistema defensivo holandés a lo largo de su frontera con Alemania —algo más de trescientos kilómetros— dependía principalmente de la topografía del terreno del país. Ríos y canales formaban obstáculos naturales, y los puentes sobre tales vías de agua habían sido preparados para su destrucción. De modo semejante, los diques estaban minados para abrir brechas en ellos y provocar así la inundación de las zonas bajas. La invasión sólo tendría éxito si se impedía la inutilización de los puentes fronterizos y se tomaban simultáneamente, por parte de paracaidistas, aquéllos situados en el interior del territorio, dejando así abierto el camino a las defensas interiores, muy fortificadas, que rodeaban la capital, La Haya, y las ciudades clave de Rotterdam, Amsterdam, Utrecht y Leyden. La misión del *Leibstandarte* consistía en habérselas con la guarnición de los principales puentes de la divisoria y quitar los detonadores a las cargas de demolición, penetrar luego tierra adentro y enlazar con las fuerzas aerotransportadas que, mientras tanto, estaban encargadas de tomar la ciudad provincial de Zwolle y mantener abiertos los dos puentes de importancia sobre el río Ijssel para la penetración del anillo interior de defensas por parte de los carros que seguían al *Leibstandarte*.

A las cinco y media de la mañana del viernes, los grupos de asalto en que había sido dividido el regimiento entraron en acción en los distintos puentes fronterizos que les habían señalado. La acción en el puente de De Poppe, hacia el centro de la frontera, constituyó un típico ejemplo.

El puente estaba custodiado en su extremo fronterizo por un destacamento de ingenieros holandés, cuyos integrantes eran los únicos que conocían la localización de los detonadores que tenían

Servidores de ametralladoras alemanes durante la invasión de Noruega, abril de 1940.



orden de activar en caso de ataque. Estos habían sido calculados de modo que dieran a sus defensores cinco minutos de tiempo para escapar a través del puente antes de que estallaran las cargas de demolición. Claramente, el elemento sorpresa resultaba sobremanera importante, y se debe a la habilidad de los grupos de asalto del *Leibstandarte* el que lograran llegar a pocos cientos de metros del puente sin despertar sospechas. Se llevó entonces a cabo una finta de diversión en un lado de la carretera de acceso al puente y, mientras los holandeses investigaban el asunto, la escuadra principal se impuso al único centinela que habían dejado. Un miembro del *Leibstandarte* que participó en el ataque, describe así el hecho:

«No había propiamente luz, y una espesa bruma se elevaba del río. El centinela nos tomó al principio por sus camaradas que volvían y gritó que el ataque parecía inminente y que iba a activar los detonadores. Prácticamente nos condujo a la caja donde estaba la palanca. Le eliminamos al arma blanca y lo dejamos allí. Aniquilamos fácilmente a los demás, los que habían ido a ver qué sucedía en la carretera de acceso. Vieron que todo parecía en orden, y a su vuelta les aguardaba una ametralladora. Todo lo que tuvimos que hacer fue lanzar el cohete para indicar a los carros de combate que el puente se hallaba despejado. En diez minutos estuvieron al otro lado».

En el puente sobre el Ijssel en Gorssel las fuerzas aerotransportadas habían sido menos afortunadas. Los holandeses se adelantaron a su acción e inutilizaron el puente. Pero Dietrich no se dejó llevar por el desaliento. Había un reto, y no perdió tiempo en aceptarlo. Mientras los jefes de los blindados elaboraban otro plan, Dietrich se abrió camino con su *Leibstandarte* hasta Zutphen, ocho kilómetros al Sur, a toda velocidad. Allí cogió desprevenidos a los defensores del puente y, con dos de sus oficiales jóvenes, riñó una lucha digna de los Tres Mosqueteros. Diez minutos después, la

Soldados del LSSAH avanzando por Holanda en el curso de la Operación «Danzig».

9.ª División Panzer había sido advertida por radio y se hallaba en camino; una hora más tarde se había efectuado otro cruce.

La desenfadada manera con que el *Leibstandarte* se abrió paso aquel primer día de campaña queda puesto de relieve por la distancia cubierta: unos 250 kilómetros, logro de cierto mérito incluso frente a una fuerza inequívocamente defensiva.

Aún enardecido por la lucha, el *Leibstandarte* fue destacado entonces hacia el Sudoeste, con la 9.ª División Panzer, para participar en el ataque principal a Rotterdam. En Moerdijk enlazó con las tropas paracaidistas que habían tomado los puentes y realizado el cruce con todos los blindados disponibles de la división. Mas allí fueron contenidos por los holandeses, cuyas defensas más firmes se habían concentrado en torno a la «Fortaleza Holanda», como llamaban a sus ciudades principales. El tiempo y más carros de combate podían haber superado a los defensores; pero el tiempo era algo de lo que Hitler andaba corto. Había habido una gran irrupción de las fuerzas de Guderian en Francia, y la 9.ª Panzer y la SS se necesitaban allí para reforzar el éxito. El tiempo resultaba esencial. «La capacidad de resistencia del Ejército holandés», informó Hitler al alto mando en la Directriz No. 11, «ha demostrado ser más fuerte de lo que se pensaba. Consideraciones tanto políticas como militares exigen que esta resistencia sea rota inmediatamente. La Luftwaffe destacada en el frente del Sexto Ejército en Bélgica actuará en seguida para facilitar la conquista de la Fortaleza Holanda».

Era el 13 de mayo. El 14 por la mañana, un enviado alemán se dirigió a Rotterdam llevando una bandera blanca y pidió la rendición de la ciudad. El jefe holandés quería, naturalmente, saber en qué condiciones. «A menos que se asegure la total capitulación, la ciudad será arrasada hasta sus cimientos por la Luftwaffe», se le dijo. Se discutieron los detalles prácticos de la rendición, y el holandés volvió a su cuartel general con todo escrito. Esto sucedía a las tres de la tarde. Mientras presentaba las condiciones alemanas a su jefe superior se



oyó el ominoso ruido de motores de aviones que se acercaban. Aparecieron en el cielo escuadrillas de bombarderos Heinkel 111. Las defensas antiaéreas entraron en acción, pero fueron impotentes contra la fuerza de los invasores. En media hora, la mitad de Rotterdam se convirtió en un montón de ruinas humeantes, ochocientas personas perdieron la vida y 78.000 quedaron sin hogar. Radio Berlín informó aquella misma tarde que, «bajo la tremenda impresión de los ataques de los bombarderos alemanes y el inminente asalto de los carros de combate, la ciudad de Rotterdam ha capitulado y se ha salvado así de la destrucción». Por supuesto, no mencionaba las negociaciones que se habían desarrollado en el momento de la incursión.

Con todas las ciudades de la «Fortaleza Holanda» amenazadas de destrucción desde el aire, la reina Guillermina y su gobierno huyeron a Londres, y el comandante en jefe de las fuerzas holandesas, general Winkelmann, rindió sus hombres, sus armas, sus blindados y su país al conquistador. A las once de la mañana del 15 de mayo, en el cuartel general holandés en Rotterdam, se puso oficialmente con sus fuerzas en manos de los invasores. La triste ceremonia de capitulación dio ocasión al *Leibstandarte* para otra juguetona operación, aunque esta vez tuvo un resultado desfavorable.

El representante de Hitler que aceptó la rendición holandesa fue el general Kurt Student, jefe —y, en realidad, fundador— de las tropas paracaidistas alemanas. Sus fuerzas aerotransportadas había contribuído en gran medida al éxito de la invasión, y su designación como delegado del Fuhrer constituyó el refrendo del triunfo. El y su ayudante, el teniente coronel Dietrich von Choltitz, observaban con gran júbilo cómo firmaba Winkelmann el documento. Fuera del edificio había mucho ruido metálico, pues todos los soldados de la guarnición

El general Guderian en su vehículo blindado de mando en el frente occidental.

Vista de Rotterdam tras el ataque aéreo alemán de 1940.



El general Winkelman, comandante en jefe de las fuerzas holandesas.

de Rotterdam estaban apilando las armas que entregaban. «Los frutos de la victoria», dijo Student cuando vio a los holandeses pasar ante la ventana con sus fusiles y ametralladoras.

En un momento, sin embargo, la sonrisa quedó literalmente borrada de su rostro. El *Leibstandarte,* que desfilaba por la ciudad en estilo victorioso en ruta hacia La Haya, había visto la larga columna de soldados holandeses armados. Los alemanes no se molestaron en pedir explicaciones o dar órdenes, sino que abrieron fuego inmediatamente con sus ametralladoras. Los neerlandeses que se rendían cayeron a tierra muertos o heridos. Asombrado por esta inesperada e innecesaria actividad, Student abrió la ventana para gritar una orden. Simultáneamente, una bala de rebote le alcanzó en la cabeza, y cayó sangrando en los brazos de su ayudante. Se trataba de una seria herida, e iba a tardar casi un año en recuperarse. Comprensiblemente, se refirió posteriormente a los hombres del *Leibstandarte* calificándoles de «locos que le dan gusto al dedo», y a Sepp Dietrich como un jefe que «disponía que sus tropas iban a actuar sin órdenes si veían alguna razón para tirar contra alguien, amigo o enemigo». Hubo, naturalmente, una investigación del incidente, pero resultó que Dietrich y sus alegres soldados no sabían nada de la entrega de armas o, de todos modos, dijeron que lo ignoraban, lo que equivalía a lo mismo cuando la negativa venía apoyada por Hitler como parte de su patronazgo de aquellos muchachos privilegiados. Se les exoneró de toda culpa, y ellos enviaron al hospitalizado Student una representación floral, en tamaño natural, de un paracaidista «con su respetuosa conmiseración», si bien no se sabe con certeza si se conmiseraban de él por haber escapado de la muerte a sus dedos propicios al disparo o por su fallo al no haberse dado cuenta, a lo que estaban obligados. Dietrich dijo después que, debido a un error de transmisión, el telegrafista había recibido la palabra *bedauern* (conmiseración) en vez de *Glückwunsch* (felicitación), una historia probable.

La guerra relámpago se desarrollaba ahora a gran velocidad. Todo se hallaba a favor de Hitler, incluída su notable intuición. Holanda había sido conquistada (si no derrotada) en cinco días. El *Leibstandarte* entró en La Haya con el victorioso Ejército alemán al día siguiente, y se dirigió rápidamente hacia el Norte, a Amsterdam, habiéndose librado de la responsabilidad de los 3.500 prisioneros tomados durante la lucha del último día en Delft. Con sus uniformes de gala en negro y plata desfilaron, en sus engalanados vehículos, por la ciudad caída. Compensaron la comprensible falta de entusiasmo de los habitantes dándose a sí mismos una enorme bienvenida. Durante horas, los cafés fueron invadidos por bravucones miembros del *Leibstandarte* que cantaban, bastante borrachos, estrofas de *Ein Heldenleben* y convencían a las aterrorizadas mujeres para que bailaran con ellos en las calles. Pero al día siguiente se fueron, al haber recibido órdenes de marchar hacia el Sur para unirse a la batalla en Francia. Sus vehículos atronaban la Kalverstraat, donde todas las tiendas aparecían cerradas como si estuvieran de luto.

El general Kurt Student, jefe de los paracaidistas alemanes.

Las runas de la victoria



Resultaba adecuado que las letras SS, cuadradas en forma rúnica, simbolizaran relámpagos. La esencia de la victoria de los ejércitos alemanes en Francia era la velocidad. En ningún momento podían igualar a los aliados en fuerza sobre el terreno, tanto en número como en potencia.

«Lejos de contar con la abrumadora superioridad que se les adjudicó», confirma Liddell Hart en su *History of the Second World War,* «los ejércitos de Hitler eran en realidad inferiores en número a los que tenían en frente. Aunque sus penetraciones blindadas fueron decisivas, disponían de menor número de carros de combate y de menos potencia que sus oponentes. Sólo en poder aéreo, el factor más vital, resultaban superiores... tal éxito se podía haber impedido fácilmente si no hubiera sido por las oportunidades que se presentaron... por los crasos errores aliados, errores que se debieron en gran medida a la prevalencia de ideas anticuadas. Incluso como fue, con tal ayuda de cegatos líderes en el lado contrario, el éxito de la invasión se debió a una afortunada serie de circunstancias casuales, y a la disposición de un hombre, Guderian, para sacar partido de las que se le presentaban».

Eso hizo Guderian realmente. Los aliados quedaron sorprendidos por la celeridad con que, de completo acuerdo con el proyecto original de Hitler, sus ejércitos se dividieron por el ataque de diversión en Holanda y el avance del Grupo de Ejércitos «A» hacia el Oeste a través de las Ardenas, Sedán, San Quintín y Abbeville, y luego al Norte hasta la costa, en Calais y Dunkerque. El cuerpo blindado de Guderian rodó por las densamente boscosas colinas de las Ardenas, que se habían considerado imposibles para la guerra de carros —y, por tanto, se defendieron inadecuadamente—, con espectacular efecto. En el plazo de una semana, virtualmente todas las fuerzas efectivas aliadas habían sido empujadas a una zona triangular con su base a lo largo de la costa del canal de la Mancha desde Dunkerque hasta la zona del Escalda Occidental. El lado Este del triángulo iba desde Amberes a su vértice en Valenciennes, mientras que el lado Oeste discurría por la frontera franco-belga, que atravesada por canales ofrecía inmediata defensa contra los esfuerzos de los alemanes para comprimir a los aliados en un espacio crecientemente disminuido.

Hombres y vehículos del LSSAH se preparan para avanzar hacia Francia; nótese la «llave maestra», símbolo regimental.

Allí, en Valenciennes, el *Leibstandarte* tenía su siguiente parte de acción, porque los franceses trataban de salir de la trampa. «Y salieron», dijo despreciativamente Dietrich, «con las manos en alto y el corazón en las botas. Mientras nuestra infantería les limpiaba las lágrimas, el regimiento *(Leibstandarte)* les daba patadas en el trasero».

Tras haber ayudado a rechazar los débiles intentos franceses para romper el cerco en Valenciennes, el *Leibstandarte,* con típico impulso SS, recogió sus trampas y, durante la noche del 23 de mayo, corrió por la frontera hacia la costa. El regimiento quedaba entonces bajo el mando de Guderian, cuya 1.ª División Panzer había asegurado cabezas de puente a través del canal Aa en Holque, St. Pierre-Bronck, St. Nicholas, St. Omer y Bourbourgville y se disponía a lanzarse sobre monte Watten, una eminencia dignificada por su nombre más que por su altura (no llegaba a los 75 metros), pero que, no obstante, dominaba las marismas circundantes y, en manos de los aliados, era un lugar desde el que se podía inflingir considerable daño. Guderian se mostraba un tanto más amistoso hacia la SS que otros generales de la Wehrmacht, y dio instrucciones a Dietrich para que su *Leibstandarte* cruzara el canal y avanzara hacia monte Watten.

«Para cuando cruce el canal contaré con refuerzos que le ayuden a la toma del castillo». (Había, en realidad, un ruinoso castillo en la cima de la colina). «Boulogne se halla ahora en nuestras manos, y la 2.ª División Panzer puede prescindir de algunas tropas en la tarea de limpieza allí. No tendrá que esperar mucho».

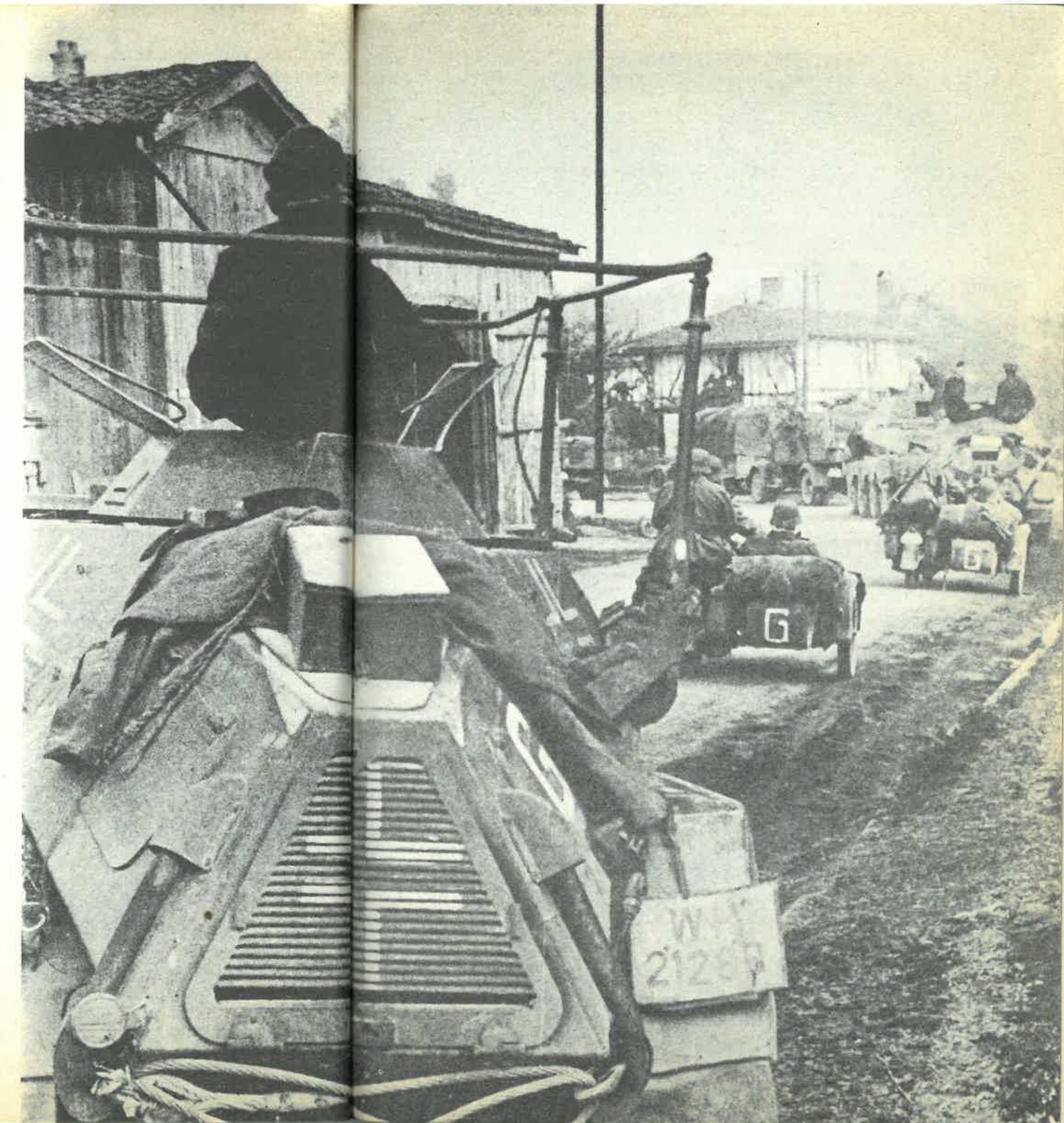
Dietrich se encogió de hombros. «Quizá de ningún modo», dijo.

«Fue un comentario oculto», señala

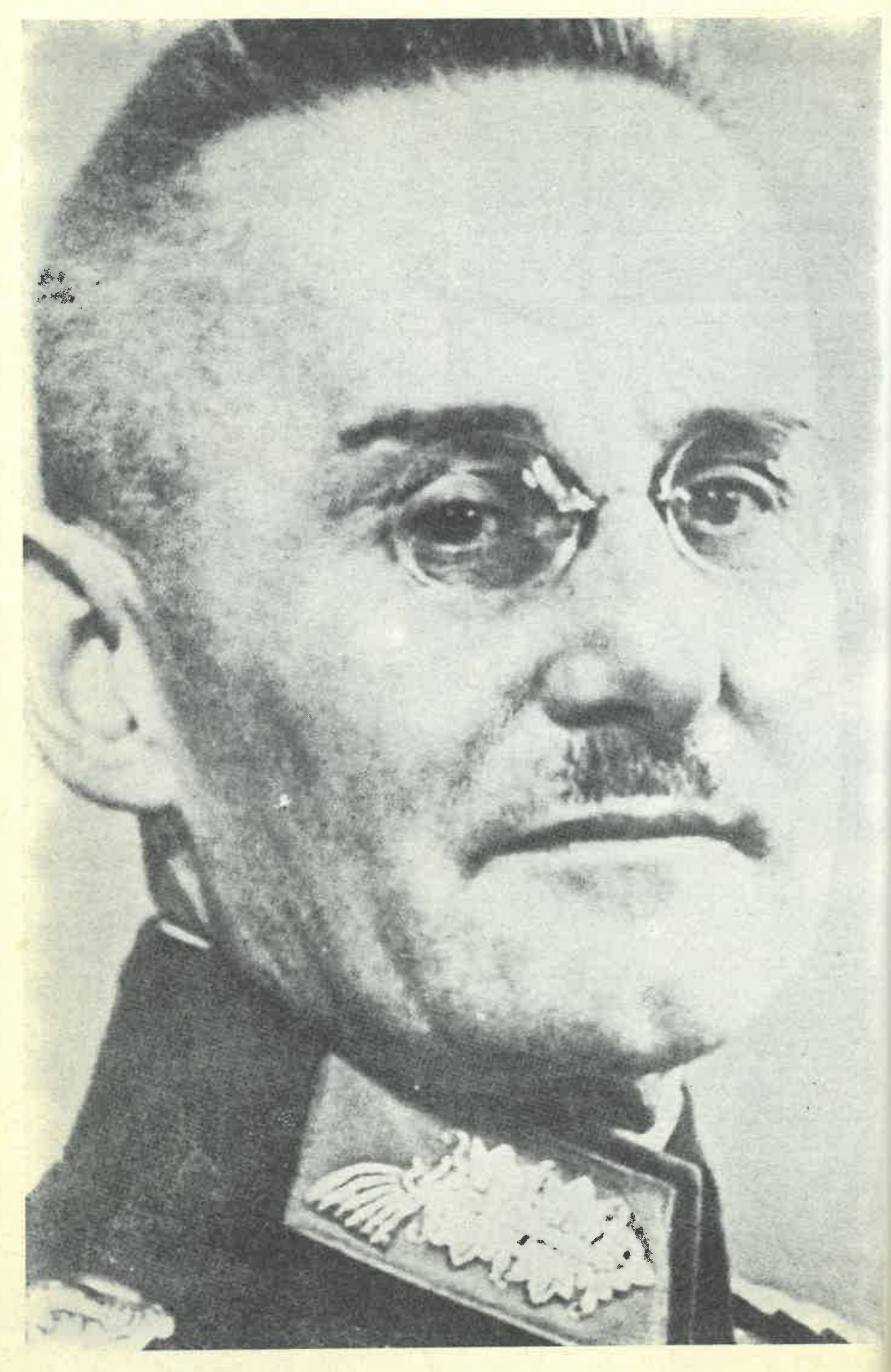
Guderian, «del que entonces no saqué toda la importancia que tenía».

Pronto iba a hacerlo. Pero primero se quedaría, como él dice, «absolutamente sin habla» por la famosa orden dada en nombre del Fuhrer la tarde del mismo día, el 24. Se refería a que el ataque se interrumpiría a lo largo de la línea del canal Aa en vez de cruzarlo y continuar a Dunkerque, desde cuyo puerto, según planes dispuestos desde cuatro días atrás, se pretendía evacuar a lo que quedaba de la Fuerza Expedicionaria Británica. Naturalmente, la intención del Alto Mando alemán consistía en aniquilar a dicha fuerza del Reino Unido a medida que continuaba la retirada hacia Dunkerque, lo que se podía haber hecho con relativa facilidad, ya que, con el Grupo de Ejército «B» alemán atacando desde el Nordeste y el «A» desde el Sudoeste, los británicos, que combatían con saña, habrían sido cogidos en las pinzas de dos penetraciones incesantes.

Hasta hoy mismo sigue siendo un misterio por qué Hitler dio la orden de permitir la escapada de la Fuerza Expedicionaria Británica, puesto que era esto lo que en realidad suponía su «alto a lo largo de la línea del canal Aa». Según el capitán general Franz Halder, a la sazón jefe del Estado Mayor, la razón resultaba en parte política. «El no quería que la batalla final decisiva, que inevitablemente causaría grandes daños a la población, se desarrollara en territorio habitado por el pueblo flamenco. Tenía la intención, dijo, de crear una región nacional socialista independiente en la tierra donde moraban los flamencos de ascendencia germana, para de ese modo acercarlos más a Alemania. Sus partidarios en suelo flamenco se habían mostrado activos en este sentido durante largo tiempo; les había prometido librar a su tierra de las destrucciones de la guerra. Si ahora no mantenía su promesa, la confianza que en él depositaban se deterioraría grandemente. Ello supondría una desventaja política para Alemania que, como líder políticamente responsable, debía evitar».



Tropas motorizadas de Guaderian avanzan durante la invasión del Oeste.



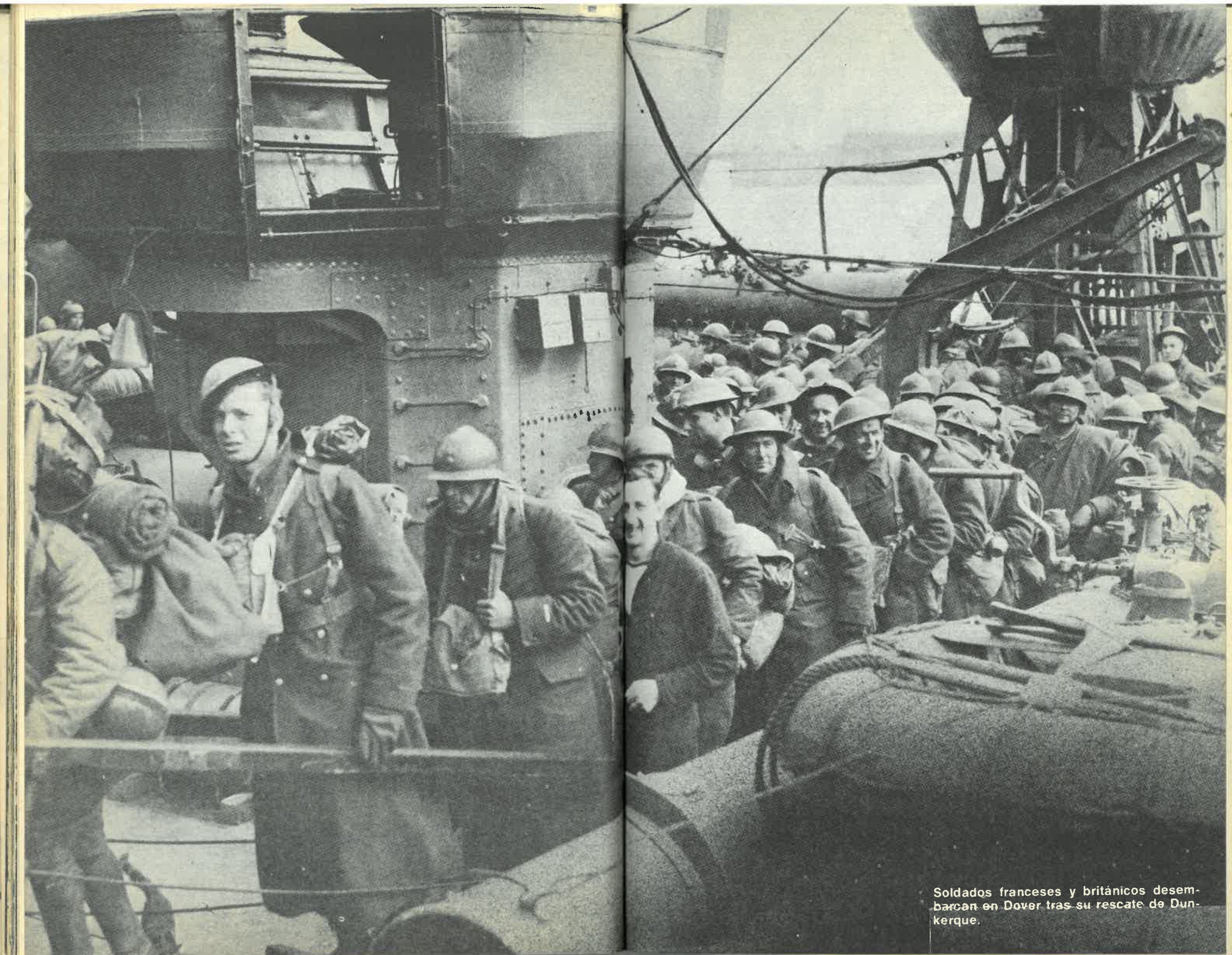
El general Franz Halder.

Una vez más hay que añadir el comentario de «historia probable». Las promesas políticas de Hitler habían sido siempre de là naturaleza de la pasta, y no existe certeza discernible en su preocupación por los belgas.

Pero cualquiera que fuese la razón, se dio la orden; y mientras Guderian y sus compañeros de generalato del Grupo de Ejército «A» se quedaron mudos por la frustración, la Fuerza Expedicionaria británica comenzó a ejecutar su retirada hacia la costa. Sin embargo, Dietrich, de modo engreído, ignoró por completo la orden. El *Leibstandarte* se hallaba desplegado a lo largo del canal dispuesto al ataque; su disposición había sido percibida por las desesperadas tropas francesas y británicas en monte Watten, y se hallaban bajo un intenso fuego artillero. «El enemigo nos miraba la garganta», le iba a decir posteriormente a Guderian, que, naturalmente, exigió una explicación por escapar ante una orden del Fuhrer, «y no se ganaba nada con la falta de audacia». Esta audacia tomó la forma de enviar una patrulla de reconocimiento en botes bajo una cortina de humo cuidadosamente calculada para que coincidiera con el estallido de una de las granadas enemigas y se pudiera pensar que se trataba de un fuego provocado por ésta. Una vez terminada, la patrulla bordeó la zona de marismas y exploró un camino en torno a la colina que pudiera ser utilizado por vehículos. Cuando cayó la obscuridad, los ingenieros del *Leibstandarte* salvaron el canal y condujeron a sus infantes en un tortuoso ataque por la ladera más alejada de monte Watten. Al amanecer del 25 habían silenciado a la artillería aliada, pero aún combatían violentamente con los defensores británicos, que debían conservar la línea del canal a toda costa puesto que su pérdia hostigaría la retirada a Dunkerque. Guderian, que hacía la ronda de todo su cuerpo de ejército, llegó durante la mañana al castigado castillo del que Dietrich había hecho su cuartel general y, al ver el éxito alcanzado al desafiar la orden de Hitler, toleró un nuevo reto al aprobar la decisión de Dietrich y ordenar que la 2.ª División Panzer se pusiera en marcha y cruzara el canal en función de apoyo, como originalmente se planeó. «Ni siquiera me reprochó por hacer mangas y capirotes de los planes del Alto Mando», dijo después Dietrich. «Si me hubiera arrestado para someterme a consejo de guerra, le habría matado en el acto. Estábamos tapando al Fuhrer, que había cometido un error, o dejado que se lo hicieran cometer al aceptar el consejo de los generales de la Wehrmacht. Yo estaba interiormente seguro de que la revocación de la orden no se demoraría mucho».

Estaba acertado en esa certeza. La orden fue revocada durante la noche del 26 al 27 de mayo, y todas las fuerzas alemanas a lo largo del canal continuaron el avance. Además del *Leibstandarte* había otras cinco divisiones de la SS (la *Das Reich*, la *Verfügungsdivision*, la *Totenkopfdivision* y dos que carecían de la dignidad de títulos pero eran motorizadas y extremadamente eficaces), más cinco divisiones acorazadas y una de infantería motorizada del ejército. La lucha alcanzó entonces sus más altas cotas. El respiro dado a los británicos por la orden de «alto» de Hitler les había permitido continuar su retirada a Dunkerque sin ser hostigados; mas ahora se disputaba cada centímetro de su camino, y siempre que la pugna llegaba al máximo las divisiones de la SS se iban a encontrar... «abriendo las puertas a la victoria», dijo Dietrich jactanciosamente. (Su actitud no carecía de una torcida significación: la palabra alemana Dietrich se traduce por «llave maestra», y este emblema era el símbolo regimental del *Leibstandarte*). El nunca habría reconocido la contribución del ejército; ni los informes que llegaban a Hitler desde el frente mencionaban de algún modo a la SS excepto, en una ocasión, desdeñosamente. Eso fue con motivo de la infame acción en Le Paradis.

Le Paradis era una pequeña aldea que defendía el 2.º Batallón del regimiento británico de los Royal Norfolks, defensa, en verdad, hasta la muerte. Porque cuando, al final de un día de dura lucha contra la *Totenkopf* se vieron reducidos en número a 98 y a nada en municiones, se rindieron, fueron sencillamente ro-



Soldados franceses y británicos desembarcan en Dover tras su rescate de Dunkerque.



deados y eliminados donde se encontraban. Sú bandera blanca estaba empapada con la sangre del asesinato deliberado contra «todas las normas reconocidas de guerra», como Guderian informó al Alto Mando, el cual contestó con una orden para el inmediato establecimiento de un tribunal de investigación. Sin embargo, éste no llegó a materializarse. El *Leibstandarte* tenía el respaldo de la orden de Hitler de que se le debía permitir realizar «tareas especiales a su modo peculiar», y el precedente había sido aprovechado por todos los regimientos de la SS, los cuales ignoraban vanidosamente los esfuerzos del ejército para someterles a la disciplina de la Wehrmacht. Sucedió que el jefe de compañía de la *Totenkopf* que dio la orden de disparar contra los supervivientes de los Norfolks donde se hallaran, un en otro tiempo empleado de seguros llamado Fritz Knochlein, fue posteriormente procesado y ahorcado, pero no hasta que hubo transcurrido mucho tiempo después de terminada la guerra. Su tipo —el sádico que perpetra barbaridades en substitutiva revancha por Versalles y los años de la depresión— tuvo un efecto insidioso en el carácter «doctor Jekyll y míster Hyde» de los regimientos de la SS, especialmente aquellos ensalzados e idealizados por títulos; porque el atractivo del primero y principal de ellos, el *Leibstandarte*, empezaba ahora a transferirse a los otros. Y si la sonrisa caballeresca le acompañó, también lo hzo el gesto «hydeano» de brutalidad, como iba a hacerse particularmente evidente en Rusia.

Dunkerque, como el mundo sabe, se logró con milagroso si bien trágico éxito; y siguió la batalla de Francia, conduciendo rápidamente a la ignominiosa rendición del gobierno francés el 22 de junio. El *Leibstandarte* tenía poco más que hacer en la arrolladora victoria de Hitler sobre sus odiados enemigos, cuya conquista, respaldada por veinte años de malicia acumulada, les obligó a reconocer con humillación haciendo que el armisticio se firmara en el mismo vagón de ferrocarril, en el bosque de Compiègne, en que Alemania había hecho lo mismo en 1918.

Sepp Dietrich tras una imposición de condecoraciones en Francia, 1940.

Mas aunque el *Leibstandarte* tenía poco más que hacer en Francia después del 27 de mayo, excepto dar la vuelta y avanzar hacia el Sur para realizar tareas de limpieza de los ejércitos franceses que se derrumbaban, y luego participar en la victoriosa entrada en París, el propio Dietrich estuvo muy cerca de la muerte el 28 de mayo. Aún había un fuego intenso y esporádico en tanto la Fuerza Expedicionaria británica luchaba con uñas y dientes, sus restos, queremos decir, para cubrir la retirada de sus camaradas a Dunkerque, y Dietrich recibía muy pocas noticias, y con demasiada lentitud para su gusto, de sus tropas avanzadas. Salió en su coche de mando —un Mercedes corriente— para averiguar lo que pasaba. Comprobó que todo iba bien, si bien le costó bastantes incomodidades. Al acercarse a la localidad de Esquebeck quedó bajo el fuego de las ametralladoras británicas bien emplazadas unos cincuenta metros más allá de una alcantarilla sobre la que tenía que pasar. Una granizada de balas atravesó el radiador, la dinamo y el tablero de instrumentos de su vehículo, y él y su ayudante tuvieron que saltar y refugiarse en la alcantarilla entre el agua y el lodo. De poco les sirvió, porque los proyectiles pronto perforaron el depósito de combustible e incendiaron el automóvil. La gasolina ardiendo corrió por la alcantarilla, y Dietrich y su compañero se revolcaron por el fango para protegerse del calor. Posteriormente ardió y se apagó el combustible, pero ellos se vieron obligados a permanecer en el túnel hasta que, varias horas después, alertado por una patrulla que había sido enviada en su busca, todo un batallón del *Leibstandarte* más cinco carros Pzkw IV y un escuadrón de coches blindados se desplegaron para limpiar Esquebeck de sus decididos defensores. Hubo una dura lucha casa por casa, y el *Leibstandarte* hizo prisioneros a diecisiete oficiales y 750 soldados. Aquellos oficiales que no resultaron heridos fueron por la noche invitados de Dietrich en una cena ofrecida en su cuartel general, y él les entretuvo con una burlesca versión de su aventura en



Soldados del LSSAH toman refrescos antes de profundizar el avance en Francia.

la alcantarilla. Hizo también que les limpiaran y plancharan los uniformes antes de devolverles al centro de recepción de prisioneros de guerra, y les regaló como recuerdo brazaletes del *Leibstandarte* y runas de la SS.

—Caballeros: No se encontrarán de nuevo con semejantes adversarios —les dijo.

—Pero *usted* sí, general —contestó secamente uno de los oficiales británicos.

El general de división Walter Warlimont.

Paisanos checos observan en Praga un cartel de reclutamiento de la SS.

Al Este

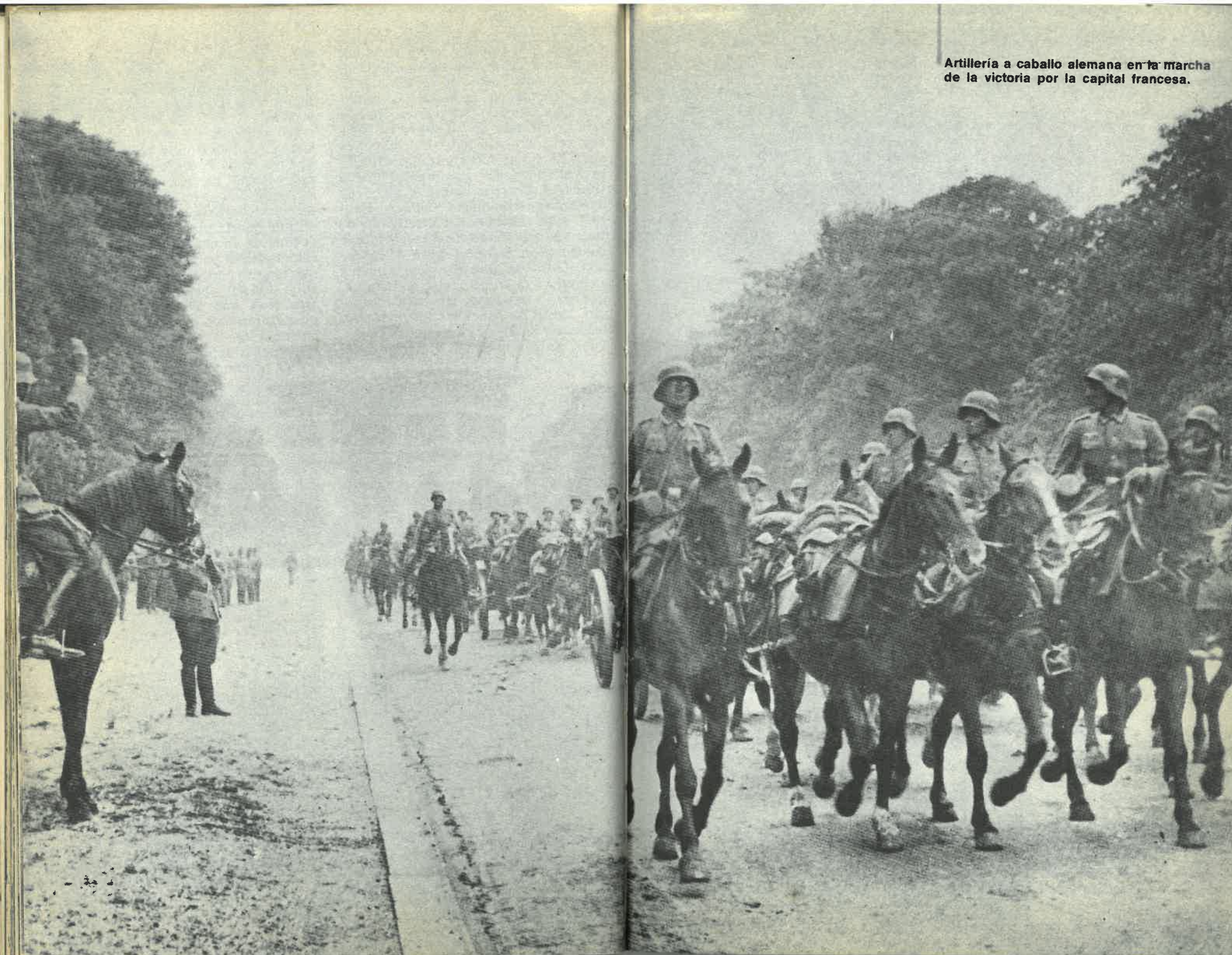
Dada su forma de ser, Hitler tenía que pronunciar cierto número de discursos maratonianos acerca de las victorias de sus ejércitos en el frente occidental. (Para ser justos, el jefe guerrero que dejara de cacarear de triunfo en su basurero sería un caso raro). La calidad de sus soldados, el oficio de sus generales y la lealtad de sus gobernantes fueron traídas y llevadas arriba y abajo de montañas de prolijidad. Como si advirtiera a los generales del ejército que no toleraría más indiferencia respecto a la contribución de la SS, puso de relieve una y otra vez que éstas «se hallaban siempre en la primera línea de batalla», que eran «valientes», que nunca se podría hablar de conquista histórica «sin reconocer su aportación», y que la máxima alabanza «debía ir al camarada del partido Himmler, que asumió la ardua tarea de poner en pie de guerra estos regimientos distinguidos además de dirigir todo el sistema de seguridad del Reich».

Los generales del ejército no se atrevieron, naturalmente, a revelar el resentimiento que seguramente sentían: de todos modos, no en aquella ocasión, en el Teatro de Opera Kroll, donde el Fuhrer iba a repartir medallas y ascensos en abundancia cuando, por último, llegó al final de su chaparrón de elogios. El camarada del partido Himmler y el camarada del partido Heydrich, aquel terrible dúo por quien pocos podían sentir otra cosa que desprecio —necesariamente suprimido por temor a las consecuencias de la Gestapo—, recibieron respetuosos aplausos.

Bien podían los generales limitar a su propio círculo los comentarios poco halagadores sobre los «soldados del asfalto». Su contribución, y la de sus ortodoxos ejércitos, fue ensalzada con igual vehemencia por el Fuhrer. Doce de los generales fueron promovidos al empleo de mariscales de campo, y hubo abundancia de condecoraciones, incluídas las muy preciadas Cruces de Caballero. En realidad, seis de éstas se otorgaron a jefes de regimientos de la SS (entre los que figuraba, no hace falta decirlo, Sepp Dietrich), mas algunos de ellos habían sido anteriormente oficiales del ejército regular y se podían considerar del gremio; y, en cualquier caso, el ejército había tenido a orgullo participar en la marcha de la victoria, en pequeña escala, a través de París. (La gran parada que se había planeado fue suspendida por Hitler a causa del temor a un ataque aéreo británico). En aquella ocasión, la SS había estado bien a retaguardia; en realidad, las primeras tropas que pasaron por el Arco de Triunfo eran de caballería, vanguardia muy apropiada en opinión de los generales.

Sin embargo, una vez que terminaron los elogios y se impusieron las medallas, hubo considerable desconcierto en el Alto Mando cuando se supo que Himmler estaba presionando para un notable incremento de la potencia del *Leibs-*

Vehículos del LSSAH desfilan por París.



Artillería a caballo alemana en la marcha de la victoria por la capital francesa.



tandarte. El jefe adjunto de Operaciones, general de división Walter Warlimont, redactó un preocupado memorando en el que pedía aclaración respecto a cómo la declaración del Fuhrer de que la SS iba a ser empleada únicamente como «una fuerza de policía armada del Estado» concordaba con el hecho de que tales unidades habían participado en la campaña en el Oeste y parecían expandirse en todas direcciones a expensas del ejército. Warlimont pedía:

1. Confirmación de la orden básica que el propio Fuhrer había dado de que la Waffen SS es una organización política del Partido Nacionalsocialista destinada solamente a tareas internas de carácter policíaco.
2. Confirmación del hecho, ya establecido por ley, de que el reemplazamiento de personal y equipo es prerrogativa exclusiva del OKW (Alto Mando de la Wehrmacht).
3. Que las unidades de la Waffen SS temporalmente adscritas al Ejército retendrían su condición militar solamente el tiempo en que se hallaran incorporadas de ese modo; y
4. Que aquellas partes de la organización de la SS que no pertenezcan a la Waffen SS no tendrían capacidad de mando militar ni derecho a llevar distintivos militares de empleo o el uniforme gris de campaña.

Warlimont añade agudamente en *En el Cuartel General de Hitler:* «De este memorándum, al que acompañaba una adecuada carta de presentación dirigida al Reichsfuhrer de la SS, nunca se supo nada».

Pero lo que se supo con cierto alivio fue la orden de Himmler de que al ampliar los regimientos de la SS («distintos del *Leibstandarte Adolf Hitler, Polizei, Das Reich* y *Totenkopf*») se permitiría la afluencia de sangre extranjera, «particularmente nórdica». Esto significaría que al fin habría vastos recursos nuevos que explotar en Escandinavia, el País de los Sudetes y Austria, y que el reclutamiento para el ejército no se vería afectado por la orden permanente de que todos los reclutas debían tener la oportunidad de alistarse en la SS y solicitar el examen de sus méritos para incorporarse a sus regimientos distinguidos, incluído el *Leibstandarte,* antes de quedar definitivamente encuadrados en la Wehrmacht.

Soldados del Leibstandarte **observan los efectos del fuego artillero durante el combate por un paso de montaña en Grecia.**

La orden de Hitler para la expansión tanto del Ejército como de la SS fue consecuencia de su decisión, dada secretamente al Alto Mando en julio de 1940, de atacar a Rusia. Hay dudas sobre si el memorándum de Warlimont a Himmler se discutió por parte del Fuhrer; pero el 11 de septiembre reiteró su declaración, en un memorándum que siguió a la autorización de ampliar el *Leibstandarte* de un regimiento a una brigada, de que, en su totalidad, la SS iba a ser considerada como «una fuerza policíaca estatal militarizada capaz de imponer la autoridad del Reich en cualquier país y en cualquier situación», tarea que sólo podía ser llevada a cabo «si se establece con arreglo a directrices militares y prueba su valor y proporciona sacrificios de sangre en el frente del mismo modo que cualquier unidad de la Wehrmacht». Presumiblemente pensaba que esta reiteración tranquilizaría los temores de los generales del ejército respecto a la usurpación de la función de la Wehrmacht; pero se debe notar que ya no hablaba de «proteger» a los países que invadía, sino de imponerles la autoridad del Reich. Los eufemismos habían dado paso a abiertas manifestaciones de megalomanía.

Mientras el Alto Mando planeaba la Operación Barbarroja, la invasión de Rusia, el *Leibstandarte,* junto con los *Das Reich* y *Totenkopf,* permanecían en Francia, preparándose aparentemente para la invasión de Inglaterra: la abortada Operación «León Marino». Aunque, por razones políticas, los planes prosiguieron durante varios meses, se apuntaba su virtual abandono en una orden de Hitler para Barbarroja, publicada el 18 de diciembre: «Las Fuerzas Armadas alemanas deben estar preparadas, *incluso antes de la conclusión de la guerra contra Inglaterra,* a aplastar a la Rusia soviética en una rápida cam-



Kurt Meyer, jefe de un batallón del LSSAH en Grecia.

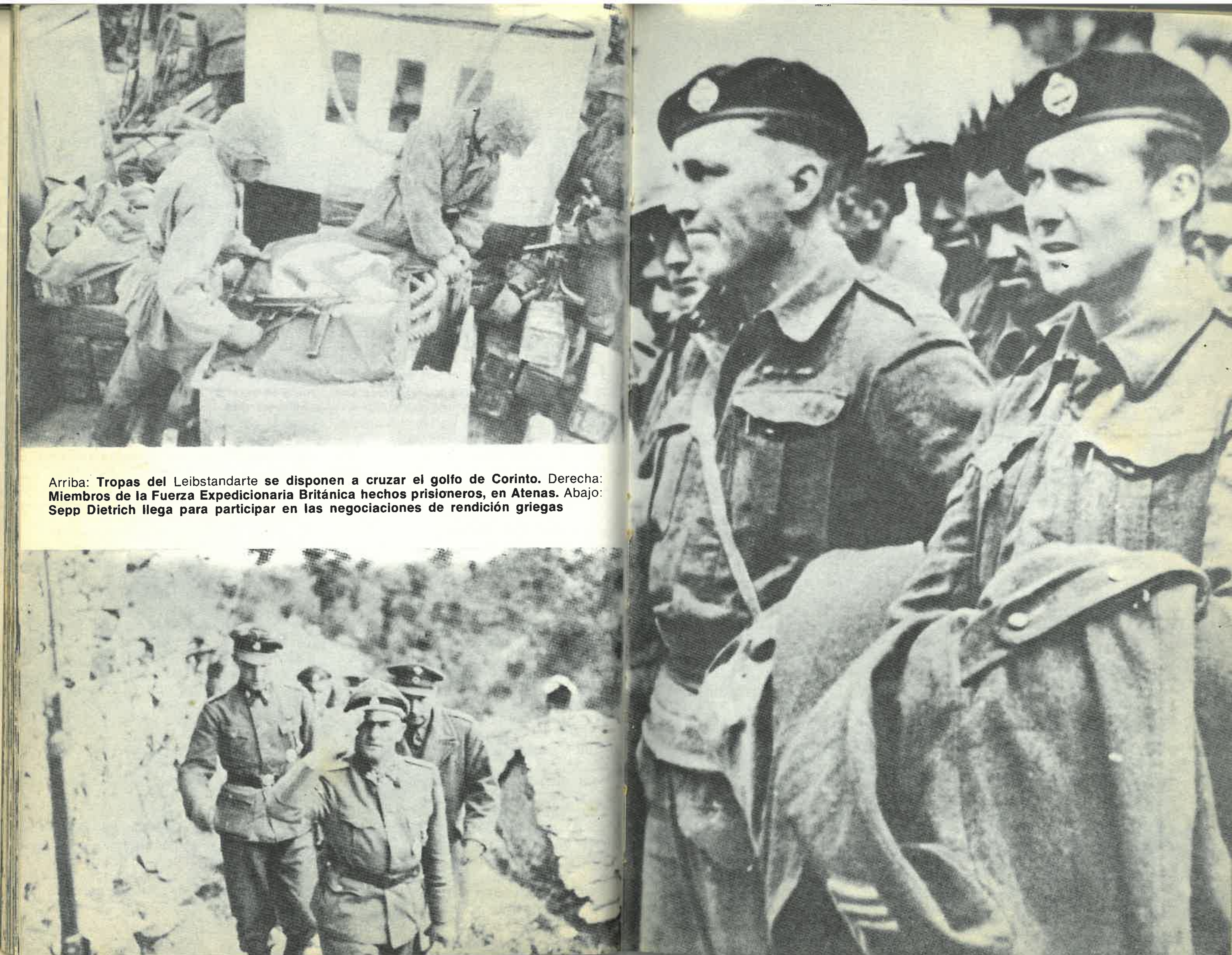
paña». Pero, según salieron las cosas, tenían que hacer ciertos aplastamientos más bien cerca de casa antes de ocuparse de Barbarroja, con desastrosas consecuencias para el cálculo de tiempo de aquella operación.

Benito Mussolini, el ardiente viajero en las carrozas triunfales de los demás, había ofrecido a Hitler «todo el poderío de las fuerzas italianas» para ayudarle «en la lucha por el fascismo»; y Hitler, mecido por los movimientos del viejo pacto entre camaradas, había contestado que se sentía «muy profundamente emocionado» y que creía que «el mero hecho» de la entrada de Italia en la guerra estaba «calculado para asestar un golpe demoledor al frente de nuestros enemigos». Ese golpe resultó ser la completa incapacidad de las poderosas fuerzas italianas para reducir a unas pocas y desilusionadas tropas francesas a lo largo del frente alpino. Eso fue en junio. Humillado, Mussolini reflexionó sobre la posibilidad de hallar conquistas más fáciles y se fijó en Grecia, la puerta a los ansiados Balcanes. El 28 de octubre, el Duce se reunió con Hitler y le dijo jubilosamente: «¡Fuhrer! ¡Estamos en marcha! Victoriosas tropas italianas cruzaron al amanecer de hoy la frontera greco-albanesa.» Debería haber elegido un adjetivo menos entusiasta que victoriosas. Sus potentes fuerzas no tuvieron más éxito en Grecia que el que habían tenido en Francia. Fueron castigadas sin piedad por las aguerridas unidades de montaña griegas y pronto repasaron la frontera albanesa, mientras Mussolini se pavoneaba en torno a Hitler tratando de convencerle de que sería político para Alemania ofrecer ayuda en los Balcanes, región que entonces podía ser «equitativamente dividida».

Hitler no podía permitirse tener episodios anti-nazis en los Balcanes, y decidió apuntalar a su débil aliado italiano invadiendo Grecia pasando por Rumania y Bulgaria. Naturalmente, Gran Bretaña corrió en auxilio de los griegos, aunque malamente podía hacerlo ya que ello significaba limitar sus fuerzas en Cirenaica, donde el Afrika Korps alemán intentaba recuperar el efímero imperio africano de Mussolini; y, en realidad, la retención de refuerzos de Africa suponía la derrota allí y en Grecia por añadidura, ya que, sencillamente, no había bastantes soldados para hacer frente a las dieciséis divisiones alemanas en la campaña de los Balcanes.

El *Leibstandarte* formaba parte de aquella fuerza. La brigada —cuyos efectivos alcanzaba ahora— llegó en febrero de 1941, pero tuvo poco que hacer hasta abril, cuando recibió la orden de abrirse camino por el paso de montaña de Klidi, en la frontera yugoslava. Resultaba más fácil mandarlo que conseguirlo. El paso estaba defendido por soldados australianos y neozelandeses de la Fuerza Expedicionaria británica, que igualaban a los del *Leibstandarte* en el fanatismo de su lucha. No se daba cuartel, y la carretera de montaña y el valle se hacían eco desde el alba hasta el crepúsculo del tableteo de las ametralladoras y las violentas explosiones de cargas de demolición. Era otra vez una lucha a muerte, y el *Leibstandarte* tuvo doscientas bajas entre muertos y heridos antes de conseguir forzar el paso. Tuvieron más suerte en la conquista de la ciudad de Kastoria, junto a un lago, la cual sólo tenía acceso a través de un paso montañoso fuertemente defendido, en este caso por los griegos; y las memorias de un jefe de batallón, Kurt Meyer, son esclarecedoras sobre las audaces exigencias a los soldados por parte de los mandos de la brigada. Con dos de sus compañías de reconocimiento, Meyer se acercaba al paso cuando las cargas de demolición abrieron enormes cráteres en la carretera. Toneladas de rocas y tierra saltaron por los aires. La detonación y las piedras que caían causaron inmediatamente la muerte de tres hombres, de un modo realmente horrible. Pero Meyer y los demás consiguieron escapar.

«Nos pegamos a las rocas y no nos atrevemos a movernos. Me atenaza la garganta una sensación de náuseas. Le grito a Emil Wawrzinek (el segundo en el mando) que continúe el ataque. Pero el bueno de Emil se limita a mirarme como si dudara de mi juicio. Las balas



Arriba: **Tropas del** Leibstandarte **se disponen a cruzar el golfo de Corinto.** Derecha: **Miembros de la Fuerza Expedicionaria Británica hechos prisioneros, en Atenas.** Abajo: **Sepp Dietrich llega para participar en las negociaciones de rendición griegas**



de ametralladora golpean ruidosamente las rocas ante nosotros. ¿Cómo hacer que Wawrzinek dé ese primer salto? Siento en la mano la suave redondez de una granada de forma de huevo. Grito al grupo. Todo el mundo me mira estupefacto al blandir la bomba de mano, tirar de la aguja y arrojarla con precisión detrás del último hombre. Nunca he vuelto a presenciar un salto tan conjuntado como en aquella ocasión. Como mordidos por tarántulas, nos lanzamos fuera de la seguridad de la estribación rocosa a un nuevo cráter. Se rompió el hechizo. La granada de mano había curado nuestra cojera. Nos sonreímos, y avanzamos hacia la protección siguiente».

Cayó Kastoria, once mil prisioneros quedaron en la red del *Leibstandarte* y se hicieron evidentes los indicios de un pronto colapso griego. Dos días después, el Ejército heleno del Epiro fue interceptado en el paso Metzovon al intentar retirarse hacia el Sur, y se rindieron sus dieciséis divisiones. En tanto se firmaba la capitulación griega en Salónica, el *Leibstandarte,* que no necesitaba descansar ni reorganizarse, empujó aún más al Sur en persecución de la Fuerza Expedicionaria británica, que reñía ahora una acción de retirada a través del golfo de Corinto y Peloponeso abajo, donde se llevó a cabo un Dunkerque en miniatura y los británicos escaparon a Creta; de allí, en menos de un mes, fueron expulsados por un masivo lanzamiento de paracaidistas del general Student.

Pero aunque lo que podía llamarse el final griego de la campaña de los Balcanes resultó innegablemente victorioso para Hitler, y se celebró en Atenas un gran desfile triunfal, las cosas habían ido menos bien en Yugoslavia. Junto con Bulgaria y Rumania, Yugoslavia estaba ligada por un pacto del Eje a ayudar a Alemania en su acercamiento a Rusia por los Balcanes. Mas el pacto había sido firmado en secreto y bajo amenazas de «protección» como una alternativa. No se había hecho plebiscito alguno, y los yugoslavos, fieramente

Instrucción de soldados del LSSAH dotados de abundnnte armamento.



Un joven soldado del Leibstandarte.

anti-nazis, se alzaron contra su gobierno y su cabeza representativa, el príncipe regente Pablo, a los que acusaban de traición al país. Este contratiempo despertó la ira de Hitler, y el 27 de marzo, al día siguiente del golpe, gritó a sus generales que la traicionera acción yugoslava había puesto en peligro el próximo ataque a Grecia, y también la Operación Barbarroja; y que, en consecuencia, estaba decidido a «destruir Yugoslavia tanto militarmente como en cuanto a nación». La destrucción iba a ser implacable y sin ninguna discusión ni ultimátum... y así fue. Belgrado quedó arrasado tras tres días terroríficos de incesantes bombardeos. Resultaron muertas más de diecisiete mil personas de la población civil. El número de heridos ascendió a más de tres veces la cifra anterior, y los sin hogar vagaban desesperanzados por las calles de la humeante ciudad en ruinas como figuras de alguna apocalíptica alegoría de Breughel.

La maníaca destrucción punitiva de Praga llevó a los ejércitos alemanes a una espectacular inversión, aunque todavía no se haría evidente. El ataque a Rusia había sido previsto para que comenzara el 15 de mayo; pero la Operación «Castigo» (como Hitler denominó el ataque a los yugoslavos) había forzado un retraso de cuatro semanas. «Este aplazamiento del ataque a Rusia a fin de que el señor de la guerra nazi pudiera liberar su inquina personal contra un pequeño país balcánico que se había atrevido a desafiarle constituyó probablemente la más catastrófica decisión individual de la carrera de Hitler. No es demasiado decir que al tomarla aquella tarde de marzo en la Cancillería berlinesa, durante un acceso de ira convulsiva, malogró su última oportunidad de ganar la guerra y hacer del Tercer Reich, que él había creado con tan magnífico si bien bárbaro genio, el mayor imperio de la historia de Alemania y, a él, el amo de Europa. El mariscal von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército alemán, y el general Halder, genial artífice y cabeza del Estado Mayor General, iban a recordarlo con honda amargura —pero también con mayor comprensión de sus consecuencias de lo que demostraron en el momento de su adopción— cuando, posteriormente, el espesor de la nieve y las temperaturas bajo cero de Rusia les alcanzaron tres o cuatro semanas antes del tiempo que creían necesario para la victoria final. Después, ellos y sus compañeros de generalato culparían siempre aquella apresurada y mal aconsejada decisión de un hombre vano y enojado de todos los desastres que siguieron». Así resume la erróneamente concebida acción de Hitler el historiador William Shirer en *The Rise and Fall of the Third Reich.*

Mas, por el momento, no hubo indicios de inversión. Yugoslavia fue dividida entre Alemania (a la que, naturalmente, correspondió la parte del león), Hungría, Bulgaria e Italia. Mussolini recibió la humillantemente pequeña porción del hombre cuyas poderosas fuerzas italianas no habían hecho otra cosa que poner obstáculos en las poco santas empresas de Adolf Hitler desde que el Duce se subió al carro del triunfador Eje. Y tan pronto se completó la distribución, el leviatán de destrucción alemán empezó a reunirse para la Operación Barbarroja. Para el *Leibstandarte* eso significaba un viaje al Norte, a Praga, donde iba a ser reabastecido y potenciado. (Sus pérdidas en la campaña de los Balcanes habían ascendido a 321). En realidad, sus efectivos se aumentaron por encima del nivel de brigada —específicamente a 10.796—, anticipándose a su futura designación como división; iban a servir en el Grupo de Ejércitos «Sur» del mariscal Gerd von Rundstedt, cuyo primer objetivo era Kiev, donde la tarea principal consistía en establecer una cabeza de puente a través del Dnieper. Una carta escrita a su familia por un joven teniente del batallón de reconocimiento de Kurt Meyer resulta curiosamente reminiscente de la emoción de la víspera del combate sentida por las fuerzas británicas ante Galípoli en abril de 1915:

«Queridos papás:

Esperamos aquí (aunque no puedo deciros dónde es 'aquí') la orden del Fuhrer de alertar al regimiento para nuevos y grandes hechos. Todas las otras fuerzas del Reich serán alertadas también, por supuesto; pero, en el *Leibstandarte,* nos creemos como en un peldaño por encima del resto. ¡Somos los únicos! Los del Fuhrer para cumplir su voluntad. Este es nuestro credo: que iremos adelante (nunca atrás) por un precipicio hasta la muerte si fuera necesario, pero sin preguntar. Es una gloriosa sensación estar dispuesto a atacar al enemigo, a esparcir sus sesos por su propio y sucio suelo. Cada noche lanzamos vítores al pensar que la orden puede venir mañana, que nos uniremos a la lucha. Pensé en vosotros (¡y, naturalmente, en Fritzi!) antes de salir de Belgrado. Bueno, siempre pienso en vosotros, por supuesto; mas especialmente en esta ocasión, porque allí avanzábamos por la ciudad protegiéndonos de las bombas de nuestra Luftwaffe. Otto y yo estábamos tendidos debajo de su carro, como refugio, y en una radio de intercomunicación sonaba la poderosa música de *Rienzi* retumbando todo el mundo en nuestros oídos. No me preguntéis cómo podía ser eso: quizá alguna cosa técnica en la sintonía. Pero allí estaba, y al derrumbarse los muros la música inundaba triunfalmente nuestros tímpanos. ¿No es esto raro? Y esta noche, aunque no hay música (solamente el continuo rumor de los ejércitos del Reich alineándose para la batalla), experimento la misma sensación de triunfo. Todo irá bien. Debemos derrotar a los subhumanos.

Os quiere vuestro

Karl»

Una pavorosa y terrible reputación



Un cámara del LSSAH filma la acción durante las primeras fases de la Operación Barbarroja.

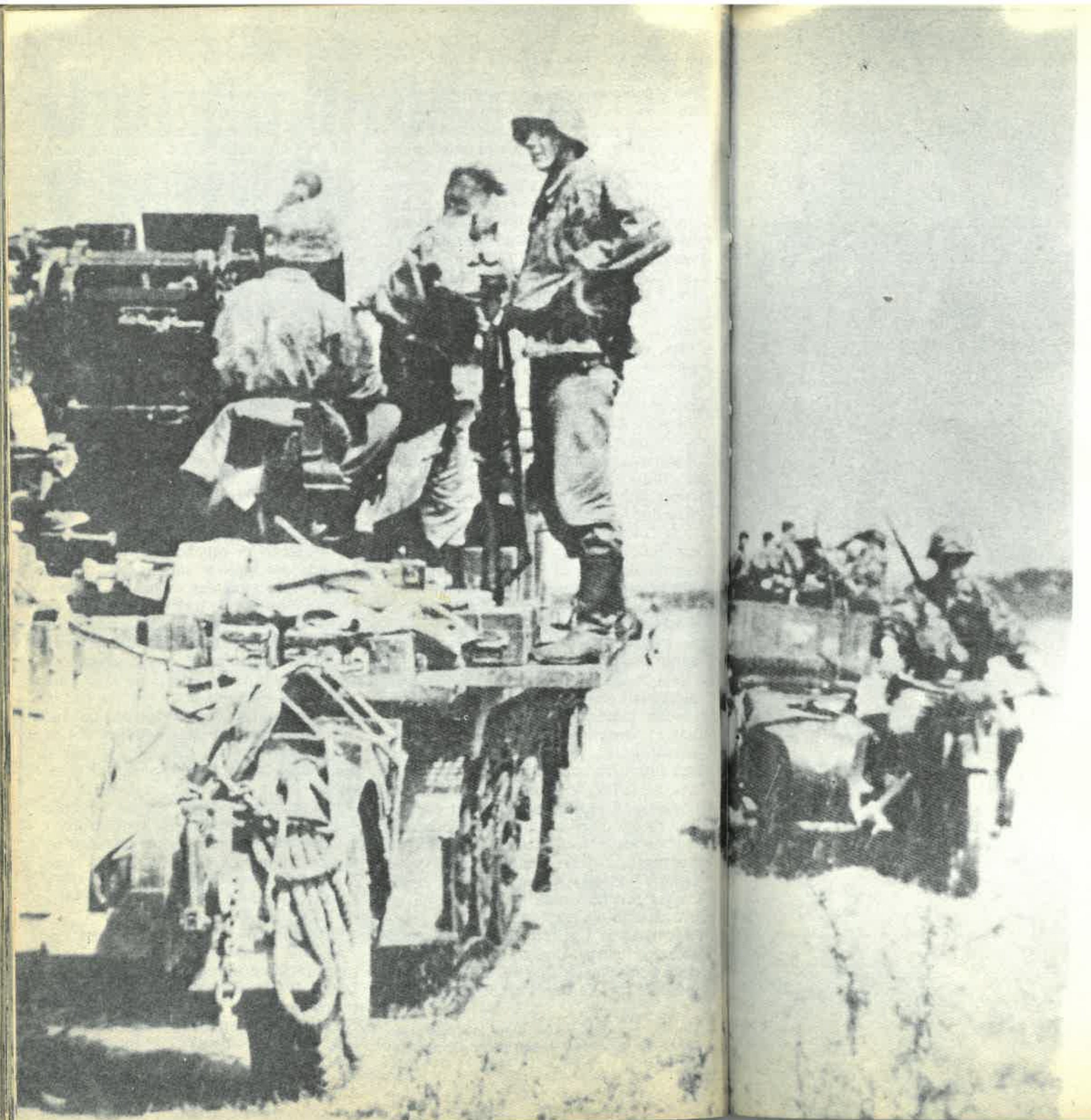
Aunque el «Karl que os quiere» del *Leibstandarte* veía el inminente conflicto como una cruzada contra una raza de bribones subhumanos (una cruzada en la que el prístino estandarte de una ideología hecha sacra por la palabra del Fuhrer triunfaría sobre la hez del bolchevismo), lo que él y tres millones más de cruzados de Hitler estaban a punto de iniciar era la más larga y sangrienta batalla de la historia. Con ellos había en línea 750.000 caballos, 7.184 cañones de grueso calibre, 600.000 vehículos de motor, 3.580 carros de combate y otras armas acorazadas y más de dos mil aviones. La tarde del sábado 21 de junio de 1941, se dio la señal *Dortmund* a este inmenso ejército, para alertar al ataque a todos y cada uno de sus soldados; y a las tres de la siguiente madrugada, el relato que Alan Clark hace de la campaña nos dice que «el resplandor de seis mil fogonazos de cañón... iluminó el cielo oriental, aplastando a los asombrados rusos con un tumulto de fuego y destrucción».

El *Leibstandarte* entró en acción inmediatamente. Su movimiento general era en dirección al mar Negro y al Dnieper como parte de un plan de envolvimiento del *Panzergruppe* del capitán general Ewald von Kleist. Los rusos, desorganizados e incapaces de recobrar el equilibrio tras la matanza inicial que les había hecho doblarse dolorosamente, se defendían como gatos salvajes. Se mostraban indiferentes al tiempo; ignoraban el hambre y la sed cuando los movimientos de cerco alemanes cortaban sus suministros de alimentos; las grandes pérdidas de vidas que sufrían no conseguían desmoralizarles; su capacidad de aguante —como se iba a demostrar en los novecientos días del sitio de Leningrado— no tenía límite; y el tiempo y el terreno estaban a su favor. Llovió mucho durante junio y julio, y esto redujo las carreteras y las inacabables llanuras a peligrosos cenagales que sólo los carros podían atravesar. Por desgracia, hasta que el sol brilló de nuevo y secó la tierra arenosa, los vehículos de abastecimiento quedaron inmovilizados, por lo que los carros de combate tuvieron que interrumpir su avance en espera de la llegada de unidades de mantenimiento y de suministro de combustible, así como también de la infantería de apoyo, que igualmente había quedado atascada en el lodo.

En tales circunstancias, el *Leibstandarte* estuvo tan bloqueado como cualquiera, y Dietrich se mostraba continuamente furioso por las demoras. Mas el tiempo no se perdió por entero. Sus hombres desmontaron de los vehículos y patrullaron a pie por los bosques, que, en cualquier caso, resultaban impenetrables al tráfico sobre ruedas y en los cuales habían dejado los rusos partidas de hostigamiento al retirarse.

«Eran extremadamente molestas», declaraba Kurt Meyer. (Condecorado ahora con la Cruz de Caballero por sus éxitos en Grecia, y lejos de pensar en ella como recompensa por servicios prestados, la consideraba como algo que aún tenía que ganar). «La artillería no les servía de mucho por lo espeso de los bosques; pero lo sabían todo acerca de trampas mortales, colocación de minas, emboscadas y todo lo demás. Nosotros también; y hubo una continua pugna de ingenio y habilidad entre nuestras patrullas y sus partidas de hostigamiento. En cierta ocasión enviamos una de seis hombres que rodearon y encadenaron a veintidós bolcheviques. Empleamos las cadenas de los vehículos inmovilizados por la nieve. Resultaba fantasmal moverse por la espesura entre el ruido de las cadenas y la lluvia que caía. Otra vez no tuvimos tanta suerte. Mandamos una patrulla y desapareció; jamás volvimos a saber de sus componentes. Lo malo de esta clase de escaramuzas es que todos se ponen de mal humor y quieren seguir con la lucha en gran escala».

Sin embargo, difícilmente podía decirse que hubiera falta de movimiento durante los primeros meses de la Operación Barbarroja. En el plazo de unas pocas semanas, los atacantes habían penetrado centenares de kilómetros en el interior de Rusia. La gran celeridad de su avance tenía sus desventajas; las



líneas de abastecimiento se alargaban continuamente y corrían peligro por los caprichos del tiempo y el terreno (no se trataba de un problema nuevo: Napoleón fue derrotado por ellos, y cualquier invasor de Rusia ha de tenerlos en cuenta); debido a las grandes distancias, existía un continuo aislamiento entre las unidades. Además, en ocasiones, ejércitos enteros se veían metidos en bolsas con la perspectiva, y a veces la materialización, del cerco. Pero, hacia el otoño, se indujo al pueblo alemán a creer que la victoria completa estaba a la vuelta de la esquina. Se suavizaron las enormes pérdidas; la «toma» de ciudadela tras ciudadela se explotó como parte del siempre adelante progreso de las fuerzas de la luz en la batalla contra las potencias de las tinieblas, y cualquier pérdida de territorio previamente ocupado por los heroicos ejércitos alemanes se achacaba a fines tácticos: victoriosos regimientos de la Wehrmacht se han retirado para consolidar sus posiciones».

Tales eufemismos ocultaban una dureza sin precedente en la lucha: «Como algún monstruo prehistórico cogido en una red, el Ejército Rojo luchaba desesperadamente y, al activar gradualmente los reflejos las partes más remotas de su cuerpo, con creciente efecto».

Parte de ese creciente efecto se demostró en el abandono de las convenciones de guerra, práctica particularmente apreciable en cualquier frente donde luchara el *Leibstandarte*. Quizá se hayan filtrado relatos de la ferocidad de la SS en el combate (porque todos los regimientos de ésta tenían ahora algo de la fama del *Leibstandarte*). Cualquiera que sea la razón, resultaba evidente que también los rusos disponían de un Himmler ideológico que les había dicho, como se dijo a la SS, que allí estaba un enemigo despreciable que podía ser «eliminado sin piedad ni compasión». Se hacían prisioneros alemanes y se les obligaba a entrar en edificios en llamas o eran ametrallados contra las paredes de un granero, como los Norfolks asesinados en Le Paradis o los le-

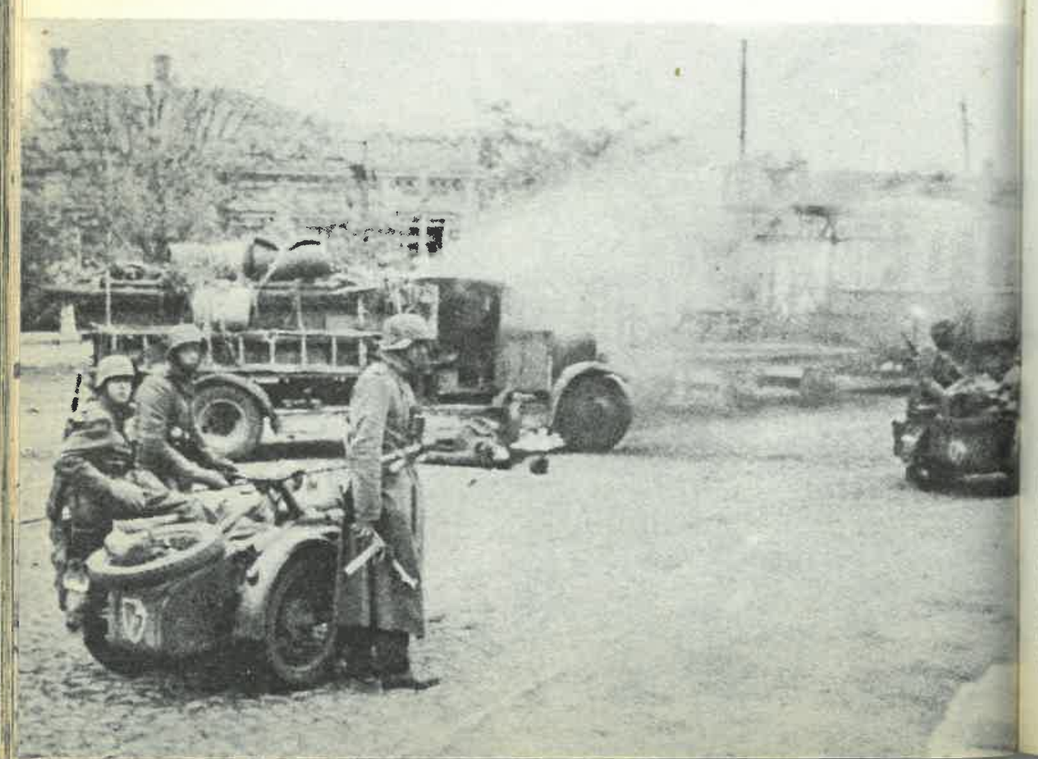
Artillería móvil del LSSAH durante la invasión de Rusia.



Arriba: **Un cañón antiaéreo de 20 milímetros hace tiro terrestre durante las fases iniciales de la campaña.** Abajo: **Sepp Dietrich conversa con oficiales de la Wehrmacht en Rusia, 1941.** Derecha: **Kurt Meyer fue condecorado con la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro durante la Operación Barbarroja.**



Arriba: **Tumbas de soldados del LSSAH en el campo de batalla.** Abajo: **Tropas motorizadas de las fuerzas de invasión continúan la penetración en Rusia.**



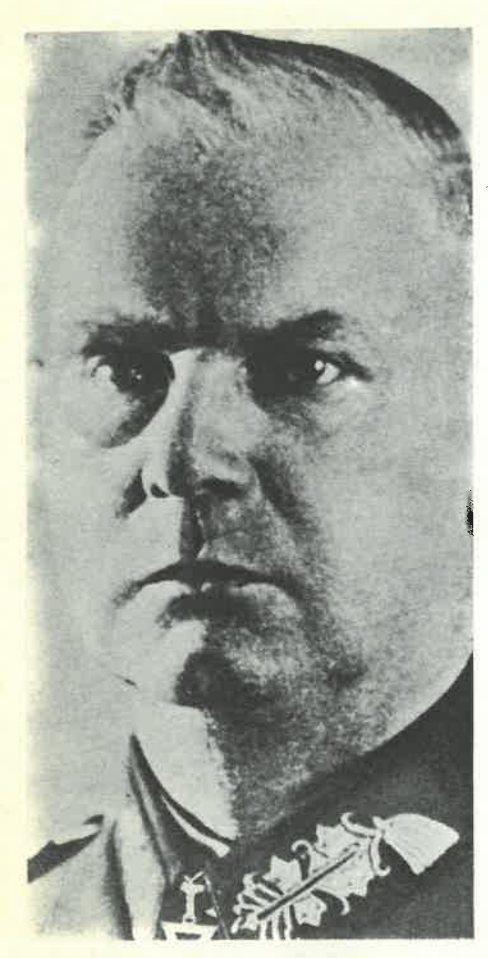
gendarios judíos de Bzura. Una bandera blanca de rendición no constituía pasaporte para la seguridad. En Goryk, ciudad fortificada como parte de la «Línea Stalin», uno de los jefes de compañía de Meyer, Gottlob Zipfel, recibió la orden de ejecutar una acción de represalia sobre los defensores. Anteriormente, más abajo en el mismo sector, en Sluzc, había habido una intensa escaramuza y una sección de caballería alemana quedó aislada de su regimiento. Los jinetes alemanes adoptaron en el combate una actitud más realista que la de los de la *Pomorska* polaca, y no hicieron quijotescas fintas a los blindados que se les oponían. Sabían cuándo estaban batidos. El jefe de la sección cogió una de las sábanas de su cama de campaña y la ató a la silla como enseña de rendición. Los jinetes que capitulaban fueron tratados con engañosa cortesía; mas cuando la acción se trasladó a Goryk, se les decapitó, empalando sus cabezas en la ciudadela en clásico estilo medieval, mientras se abría el vientre a sus caballos y se envolvían sus entrañas en la bandera de rendición, que se arrojó en el camino de los alemanes. «Nada podía haber constituído un testimonio más evidente de su condición subhumana *(Untermensch)*», dijo Meyer. La represalia de Zipfel iba a sacar a doscientos paisanos rusos de los cuarteles de la guarnición, con bombas de humo, y luego les llevó a todos a una pequeña casa de campo empapada de petróleo. («Tenía menos de seis metros de lado y tuvimos que meterlos a la fuerza, como un pie en un zapato estrecho. Se podía oír el chasquido de los huesos»). Se atrancaron ventanas y puerta y se dejó caer una granada de mano por la chimenea. La explosión y el holocausto «fueron espectaculares, y muy satisfactorio el hedor de la carne rusa al asarse», informó Zipfel.

Hubo numerosas atrocidades semejantes, como los aliados pusieron vehementemente de relieve en el juicio de Nuremberg, en el que se acusó de asesinato a toda la organización de la SS, estando el *Leibstandarte* implicado, directa o indirectamente, en no menos de 31 cargos específicos. Pero la explicación —y naturalmente la justificación— de «represalia» fue a menudo esgrimida por los acusados. Naturalmente, nunca se pudo llegar a una verdadera aclaración en cuanto a quién dio el primer golpe. Y hablar de crímenes en una época de guerra dura y declarada constituye —puede argüirse— un problema de lógica moral sobre el que aparece una mueca ligeramente lunática. Otro ejemplo más: Dietrich ordenó sin vacilar el inmediato fusilamiento de cuatro mil prisioneros rusos durante la batalla de Taganrog, cuando se encontraron en un patio los cadáveres de seis hombres del *Leibstandarte* que, según declaraciones de paisanos rusos, habían sido apaleados y muertos a hachazos y golpes de pala por la policía política soviética. Igualmente, Dietrich tampoco titubeó en fusilar a un pelotón de infantes de la SS que había mostrado cierta cobardía al tomar parte en la gran batalla de la curva del Dnieper. No pertenecían al *Leibstandarte:* Procedían de un batallón de la SS reclutado como consecuencia de la orden de Himmler en el sentido de que se permitiría la aportación de sangre extranjera, a fin de que no sufriera retraso el reclutamiento forzoso para la Wehrmacht; y resultaban despreciables para Dietrich. «Eran letones, rumanos y basura semejante, y escapaban del frente gritando: '¡Vienen los tanques rusos' ¿Qué valían esos hombres? Uno les pega un tiro en el acto y tira sus cadáveres al río». En los términos de referencia de Dietrich no figuraban la misericordia ni la compasión. Y no mostró remordimiento alguno al ordenar a una partida *Schrecklichkeit* (terror) del *Leibstandarte* que matara a golpes a doscientos heridos en un hospital de Jarkov antes de prender fuego al edificio. En este horripilante episodio, los atacantes utilizaron sus cinturones de reglamento, en cuyas hebillas aparecía el mote *Meine Ehre heisst Treue* («Mi honor es mi lealtad»). «No parecía vergonzoso», dijo uno de ellos en Nuremberg. «Se trataba de una orden y era por el Fuhrer y el Reich. No se nos habría mandado hacerlo si no hubiese sido necesario».

No había, pues, que extrañarse de que «la pavorosa y terrible arma del *Leibstandarte,* su fama» (frase de Himmler)



Un grupo de soldados del Leibstandarte se dispone a entrar en una aldea rusa.



El general Eberhard von Mackensen.

les precediese en cada combate. No había allí leyenda agradable y un poco burlona como la creada cuando el regimiento había sido la punta de lanza del avance a través del Rhin en 1936. La cara implacable y cruel de un Mr. Hyde se equilibraba con exceso por el esplendor de su estilo y de su valor temerario. A ello rindió tributo uno de los jefes de cuerpo de ejército bajo cuyo mando lucharon en la batalla de Moscú, el general Eberhard von Mackensen, el cual escribió a Himmler el 26 de diciembre de 1941:

«Será quizá valioso para usted saber, de labios del jefe a cuyas órdenes ha servido el *Leibstandarte* durante esta larga y difícil campaña, y que pertenece al Ejército y no a la SS, lo que él y otros mandos de división opinan de esta unidad.

Herr Reichsführer: Puedo aseguraros que el *Leibstandarte* goza de una destacada y sobresaliente reputación no sólo con sus superiores, sino también entre sus camaradas del Ejército. Cada división quiere tenerlo a su lado, tanto en el ataque como en la defensa. Su disciplina interna, su fría audacia, sus alegres arrestos, su inquebrantable firmeza en una crisis (incluso cuando las cosas se ponen difíciles o serias), su ejemplar dureza, su camaradería (que merece especial alabanza): todo ello es bien notable y no se puede superar. A pesar de esto, el cuerpo de oficiales mantiene un grato grado de modestia. Es una genuina formación de *élite* que yo me siento feliz y orgulloso de tener bajo mi mando, ¡y que sinceramente me gustaría conservar! Este reconocimiento sin restricciones lo ganó el *Leibstandarte* enteramente por la fuerza de sus logros y, sobre todo, fundándose en su habilidad militar contra un enemigo cuyo valor, dureza, número y armamento no deben ser tomados a la ligera. La aureola que naturalmente rodea a la guardia del Fuhrer no habría bastado, aquí en el frente, para otorgarles este reconocimiento».

No mencionaba —y, naturalmente, no tenía la razón ni el conocimiento para hacerlo— que, desde el comienzo de la campaña Barbarroja, el *Leibstandarte* había sufrido más de la mitad de las 44.600 bajas de la SS, que se desglosan en 1.240 oficiales y 43.331 soldados muertos, heridos o desaparecidos. Y la lucha por *Lebensraum,* por las riquezas de la tierra rusa, y la derrota de los perversos bolcheviques, apenas había empezado.

Justificación de la «espantosa y terrible fama» del Leibstandarte.

Al Oeste

El día en que el general von Mackensen escribía el elogio del *Leibstandarte,* los ejércitos alemanes habían avanzado por Rusia en un frente que se extendía 1.600 kilómetros desde Leningrado, en el Norte, al mar de Azov, en el Sur. Bolgoye, Kalinin, los alrededores de Moscú, Tula, Elets, Voronezh, así como toda Crimea, se hallaban en manos del invasor. Pero sus conquistas eran inseguras. Se habían retirado de Moscú con grandes pérdidas. Los defensores habían cambiado las tornas poniendo en acción su famoso «ejército de invierno», con sus transportes en trineo, carros de combate pintados de blanco y soldados con albo atuendo, un ejército que tenía la doble ventaja de ser móvil y de constituir un blanco difícil.

Agotados por sus tremendos esfuerzos y por el intenso frío del invierno ruso, los alemanes decidieron limitar su ofensiva a atrincherarse y «consolidar sus posiciones». No se trataba exactamente de un derrumbamiento, porque en el sector Sur el avance continuaba, presagiando lo que iba a ser la trágica batalla por Stalingrado; pero derrumbamiento o no, el cambio de fortuna llevó a Hitler a un estado de furia desbordada, que descargó sobre los mariscales que, seis meses antes, habían recibido sus alabanzas por la derrota de Francia. No sólo se relevó de sus mandos a Brauchitsch, Bock, Rundstedt y Halder, sino a dos jefes de cuerpo de ejército y 35 de división, los cuales fueron substituidos; el propio Hitler ocupó personalmente la jefatura suprema de todos los ejércitos en Rusia. Sepp Dietrich, sin embargo, fue retirado por una razón menos humillante: su asistencia a la primorosa celebración del cumpleaños de Hermann Goering el 12 de enero de 1942, en la que Hitler repitió su elogio del jefe del *Leibstandarte:*

«El papel de Sepp Dietrich es singular. Siempre le he dado la oportunidad de intervenir en los lugares comprometidos. Se trata de un hombre simultáneamente astuto, enérgico y brutal. Bajo su aspecto de camorrista, Dietrich es serio, consciente y escrupuloso. ¡Y cuánto se ocupa de sus hombres! Es un fenómeno... alguien insubstituíble. Sepp Dietrich constituye una institución para el pueblo alemán. Para mí personalmente, se da también el hecho de que es uno de mis más viejos compañeros de lucha».

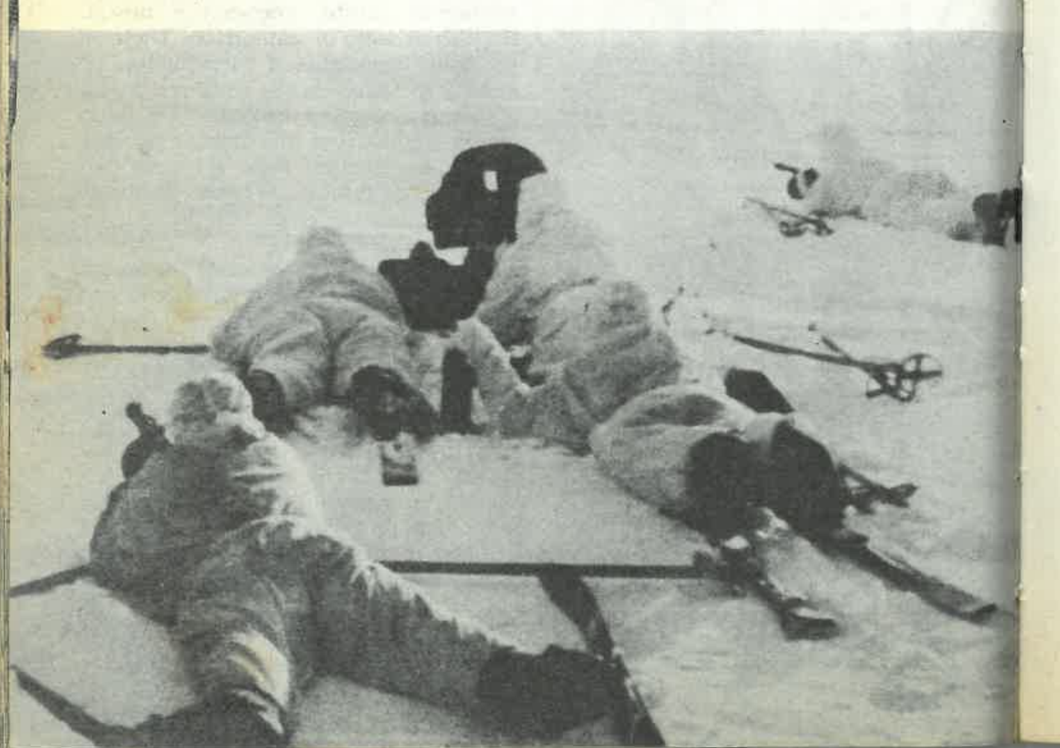
El comentario acerca de la preocupación que Dietrich sentía por sus tropas causó amargura a los jefes de la Wehrmacht. A pesar de las promesas, no habían recibido suministros de prendas especiales de abrigo que habrían permitido a sus hombres resistir los rigores del invierno ruso. Goebbels había puesto en marcha a primeros de noviembre su maquinaria propagandística con objeto de recoger contribuciones del público «para que el Ejército del Reich pueda combatir al terrible enemigo: la



Fuerzas alemanas continúan avanzando por Rusia.



Arriba: **Miembros del LSSAH con banderas y soldados rusos capturados.** Derecha: **Sepp Dietrich en su cuartel general en Francia, 1942.** Abajo: **Soldados rusos vestidos de blanco emplazan ametralladoras.**





congelación»; pero Hitler había suprimido inmediatamente el llamamiento porque se negaba a que la población pudiera pensar en una larga campaña invernal. Himmler, por otra parte, había sido práctico. Ordenó simplemente que el jefe administrativo de la SS, Oswald Pohl, confiscara todas las pieles y otras prendas de abrigo que poseyeran los judíos de los guetos polacos. Los judíos, recluídos en casas sin calefacción, cobertizos y graneros, habían perecido de frío a millares, pero sus ropas permitieron a Dietrich «ocuparse de sus soldados».

Sin embargo, ningún cuidado haría posible que el *Leibstandarte* superara los abrumadores obstáculos que se le presentaban en la batalla de Rostov, ciudad de importancia decisiva porque dominaba la entrada al Cáucaso. En noviembre habían irrumpido en el acceso principal, con un regimiento de carros de combate del ejército tras ellos, ocupado el puente del ferrocarril —mientras los carros avanzaban y demolían las defensas rusas— y continuado para capturar la guarnición y fusilar a los prisioneros sobre el terreno, ya que, en opinión de Dietrich, «era una pérdida de tiempo observar las formalidades usuales cuando hacerlo suponía interrumpir la acción; ocuparse de los prisioneros siempre es una pérdida de tiempo a menos que se les pueda sacar alguna información de utilidad».

El jefe de operaciones en el bando soviético era el mariscal Semyon Timoshenko. En una semana había reunido quince divisiones y las hizo avanzar para recuperar la ciudad que se hallaba en poder del diezmado III Cuerpo de Ejército Panzer de Mackensen. Por espacio de 75 horas hubo un incesante bombardeo de las líneas alemanas en un frente de 110 kilómetros. Las heladas carreteras saltaban como el cristal al caer las granadas, el cielo invernal se hendía con las llameantes explosiones, la nieve se amontonaba y cubría cráteres y hondonadas, borrando los contornos de los cadáveres. Cuando llegó la primavera y empezó el deshielo, reasumirían sus espantosas posturas; volve-



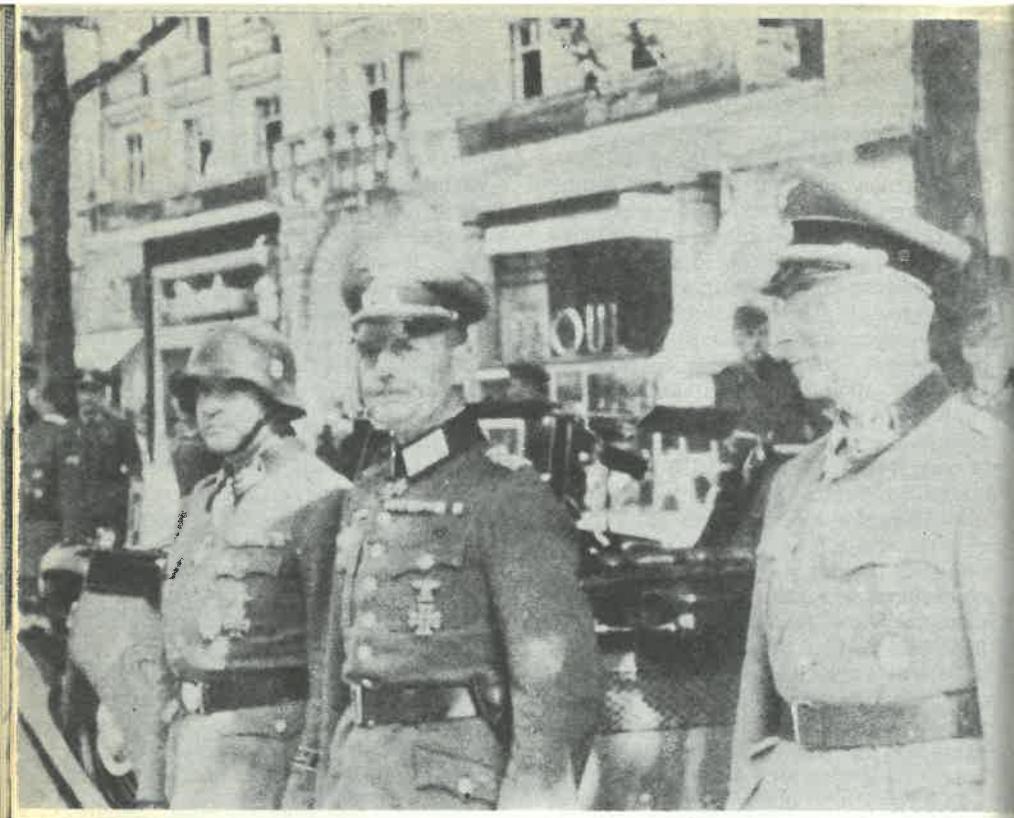
rían a verse las muecas de la muerte. Por el momento, la retirada constituía el único camino. Rundstedt, aún con mando, ordenó retroceder, desafiando las instrucciones del Fuhrer, y tomar posiciones defensivas, reconociendo así por primera vez un importante contratiempo. El propio Hitler lo admitió dos días después cuando, habiendo retirado a Rundstedt, substituyéndole por Reichenau, accedió a la petición de que debía llevarse a cabo la retirada. «Ya estábamos en ella», registraba Meyer, «volviendo al río (el Mius) a través de un terreno que recordaba aquellas fotos de la carretera de Menin en 1916. De vez en cuando dábamos la vuelta y hacíamos una pequeña incursión en zona rusa, causándoles algunas bajas; pero en menos de una semana habíamos perdido centenares de hombres y vehículos. Por primera vez, el *Leibstandarte* había sufrido una derrota importante. No se nos superaba en la lucha, pero estábamos en inferioridad numérica y se nos llevaba a la pared por el mero peso. Y no sabíamos de dónde venían los refuerzos».

El largo y letal invierno seguido por el deshielo que inundó kilómetros de campos llenos de cráteres de granadas dio paso a la primavera. En ambos lados había mucho en pie, pero ninguno de los dos podía pensar en nuevas ofensivas hasta que se repararan los estragos de las batallas invernales. El *Leibstandarte* fue retirado a Francia junto con los *Das Reich* y *Totenkop,* y se cubrieron las importantes pérdidas en hombres y material, tarea que se había hecho extremadamente difícil. Pero para noviembre habían sido reequipadas las tres divisiones «estrellas» de la SS, que recibieron la nueva designación de Divisiones de Granaderos Blindados de la SS. Quedaron a las órdenes de un jefe de cuerpo de ejército, Paul Hausser, que originalmente perteneció a la Wehrmacht, probablemente como concesión al Alto Mando, ya que con arreglo a todo derecho el nombramiento debería haber recaído en Sepp Dietrich. Aparentemente, éste no se mostró resentido por haber sido olvidado; se hallaba más interesado en idear medios para subyugar a los rusos por el terror. Estos, sin que el alemán lo supiera, naturalmente, pensaban en medidas similares.

Oswald Pohl, jefe administrativo de la SS.

El *Leibstandarte* se reorganizaba en Jarkov hacia febrero de 1943 y, como frecuentemente había ocurrido antes, integró la vanguardia que, por último, reconquistó la ciudad. «Mi *Panzerkorps* de la SS», informó Hausser a Hitler el 15 de marzo, «tiene ahora 365 oficiales y 11.154 hombres menos, pero el camino a la llanura del Donetz es vuestro, mi Fuhrer». Como de costumbre, el *Leibstandarte* tuvo la mayor proporción de bajas. «Sus vidas solamente les importan en tanto puedan ser útiles al servicio del Fuhrer... y las tiran como si fueran granadas de mano cuando surge la necesidad, o incluso la oportunidad», dijo orgullosamente Himmler en una de las conferencias de Hitler. Era verdad. Posiblemente hubiera sido más sensato cierto conocimiento de la idea de conservación; pero difícilmente cabría esperar un cambio de actitud tras tantos años de distinto adoctrinamiento. Y hasta en la más dura de las luchas hay un estímulo deportivo. Resultaba placentero organizar cacerías humanas en ciudades que habían sido destruídas, haciendo salir a los pocos que habían buscado cobijo en sótanos o edificios de las afueras, bien por medio del fuego o disparándoles cuando corrían para salvar la vida; o, si eran muchos para una ejecución conveniente, hacerles prisioneros, alinearlos contra una tapia y tirarles a la cintura, para que murieran de heridas de estómago y vientre o se les pudieran enterrar vivos, con la tierra ahogando sus gritos de agonía. Y, en tales tácticas de terror, en modo alguno poseían el monopolio. Las guerrillas rusas se habían especializado en hacer descarrilar trenes hospitales alemanes y prenderles fuego; en envenenar el suministro de agua a los cuarteles ocupados por los alemanes, y en perpetrar ciertas jugarretas, como la que relata Alan Clark en Barbarroja.

«Cuando estábamos en la región de Mogilev, llegó un rumor al *Obergruppenfuhrer* von dem Bach-Zelewski de que había cierta cantidad de oro en la explotación agrícola estatal de Polya-



Sepp Dietrich, el general Gerd von Rundstedt y el general Paul Hausser en París, 1942.

:ovo. Fuimos allí y echamos todo abajo buscándolo. El responsable de aquello nos suplicó que esperáramos, ya que él podía conseguir el oro en veinticuatro horas y, si destruíamos todos los edificios, los campesinos no tendrían dónde pasar el invierno. Partimos al obscurecer dando la orden de que el oro debería ser entregado al día siguiente, o toda la población de la granja quedaría bajo arresto. Fischer, Hahn, Neudeck y Grose permanecieron allí para vigilar. Por la mañana no conseguimos comunicar con Fischer por la radio de onda corta, así que al día siguiente regresamos con seis coches blindados. Todo aparecía incendiado hasta los cimientos con una excepción: el edificio de la oficina, donde, en lugar destacado, había una caja de cuero muy pesada, con la palabra «Oro» escrita en ella en blanco. La abrimos. En su interior se hallaban las cabezas de Fischer, Hahn, Neudeck y Grose».

El éxito de Jarkov en modo alguno había hecho recuperar la iniciativa a los alemanes; ni restablecido la confianza del pueblo alemán, en el que la desilusión comenzaba a hacer mella pese a los esfuerzos propagandísticos del doctor Goebbels. Por mucho que éste pusiera de relieve las pérdidas soviéticas («seiscientos carros de combate y veinte mil rusos muertos en el campo de batalla de Jarkov»), resultaba imposible negar que los ataques de la RAF se hacían más numerosos y devastadores, que se había perdido el Norte de Africa en una humillante *débâcle* y que el régimen italiano estaba a punto de venirse abajo ante la amenaza de una inminente invasión aliada. (Difícilmente pudo decirse alguna vez que el Ejército italiano hubiera alcanzado niveles de potencia desde los que derrumbarse; pero ahora cundía por sus filas un desastroso derrotismo). Efectivamente, tropas anglonorteamericanas invadieron Sicilia el 10 de julio, y quince días después Mussolini fue destituído por el Gran Consejo Fascista y arrestado. Los italianos, a no dudar, se hallaban a punto de rendirse (así lo hicieron con prisa poco común el 8 de septiembre), y serían necesarios importantes refuerzos alemanes para hacer frente a la invasión aliada. El 25 de julio, mientras el Gran Consejo Fascista votaba la destitución de Mussolini y su substitución por el mariscal Badoglio, Hitler ordenaba el traslado del *Leibstandarte* a Italia. El mariscal Günther von Kluge, jefe del Grupo de Ejércitos «Centro» en el frente oriental, se atrevió a preguntar sus razones:

«¿De qué sirve que un cuerpo de *élite* de la SS (Hitler había exigido el traslado de todo el *Panzerkorps* de la SS, no sólo el *Leibstandarte*) ande merodeando brutalmente por los lagos italianos cuando aquí hay trabajo serio que hacer?»

La respuesta del Fuhrer fue asombrosamente suave: «El caso es que yo no puedo sacar unidades de cualquier parte. Tengo que coger unidades políticamente dignas de confianza. Se trata de una decisión muy difícil, pero no tengo elección. En Italia sólo puedo lograr algo con formaciones distinguidas que estén en lo político cerca del fascismo. Si no fuera por eso, podría tomar un par de divisiones del ejército. Mas, como está la cosa, necesito un imán para reunir a la gente. Debo contar con unidades allí destacadas que actúen bajo una bandera política».

En cualquier caso, sólo se trasladó el *Leibstandarte;* y, además, el burlesco comentario de Von Kluge sobre merodear por los lagos italianos resultó ser demasiado profético: aunque «merodear brutalmente» *(Schlotterig)* no era quizá la palabra adecuada a su jactancioso progreso por Milán y otras ciudades del Norte. El mariscal Rommel, caído en desgracia tras el colapso africano y enviado a Italia, tenía mucho que decir sobre la conducta de la unidad de la SS, y en modo alguno se sentía apaciguado

Vehículos blindados del LSSAH se preparan para la batalla de Jarkov.





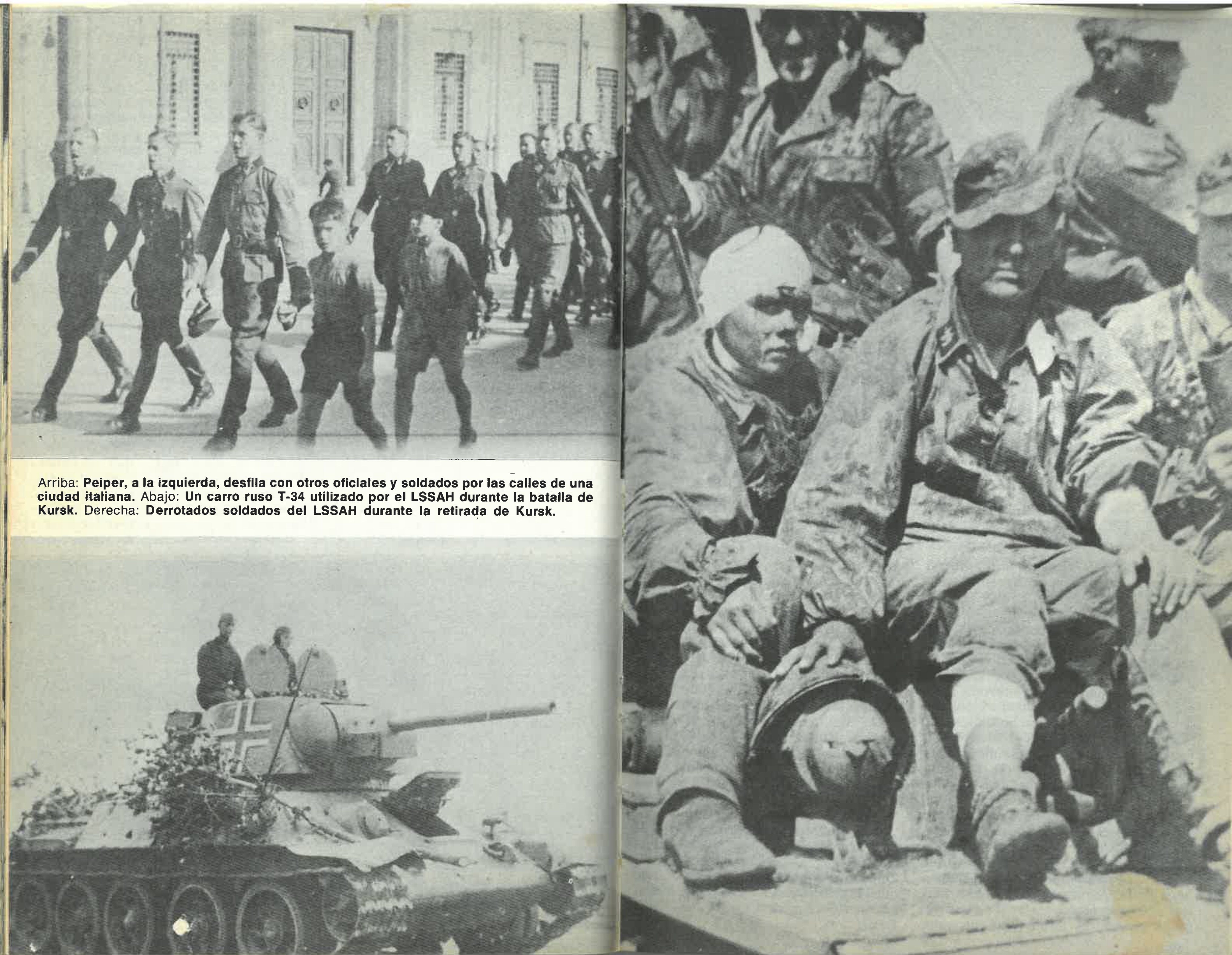
Tras el colapso del Ejército italiano, Hitler ordena el traslado del Leibstandarte **desde Rusia, vehículos del LSSAH en las afueras de Milán.**

por colecciones filatélicas incautadas o historias acerca de la fama de estos notables soldados que virtualmente no habían dejado de combatir desde el 1.º de septiembre de 1939. Su propio Afrika Korps se había ganado su reputación, reputación no empañada por relatos de matanzas o de singular brutalidad; y halló a Dietrich «charro y sin cultura, necesitando un amanuense para convertir sus pensamientos en alemán que se pudiera leer». No podía decirse que fueran compañeros que congeniaran. Ni que ello importara en ningún sentido: el *Leibstandarte* apenas había llegado a Italia cuando se le reequipó para volver al frente del Este, y sus efectivos se habían materializado —aunque no hasta el nivel máximo— con una aportación de jóvenes de la Waffen SS nacidos en 1926. El adiestramiento de estos jóvenes se realizó en los tres meses transcurridos desde septiembre a noviembre de 1943, y no había duda de que el resultado demostraba una considerable relajación de las exigencias; y no menos porque la división tuviera un nuevo jefe: *Generalmajor der Waffen-SS* Theodor Wisch, y Dietrich hubiese sido promovido al mando de cuerpo de ejército y recibiera instrucciones de formar lo que iba a ser el I *Panzerkorps* de la SS (el de Paul Hausser fue relegado en categoría a II). Mas a pesar de la juventud y la insatisfactoria instrucción del nuevo contingente —sin contar con la limitación de tiempo que se podía otorgar a su adiestramiento físico y militar—, tuvieron la oportunidad de asimilar todas las tácticas del *Leibstandarte* en las «condiciones más efectivas», como el jefe del 1.er Regimiento Acorazado de la división, Jochen Peiper, llamó aviesamente al escenario oriental. Estaba justificado. El *Leibstandarte* abandonó la situación de vacaciones de que gozaba en Italia (donde, entre otras tareas espectaculares, tenía que montar guardia palatina para Mussolini, que había sido liberado de su encierro por comandos aerotransportados a las órdenes de Otto Skorzeny), y el 15 de noviembre volvió a la batalla. Desde entonces hasta abril de 1944, nunca abandonaría el frente.

La ardua naturaleza de la lucha en el Este, donde los invasores jamás volverían a recuperar la iniciativa por más de unas pocas horas, puede observarse a través de la desesperanza de los que a diario veían cerrarse el inhóspito cielo sobre el campo de batalla al ponerse el sol, que sentían el mordisco de las temperaturas bajo cero y que continuamente se enfrentaban a la falta de combustible, alimentos y de la adecuada potencia de fuego para contener los crecientemente poderosos avances rusos.



Joachim Peiper, a la izquierda, jefe del primer Regimiento Acorazado del Leibstandarte, **y el general de división de las Waffen SS Theodor Wisch.**



Arriba: **Peiper, a la izquierda, desfila con otros oficiales y soldados por las calles de una ciudad italiana.** Abajo: **Un carro ruso T-34 utilizado por el LSSAH durante la batalla de Kursk.** Derecha: **Derrotados soldados del LSSAH durante la retirada de Kursk.**



Fuerzas rusas prosiguen sus enérgicos contraataques.

La desesperación se hacía visible, como por un cristal opaco, en las reminiscencias de un jefe de artillería, el comandante Gustav Kreutz:

«Hacia finales de mes recibimos por fin algunos refuerzos y nuevos cañones de asalto, con lo que por breve tiempo alcanzamos los efectivos de batallón. Los soldados eran en su mayoría jóvenes de los cuarteles de instrucción, con unos pocos oficiales y suboficiales que habían luchado en Italia. No tardaron en quejarse del frío. Mantenían fuegos encendidos tanto durante el día como por la noche, y desmantelaban muchas casas de madera para hacer leña, las cuales habrían sido de gran utilidad posteriormente. Tuve que hablar seriamente de esto a los nuevos incorporados, y uno de ellos me contestó que aquel día el termómetro había bajado a diez grados negativos: ¿No era anormal? Le dije que pronto se sentiría afortunado cuando el termómetro no estuviera a diez, sino a veinticinco bajo cero, y que en enero descendería a cuarenta. Entonces el pobre muchacho se echó a llorar. Posteriormente resultó muerto luchando en el heroico combate defensivo en torno a Zaporozhye».

«No era del *Leibstandarte»*, se dice que declaró Kurt Meyer al tener conocimiento del caso. Y es cierto que no ha habido pruebas de debilidades similares en las filas de los guardias del Fuhrer. Su espíritu de lucha no decaía ni en la derrota, y a la derrota se enfrentaban los ejércitos de Hitler en el invierno de 1943. Stalingrado, Rostov, Voronezh, Jarkov, Kursk, todas estas ciudades habían sido reconquistadas por los rusos. La línea del frente retrocedió hasta el Dnieper. Y mientras los soviéticos —que, corriendo graves peligros, estaban siendo abastecidos por norteamericanos y británicos con armas y aviones para complementar su propia producción de guerra— ganaban fuerza y confianza, nada podía ocultar el hecho de que las cosas se hallaban lejos de ir bien en cuanto al esfuerzo bélico del Tercer Reich.

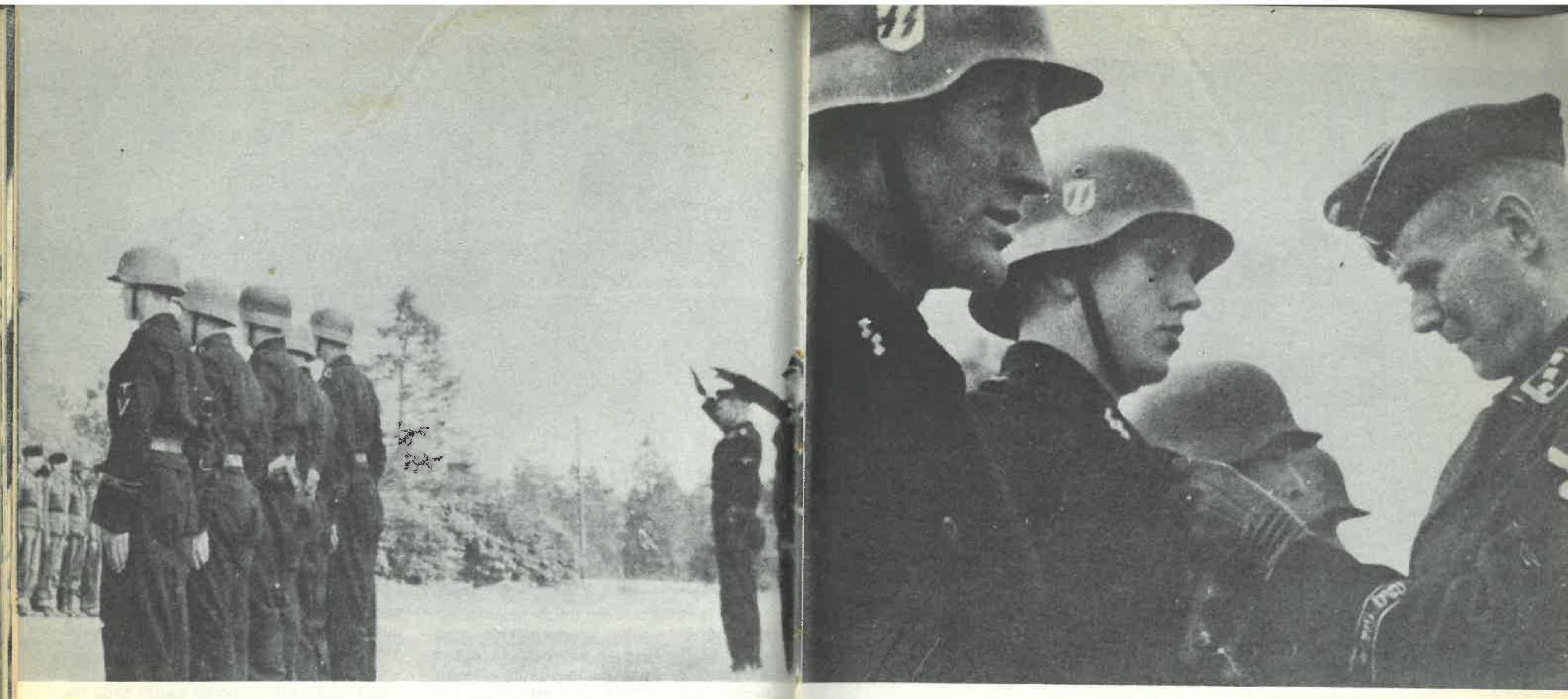
Con la totalidad del frente oriental derrumbándose ante la arremetida rusa, en abril de 1944 se presentó la nueva amenaza de la invasión aliada. «No hacemos mucho más que retirarnos por orden del Alto Mando», decía Dietrich con disgusto. «Pero mis jefes de regimiento no son tan cobardes como para aceptar tales órdenes cuando se puede ganar algo avanzando. Luchamos por nuestra cuenta y trastornamos los planes. Y mataremos más rusos. Haríamos bien en volver a Europa a matar ingleses y norteamericanos cuando desembarquen —echarlos a la olla y cocerlos—, en vez de estar aquí en el Este con las frustraciones de la mala planificación y los ridículos fracasos». Su indiferente sugerencia fue atendida: en mayo, el *Leibstandarte* salió hacia el Oeste, a Bélgica, para reemplazar otra vez sus muertos y heridos, sus armas perdidas y sus elementos blindados.

Fulguraban en la aureola de la conquista. Su llegada a Amberes constituyó un triunfo para Hitler, para Himmler y para la propaganda de Goebbels. No se ganaba nada con mantener secreta su

Soldados de ametralladoras alemanes cuentan las bajas rusas durante el asalto soviético a Jarkov.

identidad; pero se podía ganar todo haciéndoles desfilar con toda su gloria por las calles de la ciudad, porque, con la máxima publicidad, sus heroicos hechos —y sus brutalidades revestidas de ropajes de valor— constituirían una inyección de éxito en las endurecidas arterias de las tinieblas. La radio, el cine y la prensa recibieron órdenes de otorgar al hecho su máximo tratamiento. «El *Leibstandarte* 'Adolf Hitler' vuelve triunfante»: la impresión, dada deliberadamente, fue que, por sí sola, la guardia personal de Hitler había triunfado sobre el cruel oso ruso y volvía ahora a hacer frente a cualquier amenaza que apareciera en el horizonte.

Naturalmente, no habían podido cambiar decisivamente la suerte frente al creciente poder de sus enemigos; incluso la Wehrmacht entera había fracasado en esta tarea. Pero muchas veces se apuntaron una victoria aislada por su audacia y decisión. En Radomyshl, el



Imposición de condecoraciones a una compañía del Leibstandarte **en Amberes.**

frente se estabilizó por completo merced a sus esfuerzos, tras haber reunido Jochen Peiper un pequeño grupo de carros de combate —había gran escasez de combustible para hacer algo de más entidad— y hacerlo penetrar profundamente en las líneas enemigas. Sin apoyo alguno, pusieron en fuga a cuatro unidades rusas y destruyeron cien carros y 75 piezas anticarro, además de apoderarse de una unidad avanzada de abastecimiento, que les proporcionó varios miles de litros de combustible en un momento en que éste valía cualquier precio. Vino después la ruptura desde lo que se conocía como bolsa de Cherkassy, en la que 56.000 alemanes se hallaban atrapados y cuya única salida era por una pequeña colina —cota 239— y un río estrecho pero de rápida corriente, el Gniloy Tikich. Tanto la colina como el río se hallaban bajo el fuego de la artillería y los blindados rusos. «Abandonar a los heridos», había sido la orden del cuartel general del cuerpo de ejército; «nada debe demorar el escape». Pero los heridos, amontonados en carretas de bueyes como la aristocracia francesa en las de París, no tenían la posibilidad de retrasar la huída. Carretas, bestias y hombres fueron aplastados en la ladera de la colina por las orugas de los carros soviéticos. El *Leibstandarte* se enfrentó a éstos con tanta furia que tuvieron que ceder algo de terreno en tanto la desesperada multitud de hombres de la Werhmacht en retirada se acercaba al helado río. El fuego de las ametralladoras les segó, pero resultaban demasiado numerosos para ser eliminados por completo. Registrando sus impresiones, un oficial ruso señaló que «se destacaban en la ladera, rompiéndose y agrupándose sus filas y dispersándose por las explosiones de nuestras granadas al caer entre ellos; pero de algún modo volvían a juntarse presionando ladera abajo mientras nuestros carros y los de la SS se cañoneaban unos a otros por encima de ellos». El torrencial río se llevó a muchos, y los cadáveres se deslizaban por sus aguas como troncos de árbol; mas, incluso así, unos 30.000 escaparon de la bolsa gracias al fuego de cobertura del *Leibstandarte*.

Con estas y otras glorias volvieron al Oeste a hacer frente a la nueva amenaza del segundo frente de los aliados.

Cuando el 6 de junio comenzó la invasión, el *Leibstandarte* se hallaba en el Paso de Calais, reorganizado y a plenitud de efectivos, esperando lo que se consideraba que sería el empuje principal del esfuerzo aliado, al estar Hitler seguro (y esa certeza había sido alimentada por el contraespionaje británico) de que los desembarcos en Normandía eran sólo una finta. Su seguridad pronto disminuyó, sin embargo, al aumentar la presión en la cabeza de playa normanda. Había llegado el momento de lanzar a la acción al I Cuerpo de Ejército Panzer de la SS, incluído el *Leibstandarte;* y el 10 de junio recibió órdenes de marchar hacia el Sudoeste.

Los servicios de información aliados jugaron entonces una carta de triunfo. Uno de sus más famosos agentes, «Cato», al que en el sistema de contraespionaje alemán se consideraba como muy digno de confianza (se le había permitido mandar noticias de la invasión pocas horas antes de que ésta comenzara), informó de la inminencia de un nuevo y gran ataque con cincuenta divisiones en el Paso de Calais. Hitler comunicó personalmente por radio con Sepp Dietrich y le ordenó que diera la vuelta de inmediato con el I *Panzerkorps* de la SS. Así



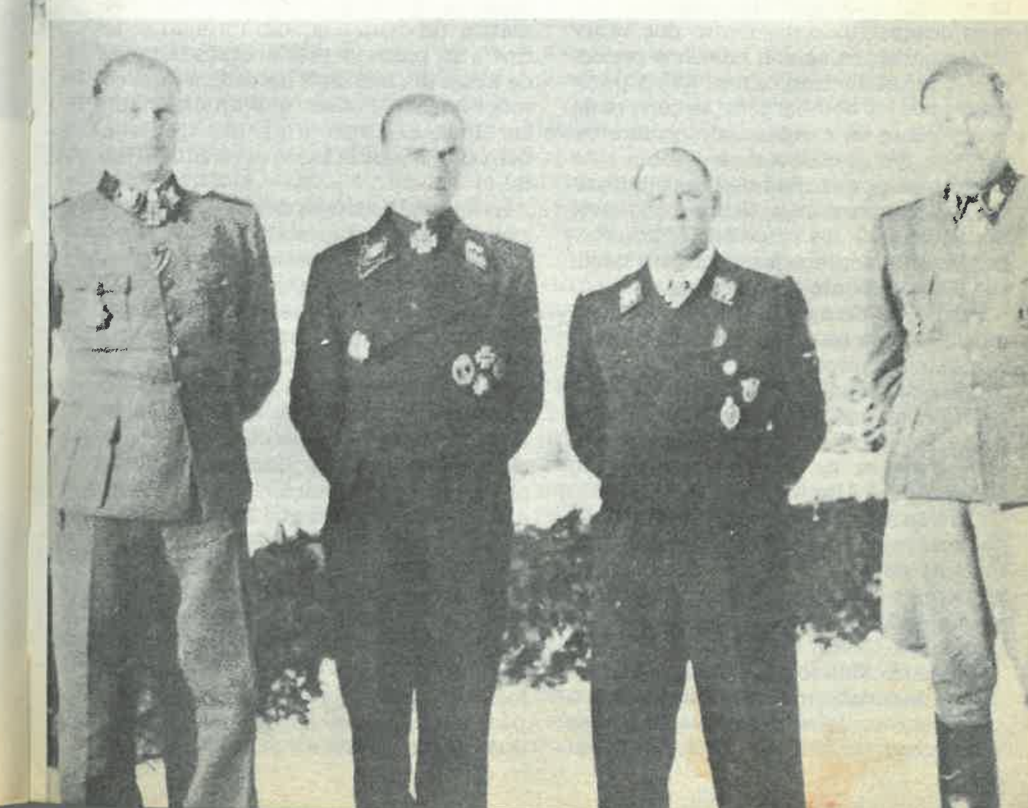
Goebbels recibe a heroicos miembros del LSSAH cuya audaz decisión hizo posible la huida de muchos alemanes de la bolsa de Cherkassy.

que, en esa fase, cuando podía haber sido extremadamente útil en la lucha por Normandía —ya que la cabeza de playa en modo alguno se hallaba consolidada—, el *Leibstandarte* quedó apartado de la batalla por una estratagema. El efecto del engaño resultó desastroso. Lo fue tanto como la maliciosa decisión de Hitler de posponer el comienzo de Barbarroja para que pudiera destruir Yugoslavia.

Mas, para el 29 de junio, el *Leibstandarte* volvía de nuevo a la acción contra el avance británico hacia Caen y a través del río Odon, con cierto éxito. La famosa 51.ª División (Highland) fue el inmediato oponente, y Dietrich señaló que «por fin hay alguien con el que merece la pena combatir». Las probabilidades, y la aplastante superioridad de las fuerzas aéreas aliadas, se hallaban, sin embargo, en contra de cualquier represalia alemana efectiva; y Caen pasó a manos aliadas el 10 de julio. Para el 19, los británicos, pese a las fuertes pérdidas que les infligió la división acorazada de Dietrich, empujaban de nuevo hacia Falaise. «Esta operación», dice John Keegan en *Waffen SS*, «lanzó el 18 de julio tres divisiones acorazadas británicas en un ataque directo por el pasillo entre Caen y las alturas al Este de la ciudad, en un intento de abrir brecha en la cordillera de Bourgebus y salir a terreno abierto. Fue precedido por el más devastador bombardeo ejecutado por las fuerzas aéreas aliadas contra posiciones terrestres en Normandía, un terremoto de tres horas que dejó a la infantería alemana temblando y destruyó o averió la mayoría de los carros de combate desplegados por la división acorazada del ejército que respaldaba la acción. Atacando en la estela de la ofensiva aérea, las divisiones británicas conquistaron todos sus objetivos primarios conforme a lo previsto; pero al alcanzar los Shermans de vanguardia, dotados de escasa potencia de fuego y que se incendiaban con facilidad, las estribaciones de Bourgebus, fueron pasto de las llamas escuadrón tras escuadrón. Las alturas se mantuvieron firmes por la actuación de los carros PzKw IV y Panther del *Leibstandarte,* que habían escapado al bombardeo... Montgomery se vio forzado, a causa principalmente de la resistencia (ofrecida por el contingente de la SS), a suspender una importante operación ofensiva».

Habiendo cometido una locura fatal al ordenar que el *Leibstandarte* se detuviera y diera la vuelta en el mismo momento en que podía haber salvado la situación en Normandía, Hitler cometió ahora otra al considerar que sus fuerzas blindadas eran lo bastante fuertes para destruir a las tropas norteamericanas en Avranches. Sus generales, incluído Sepp Dietrich, le dijeron, en efecto, que estaba loco, y que la única acción razonable consistía en ordenar una retirada conjunta de Normandía y reagruparse para defender la línea del Sena. No era momento de discutir, sin embargo; la conspiración contra su vida se llevó a cabo el 20 de julio, y en modo alguno se mostraba dispuesto a la tolerancia hacia los generales de la Wehrmacht, de los cuales uno o todos —aún no se sabía con certeza— podían estar implicados en la conjura. En una de las por entonces ya habituales escenas borrascosas en su cuartel general, el Fuhrer gritó que no había un solo líder entre sus generales, y que, «con la suerte del Reich en sus manos, no hacían más que tartamudear como viejas, rehusando ser audaces cuando la audacia era el único camino».

De izquierda a derecha: Theodor Wisch, Max Wünsche, Sepp Dietrich y Fritz Witt.



El camino audaz comenzó el 7 de agosto, cuando el Séptimo Ejército, mandado a la sazón por Paul Hausser, cayó sobre Avranches con exactamente el mismo resultado que los generales de la Wehrmacht habían predicho: la enorme pérdida de blindados traídos de la reserva y la virtual imposibilidad de escapar por la brecha de Falaise, que los norteamericanos cerraban gradualmente. Cogidas en la trampa de la locura de Hitler había veinte divisiones de infantería y ocho acorazadas; y su captura o destrucción al taponarse poco a poco la brecha de Falaise se consideró por los Estados Unidos y Gran Bretaña como un éxito que llevó la campaña a la vista de su fin, porque los ejércitos aliados estaban a distancia de ataque de la frontera alemana. Tal optimismo se hallaba en cierto modo justificado, porque parecía que el colapso total del Tercer Reich era ahora inevitable. La Wehrmacht estaba en un estado de desorden que equivalía, para todos los fines prácticos, a la inutilidad; desde el 6 de junio, más de un millón de soldados alemanes habían desaparecido del frente por haber sido muertos en acción o hechos presioneros; la producción casi se había paralizado por los bombardeos; se carecía de suministros de combustible, y carreteras, puentes y vías férreas habían sido destruídos por encima de la posibilidad de una reparación a tiempo; y, en el frente oriental, los rusos hacían retroceder triunfalmente a los invasores hacia su crecientemente desolada patria.

Pero el 19 de agosto, cuando los últimos restos en retirada de las fuerzas locamente comprometidas en la bolsa de Falaise retrocedían por la angosta brecha (que se mantenía abierta a un gran costo y con éxito decreciente por la División Panzer de la SS *Hitlerjugend),* Hitler dijo al Alto Mando:

«Prepararse a pasar a la ofensiva en noviembre cuando la fuerza aérea enemiga no pueda operar. Unas veinticinco divisiones deben ser trasladadas al frente occidental en los dos meses próximos».

Si el Alto Mando hubiera sido dado a la risa, indudablemente lo habría hecho con alborozo. ¿De dónde saldrían las veinticinco divisiones? ¿Dónde podía preverse además que estaría el frente Oeste en noviembre? «Probablemente en Berlín», señalaba cínicamente Dietrich. A pesar de todo, a él confiaba Hitler la tarea más importante de la ofensiva de las Ardenas, el último y desesperado esfuerzo del Fuhrer para evitar la derrota absoluta a manos de los aliados.

No carecía de significado el que la última ofensiva de Hitler dependiera para su éxito de la misma debilidad defensiva en el bosque de las Ardenas que había hecho posible su primer avance relámpago en 1940. De modo milagroso se organizaron y equiparon veinticuatro divisiones, que quedaron bajo el mando supremo del mariscal von Rundstedt. Este grupo de ejército estaba integrado por el Séptimo Ejército y el Quinto y el Sexto Acorazado, y fue este último el que Dietrich mandaba. Lo formaban cinco divisiones de infantería y cuatro blindadas, y cada soldado pertenecía a la SS. El *Leibstandarte* y la *Hitlerjugend* iban a precipitarse por la brecha que abriría la infantería, y se dirigirían luego al objetivo, Amberes, a 160 kilómetros de distancia, «sembrando el terror a su paso»; y esta acorazada punta de lanza iba a estar a las órdenes del coronel Jochen Peiper, que ahora añadía las Hojas de Roble a su Cruz de Caballero por sus hazañas en el frente oriental.

La unidad entró en acción el 16 de diciembre, con deplorables resultados inmediatos para la oposición norteamericana, que no estaba preparada y que, por cierto tiempo, fue puesta en fuga. Pero pronto se recuperó y dispuso a hacer frente al terrorífico avance de los carros de combate de Peiper, que se veían obstaculizados por las dificultades del terreno. «Este suelo no es para carros, sino para bicicletas», había señalado el alemán. La paralización de los blindados dio tiempo para que llegara al lugar de la acción un grupo de choque de la 7.ª División Acorazada de los Estados Unidos, y la batalla campal que siguió fue el principio del fin para el *Leibstandarte* y para la última ofensiva de Hitler en general. Cierto es que hubo gran dislocación causada por una brigada —especie de caballo de Troya— de alemanes que hablaban inglés y vestían uniformes



norteamericanos; pero ni esto ni la enorme temeridad y desprecio del peligro del *Leibstandarte* y de otras unidades de *élite* de la SS pudieron afectar de modo significativo el equilibrio de fuerzas. Peiper podía —y así lo hizo— ordenar a sus hombres que se ataran explosivos al cuerpo y se lanzaran contra los carros enemigos cuando fracasaba la potencia de fuego; tal acción, que ellos habían ejecutado muchas veces con anterioridad como solución extrema, era semejante a la de los jinetes polacos de la *Pomorska* aunque menos desesperanzada; pero al final no hizo otra cosa sino acercar más la última boqueada de la ofensiva alemana. En realidad, no habría más ofensivas de cualquier magnitud. El poder del Tercer Reich se había gastado por entero, y su apresurada defunción se recordaría amargamente por una postrera brutalidad perpetrada por el *Leibstandarte* antes de que fuera acosado hacia el interior de Alemania, inmediatamente después de la Navidad de 1944, por las fuerzas aéreas aliadas y los abrumadores refuerzos norteamericanos. La matanza de Malmedy está

Soldados alemanes tras su captura en la brecha de Falaise.

plenamente documentada en los archivos del proceso de Nuremberg y en otros lugares; pero el resumen más potente se encuentra en *La última ofensiva de Hitler,* de Peter Elstob:

«A mediodía del domingo 17 de diciembre, los convoyes de artillería y el Mando de Combate R de la 7.ª División Acorazada de los Estados Unidos se hallaban en camino desde Eupen a la zona de concentración divisionaria en torno a St. Vith, moviéndose hacia el Sur a lo largo de una ruta que debería encontrarse muy detrás de la lucha. Pero, al mismo tiempo, la vanguardia del Grupo de Combate de Peiper se desplazaba al Oeste desde Moderscheid hacia Stavelot: las dos columnas parecían destinadas a cruzarse.

»El punto en que esto sucedería era una encrucijada justo al Sur de Malmedy. Los carros del Mando de Combate R llegaron allí primero y continuaron pesadamente hacia Ligneuville; quince minutos después de haber desaparecido



Izquierda: **Un carro de combate «Tigre Real» transporta soldados de Peiper durante la batalla de las Ardenas.** Arriba: **Combatientes de la misma unidad penetran las líneas norteamericans durante la contraofensiva alemana en las Ardenas.** Abajo: **Soldado de las SS muerto en el curso de la dura lucha en Normandía.**



por la pendiente el último carro de combate norteamericano, el primero de los vehículos blindados de Peiper pasó justo al Este de la encrucijada. Los elementos de artillería de la 7.ª División Acorazada deberían haber pasado entonces, ya que su posición en el convoy era inmediatamente detrás de los carros, pero la larga columna se había extendido, y unos pocos camiones se aprovecharon del intervalo para meterse en la de las fuerzas blindadas. En los camiones iban unos 125 hombres de la Batería B del 285.º Batallón de Observación de Artillería de Campaña, nombre que pronto sería conocido de casi cualquier combatiente estadounidense en las Ardenas.

»Las ametralladoras de los semiorugas de Peiper acribillaron los camiones, y los sorprendidos norteamericanos saltaron de ellos y buscaron refugio en los accidentes del terreno. Rápidamente fueron rodeados y desarmados, y se les dijo que esperaran en un campo junto a la carretera hasta que los alemanes que venían detrás pudieran ocuparse de ellos. La vanguardia de Peiper siguió entonces hacia Ligneuville.

»Los norteamericanos prisioneros aguardaron tranquilamente, contemplando la corriente de semiorugas, motocicletas, carros de combate y cañones autopropulsados que se dirigía al Oeste. De cuando en cuando la columna se detenía, y alemanes y estadounidenses se observaban mutuamente. Unas dos horas después, alguien de un semioruga disparó su pistola casi casualmente hacia la masa de norteamericanos capturados.

»'¡Firmes!', gritó un oficial estadounidense. 'No correr...'

»Pero, casi inmediatamente, disparó otra pistola, y luego las armas automáticas se enfilaron al grupo de hombres indefensos y atónitos. Pronto fueron sólo una masa de cuerpos, inmóviles unos y gritando de dolor otros. Por lo menos 86 de los prisioneros resultaron muertos, pero algunos sobrevivieron fingiéndose cadáveres y escaparon lue-

Miembros del Leibstandarte **consultan mapas y señales de carretera durante su avance.**



Georg Fleps, que hizo el último disparo en Malmedy, es sentenciado por un tribunal militar norteamericano.

go; después de la guerra prestaron declaración contra los que perpetraron la matanza de Malmedy».

El 8 de enero de 1945, con los rusos a sólo 65 kilómetros de Berlín —tan rápida y aplastante había sido su ofensiva de invierno—, Hitler retiró lo que quedaba del Sexto Ejército Panzer de la SS (como de costumbre, el *Leibstandarte* había sufrido las pérdidas más graves) de las Ardenas y preparó locamente otra ofensiva de prestigio. Como le dijo Guderian, habría sido mucho más sensato —si, por supuesto, se hubiera podido hallar entonces sensatez en alguna de las ideas de Hitler— enviar un ejército acorazado, o cualquier otro ejército, o restos de alguno, a los accesos inferiores al río Oder, donde los rusos se preparaban a sitiar la capital. Mas nada se haría, sino un «ataque en Hungría para hacer repasar el Danubio a los soviéticos y socorrer a Budapest».

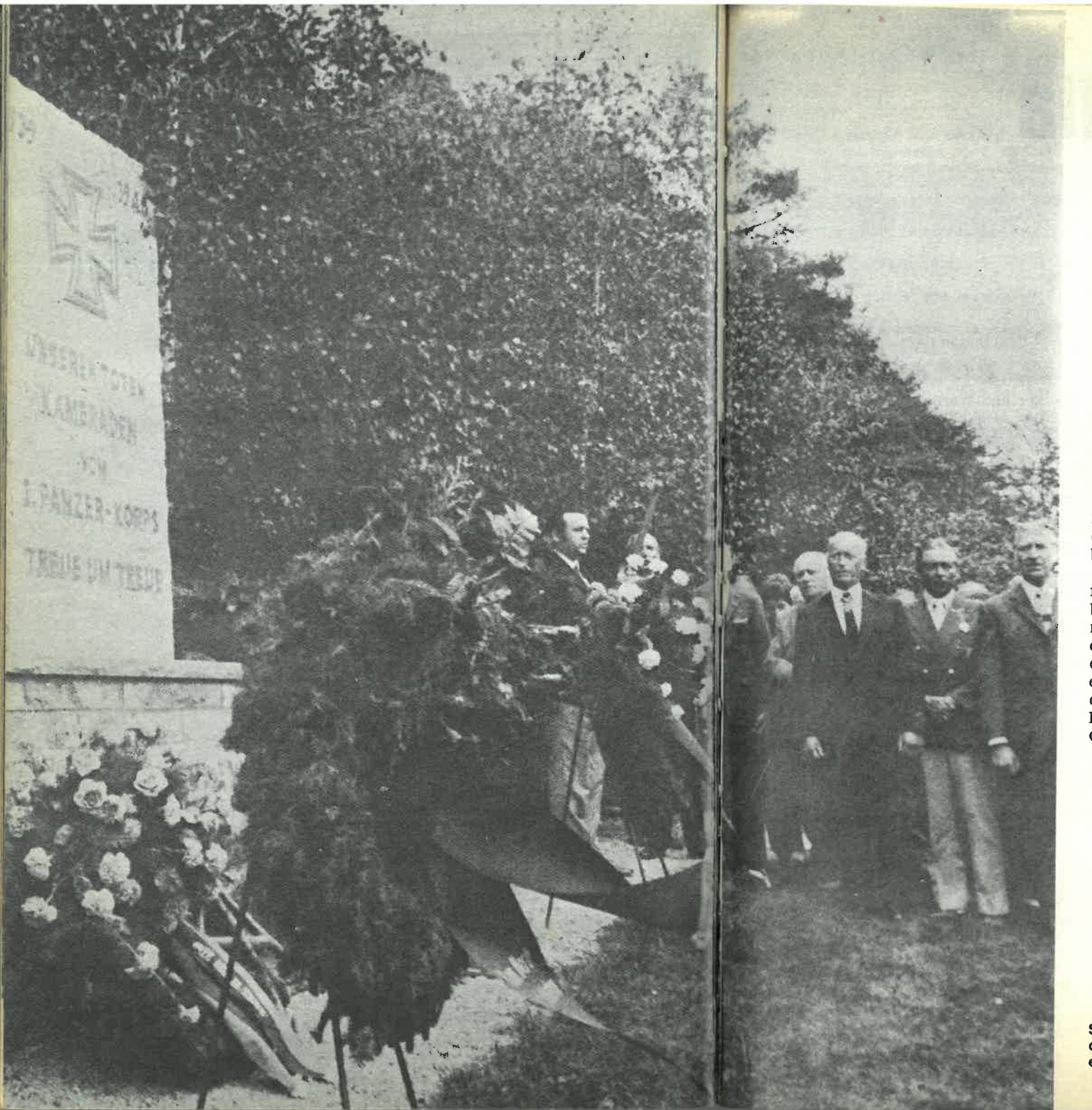
Los 215 carros que el Leibstandarte había llevado a la ofensiva de las Ardenas se redujeron a treinta (más no habrían sido de gran utilidad, debido a la escasez de combustible provocada por los bombardeos aliados de las plantas de producción); pero, con gran disgusto de Dietrich, Peiper y otros veteranos semejantes, sus efectivos estaban siendo reemplazados por soldados de aviación, marineros, trabajadores de las fábricas y otros hombres que no tenían la menor experiencia del combate en tierra. «Los perdimos muy fácilmente», dijo Dietrich con cínica significación cuando fue juzgado después de la guerra. «Resultaban inútiles, una carga; no tenían nada que hacer en una lucha como nosotros la entendíamos».

«Como nosotros la entendíamos» fue quizá el comentario más revelador de todos acerca del *Leibstandarte.* Para ellos, ningún sacrificio era demasiado grande, ninguna barbaridad demasiado espantosa. «Eramos los hombres del Fuhrer»: así de sencillo. Pero el Fuhrer a quien habían prometido su fe y su honor se había convertido ahora en un maníaco derrotado cuyos planes no tenían coherencia. Con el inevitable fracaso de la lamentable ofensiva al acercarse al Danubio y contraatacar los rusos con enorme fuerza, cortando y aislando a todo el Sexto Ejército Panzer, Dietrich ordenó la retirada por un estrecho pasillo de escape. Cuando Hitler se enteró, dice Guderian, que estaba con él a la sazón, «casi perdió la cabeza. Se dejó llevar por la rabia y dispuso que el *Leibstandarte* perdiera sus brazaletes distintivos como guardia suya, por su traición». Dietrich hizo caso omiso de la orden. Hay una historia no bien comprobada de que, en vez de cumplirla, Dietrich y otros jefes que milagrosamente sobrevivían se quitaron todas las condecoraciones y se las mandaron a su Fuhrer —refugiado entonces en el

Primera fila, de izquierda a derecha: Sepp Dietrich, Fritz Kraemer, Herman Priess y Joachim Peiper durante el juicio de Malmedy.



Arriba: **El estandarte divisionario del LSSAH capturado por los rusos y exhibido en el desfile de la victoria, junio de 1945.** Derecha: **Una columna de vehículos del** Leibstandarte **se rinde a los aliados.**



«bunker» berlinés preparando su suicidio— en un orinal.

Comenzó el largo recorrido hacia el Oeste, de vuelta a Austria, en los pocos vehículos que no habían tenido que ser abandonados frente al avance ruso. Por fin se alcanzó Viena; pero para entonces la ciudad estaba rodeada por los soviéticos. El documento de rendición de toda la Wehrmacht fue firmado el 7 de mayo por el mariscal Albert Kesselring, el cual envió un mensaje a Dietrich: «Los términos del alto el fuego obligan también a todas las unidades de la SS. Espero que, al igual que la Wehrmacht, el *Leibstandarte* se conducirá también de manera irreprochablemente correcta».

El último mensaje que llegó a Kesselring, decía: «El regimiento, aislado de toda posibilidad de abastecimiento, reducido a menos de la tercera parte de los efectivos con que llegó a Hungría, debe ahora capitular. Mañana marcharemos a la cautividad con las cabezas muy altas. El regimiento que tuvo el otrora orgulloso honor de llevar el nombre de *Leibstandarte* anuncia el fin».

Los norteamericanos habían ordenado que todos los vehículos llevaran banderas blancas, pero no las había. A menos de kilómetro y medio de la línea de demarcación, todo lo que quedaba del *Leibstandarte* desfiló ante Dietrich, el cual les saludó con rígida marcialidad. En correcta formación los vehículos pasaron por la carretera hacia el Oeste, a la cautividad.

Servicio conmemorativo por los caídos del LSSAH, cerca de Nassau, Alemania, en 1973.

Bibliografía

The Mind of Adolf Hitler Walter Langer (Secker and Warburg)
The Final Solution Gerald Reitlinger (Vallentine Mitchell)
The German Army and the Nazi Party Robert O'Neill (Cassell)
The House That Hitler Built Gerald Reitlinger (Weidenfeld and Nicolson)
Hitler's Last Offensive Peter Elstob (Secker and Warburg)
Panzer Battles F W von Mellenthin (Cassell)
The Reichstag and Politics 1918-1933 Francis Carsten (Oxford)
Barbarossa Alan Clark (Morrow; New York)
History of the Second World War B Liddell Hart (Cassell)
The Waffen SS Gerald Reitlinger (Heinemann)
The SS George H Stein (Cornell UP)
The Rise and Fall of the Third Reich William L Shirer (Secker and Warburg)
Inside Hitler's Headquarters Walter Warlimont (Weidenfeld and Nicolson)
Hitler: A Study in Tyranny Alan Bullock (Odhams)
Nemesis of Power John Wheeler-Bennett (Macmillan)
Panzer Leader Heinz Guderían (Michael Joseph)
History of the Second World War Winston Churchill (Cassell)
Rommel Desmond Young (Collins)